

JUAN

CIÓNOMA DE NUE

22
CICLO

GENERAL DE BIBLIOTE

MEMORIAS DE DUMAS

MEMORIAS DE DUMAS

— — — — —

A DUMAS

— — — — —

MEMORIAS

DE

BARIBALDI

— — — — —

MEMORIAS DE DUMAS

— — — — —

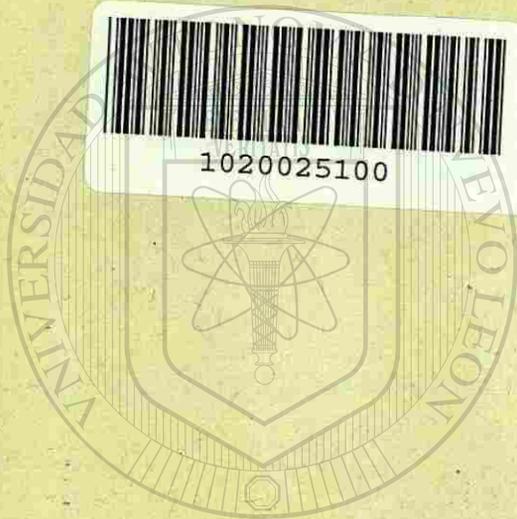
2

AL
DG552
.8
D8
v.2

26
99



1020025100



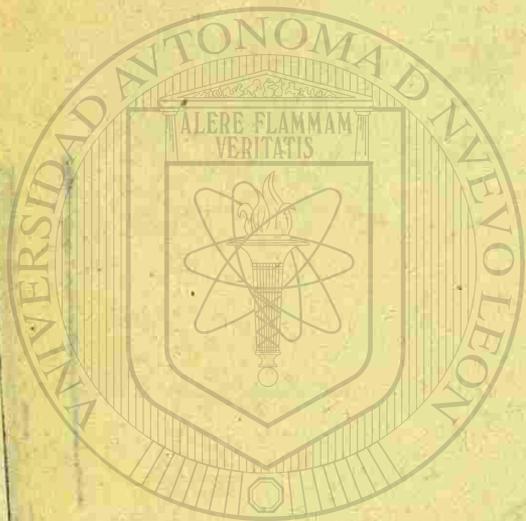
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE EVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



MEMORIAS

DE

JOSÉ GARIBALDI.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. 92 (6232)

Núm. Autor 9232700

Núm. Adq. 30010

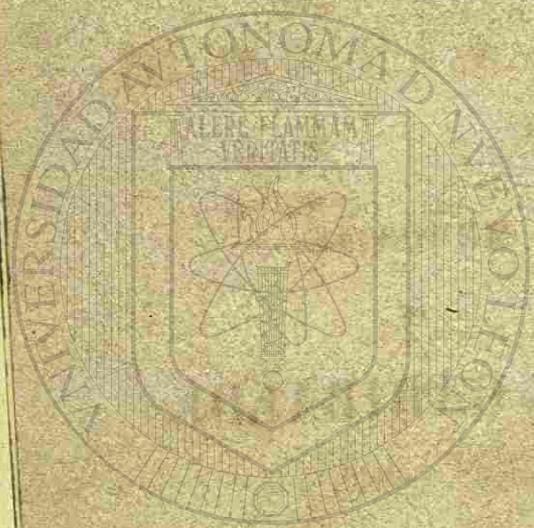
Procedencia -8-

Precio

Fecha

Clasificó

Catálogo



MEMORIAS
DE
JOSÉ GARIBALDI

PUBLICADAS

POR ALEJANDRO DUMAS.

TOMO SEGUNDO.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

PARIS,
LIBRERÍA DE ROSA Y BOURET.

Besançon. — Imprenta de Roblot.



30016

843
D

DG 552

U.2



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

98785

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



MEMORIAS

DE JOSÉ GARIBALDI.

I.

MANDÉ QUEMAR LAS NAVES (1).

El verdadero motivo de la expedición no fué el de prestar auxilios ni el de llevar abastos á los habitantes de Corrientes : fué solo para desembarazarse de mí.

Como siendo yo todavía una persona tan insignificante, tenia ya enemigos tan poderosos, es un secreto que jamás he podido profundizar.

Cuando yo entré en el río, la armada oriental se encontraba en San José del Uruguay; y la de Oribe en la Bajada, capital de la provincia de Entre Ríos : las dos se disponian al combate, y la de Corrientes se preparaba por su parte para reunirse á la oriental.

(1) Va á tratarse del sitio de Montevideo á que se hace alusion al final del tomo I. (Nota del traductor.)

Yo debía cruzar el Paraná para ir á Corrientes, cruzar seiscientas millas entre dos filas enemigas, y perseguido además por una escuadra cuatro veces mas fuerte que la mia.

Durante este trayecto no pude detenerme mas que en islas ó costas deshabitadas.

Al abandonar á Montevideo, hubo allí mas de ciento que apostaron á que no volveria; poco despues de mi salida tuve que sostener mi primer combate contra la batería de San Martín García, isla situada en los alrededores de la confluencia de dos rios, el Uruguay y el Paraná, y cerca de la cual debía pasar sin remedio, puesto que no existe para la navegación de los buques de ciertas toneladas mas que un solo canal á medio tiro de cañon de la misma.

En este primer encuentro tuve algunos muertos y entre ellos un bravo oficial italiano, Pocarobba: una bala de cañon le llevó la cabeza.

Además tuve ocho ó diez heridos.

La Constitucion se encalló á tres millas de San Martín García, y por desgracia sucedió este accidente cuando la marea estaba baja.

Para ponerla á flote tuvimos que trabajar muchísimo, y, gracias al valor de nuestros hombres, salió adelante nuestra flotilla.

Mientras que estábamos ocupados en trasportar á

la goleta los objetos de peso, comenzamos á ver llegar hácia nosotros á la escuadra enemiga. Se la divisaba al otro lado de la isla y se acercaba con gran regularidad.

Yo me encontraba en una mala situacion: para aligerar *la Constitucion*, habia hecho trasportar todos los cañones á la goleta *Proceda*, donde se hallaban amontonados, por cuya causa nos eran completamente inútiles. No nos quedaba pues mas que el bergantin *Pereria*, cuyo valiente capitán se hallaba al lado mio, ayudándonos en nuestro trabajo con la mayor parte de su tripulacion.

Entretanto el enemigo avanzaba á nuestro encuentro, ensoberbecido con las aclamaciones de las tropas de la isla y seguro de la victoria con sus siete navíos de guerra.

A pesar del inminente peligro en que me hallaba, no me dejé dominar por la desesperacion. No, Dios me otorga siempre en las situaciones supremas de mi vida el don de confiar en él, pero yo dejo á juicio de los demás, y sobre todo de los marinos, la apreciacion de los terribles momentos por que yo atravesaba. No se trataba solo de la vida, — yo hubiera renunciado á ella entonces, — se trataba además de salvar el honor. Cuanto mas creian los que me habian impulsado á ir hasta donde estaba que

perdería mi reputacion en aquel apurado trance, tanto mas me decidia yo á sacarla ilesa, sangrienta pero pura.

No era pues posible evitar el combate : lo único que podía hacerse era prepararse para llevarle á cabo.

Dispuesto á arrostrarlo todo, hice aproximar mis buques, mas ligeros que los del enemigo, á la costa, para encontrar al menos, cuando nos viésemos perdidos en el rio, el último medio de salvacion, el desembarque.

Tambien procuré dejar desembarazado el puente de la goleta á fin de que pudieran servirnos algunos cañones; y despues de tomar todas estas disposiciones, esperé.

La escuadra que venia á atacarme, estaba al mando del almirante Brown : no ignoraba por tanto que tenia que medir mis fuerzas con uno de los marineros mas bravos del mundo.

El combate duró tres dias sin que el enemigo juzgase oportuno emplear el abordaje.

En la mañana del tercero tenia todavía pólvora, pero me faltaban proyectiles. Dispuse que se rompieran las cadenas de los buques, mandé reunir los clavos, los martillos, todo lo que era cobre ó hierro, reemplazando con ello las balas y la metralla, y

solo así pude ocultar al enemigo aquella deplorable falta, logrando por este medio atacarle durante todo el dia.

Pero ya por último al terminarse, no teniendo ni un solo proyectil á bordo, habiendo perdido mas de la mitad de mis soldados, mandé incendiar los buques, mientras que sufriendo el fuego de nuestros contrarios ganamos tierra. Cada uno llevaba su carabina y la parte de cartuchos que nos habia tocado en la última distribucion.

Llevamos con nosotros los heridos trasportables : en cuanto á los demás..., ya he dicho lo que acostumbrábamos á hacer en semejantes circunstancias.

Nos hallamos á ciento cincuenta ó doscientas millas de Montevideo y sobre una costa enemiga. Los primeros que comenzaron á molestarnos fueron los soldados que formaban la guarnicion de la isla de San Martin Garcia; pero todavia irritados por el combate que acabábamos de sostener con el almirante Brown, los recibimos de tal manera que no volvió á quedarles ganas de buscarnos.

Continuamos nuestro camino á través del desierto, y nos alimentamos con algunas provisiones que llevábamos y con lo que encontrábamos al paso.

Los orientales acababan de perder la batalla del Arroyo Grande; nos reunimos á los fugitivos, con los

que yo engrosé mis filas, y despues de cinco ó seis dias de lucha, de combates, de privaciones y de sufrimientos, que en vano trataria de describir, y de los que nadie puede hacerse una idea, volvimos á Montevideo, conservando intacto lo que habian creído que perderia en la jornada : el honor !

Este combate y otros muchos que sostuve contra él, dejaron de mí tan buen recuerdo al almirante Brown, que antes de terminarse la guerra abandonó el servicio de Rosas.

Se dirigió á Montevideo, y antes de ver á su familia procuró visitarme.

Me buscó en mi casa de Portone, y me abrazó muchas veces como si hubiera sido su propio hijo, no pudiendo menos de manifestarme del modo mas expresivo el cariño que me profesaba.

Cuando hubo concluido conmigo, volviéndose hácia Anita : Señora, la dijo, he combatido mucho tiempo contra vuestro marido, pero siempre sin éxito : tenia empeño en vencerle, en hacerle mi prisionero, pero siempre ha sabido combatirme y escapárseme. Si hubiera tenido la fortuna de aprehenderle, hubiera visto, por el trato que yo le hubiera dado, la estimacion que me inspiraba.

He referido esta anecdota porque hace mas honor al almirante Brown que á mí.

II.

FORMACION DE LAS LEGIONES.

Despues de la victoria del Arroyo Grande, marchó Oribe contra Montevideo, declarando que no guardaria consideraciones á nadie, incluso los extranjeros.

Para cumplir su promesa mandaba degollar ó fusilar á todos los que hallaba en su camino.

Como por entonces se hallaban en Montevideo muchos Italianos, que habian ido los unos para arreglar asuntos comerciales y los otros porque estaban proscritos, dirigí una proclama á mis compatriotas invitándoles á tomar las armas, á formar una legion y á combatir hasta perder la vida en defensa de los que les habian dado hospitalidad.

Entre tanto Riveyra reunia los restos de su ejército.

Los Franceses formaron por su parte una legion en la que se alistaron los Vascongados de Francia; al mismo tiempo formaron otra los Españoles, á los que se reunieron los Vascongados de España. Pero tres ó cuatro meses despues, esta última legion, com-

puesta casi toda de carlistas, se pasó al enemigo, llegando á ser el núcleo del ataque, como la legion italiana lo fué de la defensa.

Los Italianos no tenían sueldo alguno; pero recibían raciones de pan, de vino, de sal, de aceite, etc., y despues de la guerra debia darse á los que sobrevivieran y á las mujeres y los niños de los muertos tierras y reses, para que con sus productos pudieran vivir desahogadamente.

La legion se compuso al principio de 400 á 500 hombres, y despues se aumentó hasta 800, porque se alistó en ella poco á poco á todos los Italianos que llegaron proscritos ó para hacer fortuna, viéndose desesperanzados por el mal estado de los negocios.

La legion fué dividida en tres batallones, uno mandado por Danuzio, otro por Ramella y el tercero por Manzini.

Oribe tenia noticia de todos estos preparativos de defensa, pero no creia en ellos; y marchó sobre Montevideo acampando en Cerito. (Véase el Mapa.)

Quizás hubiera podido entrar en la ciudad sin detenerse, porque cuando él se aproximó se hallaba en el mayor desórden, pero creyó tener entre los habitantes numerosos partidarios y esperaba de ellos una demostracion en favor suyo. Esta espe-

ranza fué vana, y Oribe dió tiempo á Montevideo para que organizase su defensa.

Detúvose á una hora de Montevideo con doce ó catorce mil hombres poco mas ó menos.

La ciudad podia al cabo de cierto tiempo oponer á su ejército otro compuesto de 9,000 hombres, de los cuales cinco mil eran negros, á los que se habia puesto en libertad, haciéndose de ellos excelentes soldados.

Cuando Oribe perdió la esperanza de entrar amistosamente en Montevideo, se fortificó en Cerito y comenzaron las escaramuzas.

Los Montevideenses se fortificaron tambien, siendo nuestro ingeniero el coronel Echevario.

El general Paz se encargó de la organizacion de las tropas, Joaquin Suarez era presidente, y Pacheco y Obes fué nombrado ministro de la Guerra.

Paz no tardó en abandonar á Montevideo para ir á sublevar á Corrientes y á Entre Rios.

La primera vez que se descompusieron las líneas, yo no sé si por culpa de los jefes ó de los soldados, la legion fué presa de un inmenso pánico y volvió á Montevideo sin haber disparado un solo tiro.

Entonces obligué á uno de los tres comandantes á que presentara su dimision; dirigi una vigorosa alocucion á los Italianos y escribi por segunda vez á

Auzani, que se hallaba en una casa de comercio en Uruguay, encargándole que viniera á reunirse conmigo.

Mi buen amigo cumplió mi encargo á principios de julio; y con su llegada todo tomó de nuevo fuerza y vida. La legion, que estaba pésimamente administrada, fué el principal objeto de sus atenciones.

Durante este tiempo se organizó lo mejor que se pudo una flotilla, de la que se me dió el mando.

Con este motivo Manzini volvió á ocupar mi puesto al frente de la legion.

La flotilla se comunicaba por el rio con el Cerro, fortaleza que se hallaba en poder de los Montevideenses, aunque estaba situada tres leguas mas allá de Cerito sobre la ribera de la Plata.

El Cerro nos era muy necesario, porque nos servia á un mismo tiempo de medio para abastecernos de víveres, para enviar partidas á la llanura y para recoger á los fugitivos.

Antes de la organizacion de la defensa, la escuadra del almirante Brown habia querido, habia hecho una tentativa para apoderarse del Cerro y de la isla de los Ratos.

Yo defendí durante tres dia la isla y la fortaleza. La isla poseia cañones de á 18 y de 36, y obligué

al almirante Brown á retirarse con grandes pérdidas. Ya he dicho que desde la llegada de Auzani terminaron las concusiones, reflejándose en todo su proverbial honradez.

Esto no convenia á los concusionarios, como puede comprenderse fácilmente.

Por entonces se formó un complot con el objeto de asesinarlos, á Auzani y á mí, y de vender la legion italiana al enemigo.

Auzani fué avisado, y al ver los conjurados que no podian realizar su primer deseo, se pasaron al enemigo veinte oficiales y cincuenta soldados, una mañana en que la legion ocupaba las avanzadas; pero los soldados, — debo hacerles esta justicia, — volvieron á sus puestos poco á poco y uno á uno.

Purgada de traidores la legion, no volvió á dar un paso que fuera censurable.

Auzani la reunió.

— Si me hubiera propuesto elegir de entre vosotros los buenos y los malos, les dijo, no hubiera conseguido hacerlo tan bien como los mismos traidores acaban de ejecutarlo.

Yo por mi parte arengué á las tropas, y el general Pacheco las pronunció un discurso.

Algunos dias despues de la primera salida, en la que la legion italiana dió tan pobre idea de su valor,

tratando yo de rehabilitarla, propuse una expedicion que fué aceptada.

Debíamos atacar á las tropas de Oribe, que se hallaban situadas delante del Cerro.

Una vez allí, nos pusimos Pacheco y yo al frente de los nuestros, y tan vigorosamente combatimos, que á las dos de la tarde pusimos en fuga al enemigo. La legion, compuesta de 400 hombres, cargó sobre un batallon de 600; Pacheco se batía á caballo, yo á pié y á caballo segun lo exigian las circunstancias, y de este modo matamos 150 hombres y cogimos doscientos prisioneros.

De los nuestros, solo murieron cinco ó seis y quedaron heridos una docena, entre los que se hallaba un oficial llamado Ferucci, al que fué preciso amputarle una pierna.

Volvimos victoriosos á Montevideo, y al dia siguiente Pacheco reunió á la legion, la dió gracias, elogió su bravura y dió un fusil de honor al sargento Loreto.

El combate tuvo lugar el 28 de marzo de 1843.

Despues de este suceso quedé tranquilo: la legion habia recibido el bautismo de fuego.

En el mes de mayo se bendijo la bandera.

Era de tela negra y tenia pintada encima el Vesu-

bio, emblema de la Italia y de las revoluciones que encerraba en su seno.

Sacchi, jóven de veinte años que se habia portado admirablemente en la accion del Cerro, fué nombrado abanderado.

Este jóven fué el mismo que mas tarde se batió á mi lado en Roma y el que es hoy coronel.

III.

EL CORONEL NEYRA.

El 17 de noviembre del mismo año se encontraba la legion italiana de servicio en las avanzadas ; yo estaba con ella.

Despues del desayuno montó á caballo el coronel montevideense Neyra, y recorrió la línea seguido de algunos hombres.

Le dispararon un tiro y cayó del caballo mortalmente herido.

Al verle caer avanzó el enemigo y logró apoderarse de su cuerpo.

Apenas llegó á mi noticia este triste suceso, no queriendo dejar expuesto el cuerpo de un oficial tan bravo á los insultos de nuestros contrarios, reuní un centenar de hombres, los primeros que hallé, y cargué al frente de ellos los enemigos.

Logré volver á apoderarme del cuerpo del coronel ; pero irritados con este motivo los soldados de Oribe, y ayudados con nuevos refuerzos de tropa, me envolvieron.

Al ver esto los míos volaron en mi auxilio, y

bien pronto se encontró cerca de mí toda la legión, sufriendo mi misma suerte.

Exaltados por mi voz, se lanzaron hácia adelante, y arriesgándolo todo, se apoderaron de una batería y arrojaron al enemigo de sus posiciones.

Entonces nuestros contrarios avanzaron hácia nosotros con todas sus fuerzas.

Todas ó casi todas las de la guarnición de Montevideo se reunieron á nosotros, y el combate se hizo general durante ocho horas consecutivas.

Nos vimos obligados á abandonar las posiciones que habíamos tomado al enemigo en el primer momento, pero le hicimos sufrir una pérdida enorme, y permanecimos en Montevideo realmente vencedores, y convencidos para lo sucesivo de nuestra superioridad sobre los que nos atacaban.

Nuestras pérdidas ascendieron á sesenta hombres entre muertos y heridos.

Embriagado con el fragor del combate, me bati como un soldado, y nada pude ver de cuanto pasó al lado mío; pero en medio de la matanza descubrí á Auzani combatiendo con su calma ordinaria, y esto me bastó para comprender que, dominando la pelea, no se escaparía de su atención el mas insignificante detalle.

Aquella misma tarde le rogué que me hiciese

una reseña de los que mas se habian distinguido, y al dia siguiente reuní la legión, ensalcé su valor, le di gracias por su disciplina y arrojo en nombre de la Italia, é hice promociones de tenientes y sub-tenientes.

Después de los dos combates de que he hablado, llegó á tomar tal influencia sobre el enemigo la legión italiana, que cuando la veía avanzar á la bayoneta, ó no la esperaba, ó si la esperaba era al fin destruido.

Durante este tiempo logró Riveyra formar un cuerpo de cinco ó seis mil hombres, con los cuales sostenía la campaña y combatía al enemigo, mandado por Urquiza, hoy presidente de la República Argentina. De cuando en cuando enviaba por el Cerro á Montevideo por las provisiones que necesitaban.

Oribe se cansó de ver maniobrar de este modo á Riveyra, y destacó cierto número de soldados encargándoles que se reunieran á Urquiza, y que le transmitieran la orden de combatir y destruir á Riveyra con su ayuda.

IV.

PASO DE LA BAYADA.

Cuando supimos en Montevideo que se alejaban los soldados de Oribe, resolvió el general Paz aprovecharse de su desaliento.

Al lado opuesto de Cerito habia un cuerpo de 1,800 hombres poco mas ó menos, puestos de observacion ante el Cerro, y nosotros salimos á atacarlos el 23 de abril de 1844, á las 10 de la noche.

Nuestro plan era el siguiente :

Ir al encuentro del cuerpo que se hallaba de observacion ante el Cerro : al saber Oribe nuestra determinacion enviaria tropas para auxiliar á las del Cerro, disminuyéndose por tanto el número de sus soldados; verificado esto, la guarnicion de Montevideo haria una salida y atacaria al campamento enemigo.

Seguimos caminando por la orilla del mar, pasamos el Arroyo Seco, que á pesar de su nombre nos puso de agua hasta las espaldas, y despues de pasarle nos extendimos por la llanura y rodeamos el campamento.

Anduvimos con tanta precaucion que no sobresaltamos al enemigo.

Por fin llegamos á vista del cuerpo de observacion. La guarnicion del Cerro debia salir y secundar nuestro ataque.

Con este motivo hubo una acalorada discusion entre los dos oficiales que mandaban las fuerzas del Cerro, porque los dos querian ponerse al frente de ellas para conducir las al combate.

Puestos en fuga los 4,800 hombres, debiamos avanzar hácia Oribe y colocarle entre dos fuegos, el nuestro y el de la guarnicion de la ciudad.

La discusion sostenida en el Cerro destruyó nuestro plan. La guarnicion salió ; pero Oribe, rodeado todavía de todas sus fuerzas, la rechazó, y él fué quien á su vez avanzó hácia nosotros, ejecutando el plan de campaña que nosotros habiamos formado contra él.

Fuimos pues combatidos por el ejército de Oribe y por el cuerpo de observacion, y en aquella situacion no nos quedó otro recurso mas que retirarnos hácia el Cerro, causando al enemigo al retroceder todo el daño que pudimos.

Con el fin de sostener la retirada lo mas vigorosamente posible, tomé yo el mando de la retaguardia.

Habia entre el sitio en que estábamos y el Cerro una especie de ria que se llamaba la Bayada; y era preciso atravesarla, por mas que el barro nos llegaba hasta el pecho.

Para ponernos en desórden al practicar este paso, habia colocado el enemigo sobre un montecito una bateria compuesta de cuatro cañones, que comenzaron á hacernos fuego en el momento en que principiamos á atravesar la ria ; pero la legion italiana, arrostrando con serenidad y valor el peligro, hizo el mismo caso de aquella lluvia de metralla que hubiera hecho de una lluvia ordinaria.

Entonces fué cuando yo comprendí lo bravos que eran nuestros negros, pues se dejaban matar esperando al enemigo con una rodilla en tierra.

Yo, que me hallaba en medio de ellos, pude admirar mejor que nadie su heroico comportamiento.

El combate duró seis horas.

Habia al servicio de Montevideo un inglés.

Mi inglés de la última campaña me ha recordado mas de una vez á su compatriota.

Habia, como digo, al servicio de Montevideo un inglés que tenia carta blanca de Pacheco, — quien le conocia á fondo, — para hacer todo lo que creyera conveniente en favor de la ciudad.

Este inglés logró reunir cuarenta ó cincuenta hombres.

Nosotros le llamábamos Samuel : no sé si tendria además otro nombre.

Jamás he visto otro hombre mas valiente que él.

Despues del paso de la Bayada le ví llegar acompañado de un solo ordenanza.

— Y bien, Samuel, le pregunté, ¿dónde se halla tu regimiento?

— Mi regimiento, exclamó..... tened cuidado de vos mismo!

Ninguno pareció, ninguno pudo responderme; todos sus hombres habian sido muertos, todos desde el primero hasta el último.

En la órden del día el general Paz hizo los mas grandes elogios de la legion italiana. Habiamos tenido setenta hombres fuera de combate.

Volvimos á Montevideo por el Cerro, y Samuel se ocupó inmediatamente en la reorganizacion de su cuerpo.

V.

LA LEGION ITALIANA REHUSA LAS TIERRAS QUE LA OFRECEN.

El 30 de enero de 1845, maravillado el general Riveyra de la conducta que habia observado la legion italiana en el combate del Cerro y en el paso de la Bayada, me dirigió la siguiente carta :

« Caballero,

» Cuando en el año último hice donacion de algunas tierras á la honorable legion francesa, donacion que fué aceptada y de la que han hecho mencion los periódicos, esperé que la casualidad conduciria á mi cuartel general algunos oficiales de la legion italiana, proporcionándome la ocasion de satisfacer uno de los mas vivos deseos de mi corazon, al manifestarles la estimacion que profeso á la legion italiana por los importantes servicios que ha prestado á la República en la guerra que sostenemos contra el ejército invasor de Buenos Aires.

» Para no diferir por mas tiempo lo que yo creo el cumplimiento de un deber sagrado, acompaño á la presente, y esto con el mayor placer, una acta de

la donacion que hago á la ilustre y valerosa legion italiana, como una sincera prueba de mi gratitud personal por los servicios que ha prestado á mi país.

» El don no iguala ciertamente á los servicios ni á mi deseo, pero yo sin embargo espero que no os negaréis á ofrecerlo en mi nombre á vuestros compatriotas, manifestándoles el apreio y la gratitud que me inspiran, como asimismo vos que los dirigis tan dignamente, habiéndoos conquistado antes de ahora por los servicios que habeis dispensado á nuestra República un incontestable derecho á nuestro reconocimiento.

» Aprovecho esta ocasion, coronel, para rogaros que acepteis la seguridad de mi consideracion y de mi profundo afecto.

» FRUCTUOSO RIVEYRA. »

Lo mas notable de todo esto, es que tan excelente patriota desmembraba su propia fortuna para hacernos la donacion.

Las tierras que nos ofrecia no pertenecian á la República: formaban parte de su patrimonio.

En vista de esto le contesté con fecha 23 de mayo siguiente, época en que llegó á mis manos su carta:

« Excelentísimo Señor,

» El coronel Parroti me ha entregado en presencia de todos los oficiales de la legion italiana, segun habeis deseado, la carta que habeis tenido la bondad de escribirme con fecha de 30 de enero, y adjunta un acta de la espontánea donacion que haceis á la legion de mi mando, de una porcion de tierras pertenecientes á vuestro patrimonio y que se extienden entre el *Arroyo de las Arenas* y el *Arrojo Grande* al norte del Rio Negro, y además de un rebaño y dos haciendas enclavadas en el mismo terreno.

» Segun me indicais, nos haceis esta donacion como un premio por los servicios que hemos prestado á la República.

» Los oficiales italianos, enterados del contenido de vuestra carta, han declarado unánimemente en nombre de la legion, que no les ha movido para tomar las armas en defensa de la República otro fin que el del honor de compartir los peligros con los naturales del país, que tan hospitalariamente los han acogido.

» Al obrar así han obedecido á la voz de su conciencia, y por tanto habiendo satisfecho lo que consideraron simplemente como el cumplimiento de un deber, continuarán participando de las fatigas y

los peligros de los nobles Montevideenses mientras lo exijan las necesidades del sitio, sin desear mas premio ni mas recompensa por sus trabajos.

» En consecuencia de esto, tengo el honor de comunicaros, excelentísimo Señor, la respuesta de la legion, con la que mis principios y mis sentimientos están completamente de acuerdo, devolviéndoos al mismo tiempo el original de la donacion. Dios guarde vuestra vida dilatados años.

» JOSÉ GARIBALDI. »

Los Italianos continuaron pues prestando sus servicios sin remuneracion alguna, y lo único que hicieron para adquirir dinero cuando lo necesitaban absolutamente para renovar sus vestidos, fué ponerse al servicio de algun negociante francés ó vascongado, que solian dar á cada uno dos francos poco mas ó menos.

No hay para que decir que si se trababa algun combate, los asalariados se batian y se hacian matar por sus principales.

VI.

DESGRACIA DE RIVEYRA.

Ya he dicho cuál era el plan que concibió el general Paz para nuestra salida nocturna de Montevideo.

Realizándole cambiarían las circunstancias, poniendo á Oribe segun todas las probabilidades en el caso de levantar el sitio; pero habiéndose frustrado nuestras esperanzas, volvimos á nuestros puestos, es decir á ocupar el lugar de las avanzadas, que por una y otra parte se fortificaban mas y mas cada dia, hasta llegar á tener una línea de batería igual sobre poco mas ó menos á la de nuestro enemigo.

Mientras todo esto se verificaba, el general Paz se separó de nosotros para ir á ponerse al frente de la insurreccion de la provincia de Corrientes, y ayudar de este modo á la causa nacional, dividiendo las fuerzas del general Urquiza, que se encontraba delante del general Riveyra.

Pero las cosas no salieron á medida de sus deseos, porque Riveyra, impaciente y sin cuidarse de

las órdenes del gobierno que le prohibían comprometerse en una batalla decisiva, se empeñó en ella y la perdió completamente en los campos de India Muerta.

Nuestro ejército fué vencido, y nuestros vencedores, contra todas las leyes de la humanidad, estrangularon, ahorcaron y decapitaron á dos mil hombres ó acaso mas, que nos cogieron prisioneros.

Muchos quedaron tendidos sobre el campo y los demás puestos en dispersion: el general Riveyra ganó la frontera del Brasil con algunos de sus soldados, y el gobierno le desterró en castigo del inmenso desastre que motivó su falta de prudencia.

Perdida la batalla de India Muerta, quedó Montevideo abandonado á sus propios recursos. El coronel Correa tomó el mando de la guarnicion, pero el alma de la defensa quedó reconcentrada entre Pacheco y yo. Algunos de los jefes pudieron tambien reunir despues de la deplorable batalla algunos soldados dispersos, batiéndose con ellos en los puntos amenazados por el enemigo.

El general Flanos reclutó doseientos hombres, y prefiriendo reunirse á los defensores de Montevideo, cayó sobre las tropas enemigas que observaban el

Cerro, practicó una zanja, llegó hasta el fuerte, y se unió con nosotros.

Pacheco, aprovechándose de este refuerzo, ideó un golpe de mano.

El 27 de mayo de 1845 nos embarcamos durante la noche en Montevideo, la legion italiana y algunas otras fuerzas de las acantonadas en el Cerro, y con este pequeño ejército nos fuimos á emboscar en un derruido polvorin que estaba abandonado.

En la mañana del dia siguiente hizo la caballeria del general Flanos una salida protegida por nuestra infanteria, atacó al enemigo, y cuando hubo recorrido una corta distancia, salimos — la legion italiana á la cabeza — y cargamos á la bayoneta sembrando el campo de cadáveres.

Al vernos avanzar, las tropas de observacion del Cerro vinieron en auxilio de nuestros contrarios, y se trabó un horroroso combate que terminó decidiéndose en favor nuestro.

El enemigo fué completamente derrotado, le perseguimos á la bayoneta, y fué necesario uno de esos huracanes acompañados de truenos, granizo y lluvia, de los que solo pueden formarse una idea los que los han sufrido, para que terminase el combate.

Las pérdidas del enemigo fueron considerables.

Tuvo gran número de heridos y de muertos, y entre los últimos al general Nung, uno de los mejores y mas valientes jefes de los soldados enemigos, muerto por una bala que le asestó uno de nuestros legionarios.

Además les cogimos un inmenso botín, y esta victoria nos hizo entrar á todos en Montevideo lleno el corazon de esperanza y de gozo.

El buen éxito que habíamos obtenido con aquel golpe de mano, me alentó á proponer otro al gobierno, que fué el de embarcar á la legion italiana en la flotilla, cruzar con ella el rio ocultando á mis soldados del mejor modo posible, llegar á Buenos Aires, desembarcar por la noche, encaminarnos á la casa de Rosas, apoderarnos de él y conducirlo preso á Montevideo.

Esta expedicion, llevada á cabo con buena suerte, hubiera terminado la guerra de una sola vez, pero el gobierno rechazó mi proyecto.

Sin embargo en los intervalos de reposo que se concedian á nuestro ejército yo ponía en movimiento nuestra flotilla, y burlando la vigilancia del bloqueo, caía sobre algun buque mercante y le llevaba prisionero á nuestro puerto á las barbas del almirante Brown.

Otras veces, valiéndome de distintas combinacio-

nes, atraía sobre mi todas las fuerzas del bloqueo, abriendo de este modo nuestro puerto á los barcos mercantes que llevaban al seno de la ciudad sitiada todo lo necesario para el consumo de sus habitantes.

Además solia embarcarme por la noche con un centenar de mis legionarios mas resueltos, tratando de tomar por asalto los navíos enemigos que no podia atacar durante el dia á causa de su mucha artillería; pero estas empresas eran casi siempre inútiles, porque previniéndolas nuestros contrarios se guarecian en parajes seguros donde yo no podria figurarme que estaban.

Por fin un dia, decidido completamente á acabar con ellos, salí con tres pequeños buques, los menos malos de la escuadrilla, y en pleno dia resolví ir á atacarlos á sus mis masguaridas en la rada de Montevideo.

La escuadra de Rosas se componia de tres navíos: *el 23 de Marzo, el general Echagüe y la Maypu.*

Estos tres navíos estaban dotados con 44 cañones.

Yo solo tenia ocho, de muy poco calibre, pero conocia á mi gente, y sabia que si llegábamos á abordar al enemigo, era segura su derrota.

Avancé hácia la escuadra en línea de batalla.

Llegamos á encontrarnos casi á tiro de bala: avanzando una milla mas, era el combate inevitable.

Todas las azoteas de Montevideo estaban cubiertas de curiosos, los mástiles de los navíos mercantes y de guerra de todas las naciones estacionados en el puerto estaban, por decirlo así, empavesados de hombres. Todos estos espectadores aguardaban con ansiedad el resultado de una lucha que á cada momento se hacia mas precisa; pero el comandante de la flota argentina no se quiso arriesgar á combatir, se alejó mar arriba, y nosotros entramos en el puerto, donde no bastaron á indemnizarnos los universales aplausos que nos saludaron á nuestro arribo.

VII.

INSURRECCION ANGLO-FRANCESA.

Los asuntos iban de mal en peor para Montevideo, cuando la intervencion anglo-francesa hizo cesar el bloqueo entre las dos potencias, apoderándose de la flota enemiga y repartiéndosela.

Entonces se dispuso una expedicion al Uruguay.

El objeto de esta expedicion fué hacerse dueños de la isla de Martin García, de la ciudad de Colonia, y de algunos otros puntos, principalmente del Salto, por el cual se podian abrir comunicaciones con el Brasil, al mismo tiempo que se formaba en él un núcleo de ejército destinado á reemplazar el que habia sido destruido.

Yo embarqué en mi flotilla doscientos voluntarios y me dirigí hácia el fuerte Martin García.

Le encontramos abandonado y le ocupamos.

Tambien se hallaba abandonada la ciudad de Colonia, pero al llegar á ella se encontró nuestra flotilla con la escuadra anglo-francesa.

La legion italiana desembarcó, y combatió y recha-

Llegamos á encontrarnos casi á tiro de bala: avanzando una milla mas, era el combate inevitable.

Todas las azoteas de Montevideo estaban cubiertas de curiosos, los mástiles de los navíos mercantes y de guerra de todas las naciones estacionados en el puerto estaban, por decirlo así, empavesados de hombres. Todos estos espectadores aguardaban con ansiedad el resultado de una lucha que á cada momento se hacia mas precisa; pero el comandante de la flota argentina no se quiso arriesgar á combatir, se alejó mar arriba, y nosotros entramos en el puerto, donde no bastaron á indemnizarnos los universales aplausos que nos saludaron á nuestro arribo.

VII.

INSURRECCION ANGLO-FRANCESA.

Los asuntos iban de mal en peor para Montevideo, cuando la intervencion anglo-francesa hizo cesar el bloqueo entre las dos potencias, apoderándose de la flota enemiga y repartiéndosela.

Entonces se dispuso una expedicion al Uruguay.

El objeto de esta expedicion fué hacerse dueños de la isla de Martin García, de la ciudad de Colonia, y de algunos otros puntos, principalmente del Salto, por el cual se podian abrir comunicaciones con el Brasil, al mismo tiempo que se formaba en él un núcleo de ejército destinado á reemplazar el que habia sido destruido.

Yo embarqué en mi flotilla doscientos voluntarios y me dirigí hácia el fuerte Martin García.

Le encontramos abandonado y le ocupamos.

Tambien se hallaba abandonada la ciudad de Colonia, pero al llegar á ella se encontró nuestra flotilla con la escuadra anglo-francesa.

La legion italiana desembarcó, y combatió y recha-

zó al general Montero, que se hallaba con fuerzas superiores al lado opuesto de la ciudad. Durante este tiempo trabaron las escuadras, yo no sé con qué objeto, un fuego violento contra Colonia, desembarcaron sus tropas y formaron nuestra reserva en el ataque que sostuvimos contra el general Montero.

A las dos de la tarde entramos en la ciudad.

La legion italiana fué acuartelada en una iglesia, y yo la dí las órdenes mas eficaces de respetar los mas insignificantes efectos pertenecientes á nuestros enemigos, obligados á abandonar sus casas.

Inútil es decir que los legionarios las obedecieron religiosamente.

La ciudad fué ocupada y fortificada por los nuestros, que al salir de ella dejaron guarnicion.

Las flotillas inglesa y francesa entraron en el Paraná, y destruyeron, despues de un combate que duró tres dias, las baterías que amenazaban el paso del rio.

La resistencia que opuso el enemigo fué heróica.

Yo continué con mi flotilla, compuesta de un bergantín, una goleta y otros buques mas pequeños, la marcha rio arriba.

Durante el tiempo en que estuvimos juntos, el al-

mirante francés y el comodoro inglés me dieron pruebas del mucho aprecio que me profesaban, aprecio con que ha continuado favoreciéndome muy particularmente el almirante Laine.

Uno y otro vinieron con frecuencia á sentarse en nuestro vivac, participando de la carne asada de que se componia nuestro ordinario alimento.

Auzani, que nos acompañaba en nuestra expedicion, compartia conmigo la simpatia de ambos jefes, porque era uno de esos hombres á quien bastaba ver una sola vez para profesarle la mayor estimacion, el mas vivo aprecio.

Al mismo tiempo que nuestra flota se encaminaba al Uruguay, se unian á nosotros algunos soldados de caballería, mandados por el capitan de la Cruz, verdadero héroe que se hacia estimar tanto por su valor, como por la bondad de su carácter.

Estos hombres siguieron á la flotilla costeano el Uruguay, y nos prestaron grandes servicios, primero como exploradores y despues como abastecedores de víveres.

A su marcha ocuparon algunas aldeas, las Vacas, Mercedes y otras.

El enemigo era siempre vencido en donde quiera que le hallaban; solo Paysanda, ribera fortificada de la playa del Uruguay, trató de destruirnos con su

artillería, pero en suma no pudo hacernos mucho mal.

Después de haber salvado el tránsito de Paysanda, tomamos posición en una estancia llamada El Hervidero, y allí permanecimos muchos días.

El general Valleja intentó atacarnos una noche con su infantería, caballería y artillería, pero fué rechazado por nuestros invencibles legionarios con pérdidas muy grandes.

Yo escribí al gobierno desde El Hervidero por medio del capitán Montaldi, que volvía á Montevideo en una goleta de comercio; pero la goleta fué atacada al pasar delante de Paysanda, envuelta por las embarcaciones enemigas y ocupada después de una vigorosa resistencia, sostenida por el capitán Montaldi, quien quedó abandonado sobre el puente del buque y hecho prisionero.

También por nuestra parte apresamos un crecido número de barcos que navegaban con bandera enemiga, pero se dejaba á la mayor parte de sus tripulantes en libertad de reunirse con los suyos.

Guauguaychu, ciudad situada sobre la ribera derecha del Uruguay y sobre el Guauguay en Entre Ríos, cayó á favor de una sorpresa en nuestras manos.

Allí fué donde hice prisionero al mismo D. Leo-

nardo Millan, que en otra ocasión, habiéndose apoderado de mí, me hizo dar el *trato de cuerda* (1).

No tengo para que decir que le puse en libertad sin hacerle el menor daño, dejándole por todo castigo el miedo que experimentó al reconocerme.

Abandonamos á Guauguaychu, porque no era una posición sostenible, pero antes de salir hicimos pagar á sus habitantes una buena contribución, en dinero, en ropa y en armas.

Por último, después de muchos combates y aventuras, llegamos con la escuadra al sitio nombrado el Salto, y allí nos detuvimos, porque el Uruguay forma en él una catarata y después de ella no pueden atravesar el río mas que barcos pequeños.

El general Lavalleja, que ocupaba el país, le abandonó al saber nuestra llegada, obligando á sus moradores á seguirlo; y como aquel paraje era el mas á propósito para el objeto de nuestra expedición, porque no se encontraba lejos de la frontera, dispuse que nos estableciéramos en él.

Mi primera operación fué dirigirme contra Lavalleja, que se hallaba acampado sobre el Zapeoi, afluente del Uruguay. Puse en movimiento durante la noche á nuestra infantería y á los soldados de

(1) Cierta castigo que se conserva en algunas partes de Italia y de América.

30010

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1525 MONTERREY, MEXICO

caballería mandados por la Cruz, y al amanecer nos encontramos cerca del campamento, que estaba defendido por un lado con los bagajes y por el otro con el Uruguay. Detrás tenía el Zapeoi.

Formé mis tropas en dos pequeñas columnas, y con la caballería extendida marché á la carga.

Después de un combate de algunos minutos fuimos dueños del campo, y el enemigo puesto en precipitada fuga atravesó el Zapeoi.

El resultado de esta operación fué el regreso al Salto de todas las familias que se habían visto forzadas á abandonar sus hogares por orden de Lavalleja.

En aquella acción cogimos al enemigo cien prisioneros sobre poco más ó menos, muchos caballos, bueyes, municiones y una pieza de artillería, la misma que había tirado sobre nosotros en el ataque del Hervidero, de fundición italiana y sobre cuyo bronce se hallaban grabados el nombre de su fundador, Cosuno Cenni, y la fecha del año en que fué fundida, 1492.

Esta expedición honró sobre manera á la legión italiana, y dió grandes resultados.

Cerca de 3,000 habitantes volvieron á sus casas.

Dirigidos mis legionarios por Auzani se ocuparon inmediatamente en la construcción de una batería

sobre la plaza de la ciudad, posición que dominaba las cercanías; y yo envié correos al Brasil para ponerme en comunicación con los refugiados, comenzando, gracias á ellos, la reorganización de un ejército de campaña.

La batería fué construida y armada con dos cañones en tan poco tiempo, y tan bien, que en la tarde del 5 de diciembre de 1845, se halló pronta á responder á los ataques del general Urquiza, quien se presentó á combatirnos en la mañana del día 6, con 3,500 soldados de caballería, ochocientos de infantería y una batería de campaña.

En aquel caso tomé las disposiciones que deben ponerse en juego cuando se quieren centuplicar las fuerzas materiales con la influencia moral.

Dí orden á la escuadra de que se retirase sin dejar á nuestro alcance un solo barco, distribuí á mis hombres en las callejuelas, construyéndoles barricadas, y solo dejé abiertas las calles principales. Dí una orden del día incendiaria, y esperé al enemigo que, confiando en su fuerza, había hecho creer á sus soldados que los hombres con quienes iban á combatir tenían *corazones de gallina*.

A cosa de las nueve de la mañana nos atacaron por todos los flancos: nosotros les respondimos con el fuego que vomitaban por todas las callejuelas

nuestros tiradores y con el que lanzaban nuestras dos piezas de cañon.

Cuando los ví asombrados por nuestra resistencia, hice que cargasen sobre ellos dos compañías de reserva y se retiraron vergonzosamente, dejando un crecido número de muertos y de heridos en las casas de que habian empezado á apoderarse, no logrando cogernos mas que algunas reses, y esto por culpa de un piquete de una embarcacion de guerra inglesa, que unida á otra francesa, nos habian seguido enviadas por sus gobiernos hasta el Salto.

Estas dos embarcaciones se ofrecieron entonces á ayudarnos á defender el país, y el piquete inglés trasformó en fuerte una casa que protegía *al Corral*, donde teníamos encerradas cerca seiscientas reses. El enemigo envió un grueso destacamento de su infantería hácia este sitio, y los soldados ingleses fueron sobrecogidos de un terror tal, que huyendo unos por las ventanas y los otros por la puerta, dejaron á las tropas de Urquiza los medios de llevarse las reses sin la menor resistencia.

Durante veintitres días renovó el enemigo sus ataques sin alcanzar resultado alguno, y cuando llegaba la noche nosotros por nuestra parte no le dejábamos un instante de reposo.

Nos faltó carne, pero nos comimos nuestros caba-

llos; y así permanecemos hasta que convencido Urquiza de la inutilidad de sus esfuerzos, se retiró confesando que habia perdido en las diversas acciones que habia sostenido con nosotros mas gente que la que sucumbió en la batalla de India Muerta.

Al retirarse trató de apoderarse de mis embarcaciones para atravesar el rio; pero, gracias á mi vigilancia, frustrado su proyecto, se vió en la necesidad de pasarle dos leguas mas allá, despues de lo cual acampó al otro lado del Uruguay, en las llanuras de Camardia, frente al Salto.

Mientras que Urquiza levantó el campamento hice atravesar el rio en pleno dia á algunos soldados de caballería protegidos por nuestras embarcaciones y por algunos soldados de infantería.

Esta pequeña division atacó á la fuerza que guardaba una inmensa yeguada que pacía en aquellos campos, y se apoderó de un centenar de caballos, para reemplazar á los que nos habíamos comido, haciéndolos pasar el rio y trayéndomelos antes de que el enemigo saliese de su sorpresa y tratase de impedirles su marcha.

VIII.

ACCION DEL SALTO DE SAN ANTONIO.

Entretanto el coronel Baez venia desde el Brasil con 200 soldados de caballería.

El general Medina reclutaba gente y le esperábamos de un momento á otro.

Con efecto el 7 de febrero de 1846, recibí un mensaje suyo en el que me anunciaba que al dia siguiente se hallaria en las alturas del Zapeoi con quinientos jinetes. Me pedia noticias del enemigo, y algun socorro en caso de ataque.

Su mensajero le llevó aviso de que el 8 de febrero estaria pronto con fuerzas suficientes para proteger su entrada en el país por las alturas del Zapeoi; y en cumplimiento de mi aviso, á cosa de las 9 de la mañana salí con 150 legionarios y doscientos jinetes.

Costeando el Uruguay fuimos á las Laperas del Zapeoi, tres leguas poco mas ó menos del Salto, y flanqueados por cuatrocientos enemigos, pertenecientes al cuerpo del general Servando Gomez, únicas fuerzas que en aquellos momentos se encontra-

ban de observacion ante el Salto, tomó nuestra infantería posicion bajo un *zapere*.

Un *zapere* es un techo de paja sostenido por cuatro vigas, el cual no nos ofrecia mas ventaja que la de librarnos de los ardientes rayos del sol.

La caballería, mandada por el coronel Baez y el mayor Caraballo, se extendia hasta el Zapeoi.

Auzani se habia quedado defendiendo el Salto con treinta ó cuarenta soldados enfermos. Él por su parte tambien sufría un acerbo dolor en una pierna.

Doce hombres guardaban la batería.

A las once y media de la mañana ví avanzar desde las llanuras del Zapeoi hácia las alturas en que yo me encontraba un número considerable de jinetes enemigos. Cada cual llevaba en las ancas de su caballo un soldado de infantería.

Con efecto á poca distancia de las alturas en que yo estaba, se apearon de los caballos los infantes y se organizaron para venir á nuestro encuentro.

Nuestra caballería comenzó inmediatamente á disparar contra el enemigo, pero como las fuerzas de este eran superiores, cargaron sobre ella y la pusieron en fuga.

Huyendo vino á guarecerse en nuestro *zapere*, hasta donde llegaban ya las balas enemigas.

Comprendiendo yo entonces que la verdadera re-

sistencia seria la que opusieran mis bravos legionarios, y que donde ellos estuvieran tendria lugar el combate, me lancé á buscar á nuestros contrarios; pero al llegar á las primeras filas, en medio del fuego sentí de repente que flaqueaban los cuartos de mi caballo, y cayó haciéndome sufrir su misma suerte.

Al caer, lo primero que pensé fué que al verme en el suelo, los míos iban á figurarse que habia sido muerto, y esta creencia podia introducir el desorden entre ellos. Para evitar el mal, tuve bastante presencia de ánimo, cogí de mis pistoleras una pistola, y al levantarme instantáneamente la disparé en el aire para darles á conocer que estaba sano y salvo. Así es que apenas me vieron caer cuando ya estaba de pié y en medio de ellos.

Sin embargo el enemigo avanzó, fuerte siempre con sus 1,200 jinetes y sus 300 infantes.

Abandonados nosotros por nuestra caballería, quedamos reducidos al número de 190 hombres entre todos.

Me faltaba tiempo para dirigirles un discurso, y como por otra parte no han sido nunca de mi agrado esta clase de alocuciones, levanté mi voz y no les dije mas que estas palabras:

— « Los enemigos son numerosos, nosotros

pocos; tanto mejor, cuantos menos seamos mas glorioso será el combate. Calma, no hagamos fuego mas que en un caso desesperado y carguemos á la bayoneta.»

Estas palabras iban dirigidas á hombres en los cuales hacia cada una el efecto de una chispa eléctrica.

Por otra parte, cualquiera determinacion que no hubiera sido la que tomé, nos hubiera sido muy funesta en semejante caso. A una milla poco mas ó menos del sitio en que nos encontrábamos, teníamos á nuestra derecha el Uruguay con espesos bosques; pero una retirada, en aquella situacion, hubiera sido la señal de nuestra total pérdida. Yo así lo comprendí: verdad es que tampoco traté de llevarla á cabo.

Cuando la columna enemiga se halló á sesenta pasos de nosotros, nos hizo una descarga que nos causó muchas bajas, pero los nuestros la contes- taron con otra mucho mas desastrosa, tanto mas cuanto que nuestros fusiles estaban cargados no solo con balas sino tambien con postas.

El comandante de la infantería cayó en tierra herido de muerte.

Las filas se deshicieron, y al frente de mis bravos con un fusil en la mano los arrastré á dar una carga á fondo.

La dimos muy á tiempo: la caballería llegaba ya á tocar nuestros flancos y nuestras espaldas.

La lucha fué terrible.

Algunos soldados de la infantería enemiga debieron solo la salvacion á su precipitada fuga: gracias á esto, pude hacer frente á la caballería.

Nuestros hombres se volvieron hácia ellos como si cada uno hubiese recibido la orden de ejecutar esta maniobra. Todos combatieron como colosos: lo mismo los oficiales que los soldados.

Algunos jinetes conducidos por un bravo oficial llamado Vega, avergonzados por la fuga de Baez y de sus soldados que nos dejaron solos, volvieron brida, queriendo mejor venir á sufrir nuestra suerte que continuar su cobarde retirada.

Nosotros los vimos de pronto pasar por delante del enemigo y colocarse á nuestro lado.

Mucho valor necesitaron para hacer lo que hicieron, yo lo aseguro; y la carga que practicaron al reunirse á nosotros nos sirvió de mucho en aquellos críticos momentos. Ellos separaron y trastornaron á nuestros contrarios, de los cuales una parte se dirigió en persecucion de los fugitivos.

Cuando hicimos la segunda descarga, al ver la caballería destruida su infantería y 25 ó 30 de los suyos en tierra muertos por nuestro fuego, practicó

un movimiento de retirada é hizo apearse á cerca de seiscientos que, armándose de carabinas, nos envolvieron por todos lados.

A nuestro alrededor teníamos una gran porcion de terreno cubierto con los cadáveres de los soldados y de los caballos tanto enemigos como nuestros.

Podria referir en particular innumerables hechos de bravura, pero bastará que diga que todos combatieron como nuestros antiguos héroes del Tasso y del Ariosto, y que muchos estaban llenos de heridas de todas clases, de balazos, de cuchilladas, de lanzadas.

Un trompeta jóven de quince años, á quien nosotros llamábamos el Rojo y que nos animaba durante el combate con su clarin, fué herido de un lanzazo. Arrojar la trompeta, coger un cuchillo y lanzarse sobre el soldado que le habia herido, fué todo obra de un instante; pero espiró al matarle.

Despues del combate fueron hallados los dos cadáveres agarrados el uno al otro: el trompeta estaba cubierto de heridas; el jinete tenia en el muslo la profunda señal de una mordedura que le habia hecho su enemigo.

Tambien por parte de nuestros adversarios hubo actos de prodigiosa temeridad. Viendo uno de ellos que el cobertizo al rededor del cual estábamos

agrupados era por lo menos un abrigo contra el sol, cogió un tizon con llama, echó á galope su caballo, pasó por medio de nosotros y al pasar arrojó el ascua sobre el techo de paja.

El tizon cayó en el suelo sin llenar el deseo del soldado, pero no por eso dejó este de practicar una accion temeraria.

Mis soldados iban á descargar sobre él, pero yo se lo impedi.

— Es necesario respetar á los valientes, les grité: ellos son de nuestra raza.

Ninguno le hizo fuego.

Parecia milagroso el ver cómo todos aquellos bravos me obedecian.

Una palabra mia volvia las fuerzas á los heridos, el valor á los tímidos y doblaba el ardor de los mas fuertes.

Cuando ví al enemigo diezmado por nuestro fuego, fatigado por nuestra resistencia, entonces fué, y solo entonces, cuando yo hablé de retirada; pero diciendo, no « retirémonos; » sino « al retirarnos no dejaremos ni un solo herido en el campo de batalla. »

— No... no... gritaron todas las voces.

Además, heridos lo estábamos casi todos.

Cuando yo ví á toda mi gente en calma y bien

asegurada, di con la mayor tranquilidad la órden de hacer una retirada batiéndonos. Por fortuna, yo no tenia ni un solo rasguño, y gracias á esto pude hallarme en todas partes, y hacer arrepentirse de su temeridad á los que se acercaban á nosotros.

Los pocos que se hallaban sanos de entre los nuestros, cantaban himnos patrióticos, á los que respondian en coro los heridos.

El enemigo no comprendia nada.

Lo que mas nos hizo sufrir fué la falta de agua : unos arrancaban raíces y las machacaban, otros chupaban balas de plomo, algunos bebieron sus orines.

Afortunadamente vino la noche, y con ella un poco de fresco.

Cerré en columna á mis soldados, coloqué en medio á los heridos, y solo dos, á los que fué imposible trasportar, quedaron en el campo de batalla. Les encargué muy eficazmente que no se separaran los unos de los otros, y que se retiraran en direccion de un pequeño bosque, del que se apoderó antes que nosotros el enemigo ; pero logramos arrojarle de él.

Despues de esto envié exploradores, los que tornaron diciéndome que nuestros adversarios habian casi todos echado pié á tierra y dejado pacer á los caballos.

Sin duda estaban persuadidos de que el hambre y la falta de municiones nos habian obligado á hacer alto; pero se equivocaban, porque no sentíamos hambre, y en cuanto á municiones habíamos hallado sobre los cadáveres de nuestros enemigos tantas como hubiéramos podido desear.

Todavía nos quedaba lo mas difícil por hacer : nuestro enemigo se habia acampado entre nosotros y el Salto. Despues de un reposo de una hora, durante el cual le hice creer que permaneceríamos toda la noche donde nos hallábamos, di órden á mis soldados de volver á formar en columna, y al paso de carga y la bayoneta en ristre, nos lanzamos como un torrente en medio de él. Las cornetas tocaron á botar sillas, pero antes de que cada cual encontrase la suya, las bridas y el caballo, logramos atravesar su campamento.

Nos dirigimos de nuevo hácia un bosquecito, y una vez escondidos allí, ordené á todos que se acostaran boca abajo. Las trompetas del enemigo que venia hácia nosotros tocaban á paso de ataque.

Le dejé aproximarse á 50 pasos del bosque, y entonces mandé hacer fuego, dando yo el ejemplo.

Veinticinco ó treinta hombres y otros tantos caballos cayeron ; los demás volvieron grupas y entraron en su campamento.

Solo entonces fué cuando dije á los míos :

— « Vamos, queridos hijos, creo que ha llegado el momento de ir á beber. »

Y costeano siempre nuestro bosquecito, conduciendo á nuestros heridos, teniendo á alguna distancia á los mas encarnizados de nuestros enemigos que no querian abandonarnos, ganamos la orilla de la ría.

Al entrar en el pueblo nos esperaba una gran emoci3n : Auzani lloraba de alegría.

Me abrazó el primero, y quiso abrazar á todos los míos.

Tambien él habia sostenido un combate, atacado con su escasa gente por el enemigo, quien antes de atacarle le habia propuesto su rendici3n, diciéndole que todos nosotros estábamos muertos ó prisioneros.

Pero Auzani le habia respondido :

— « Los Italianos no se rinden : levantad presto el campo, ó caigo como un rayo sobre vosotros.

Mientras tenga á mi lado un solo compañero, combatiremos juntos; y cuando me halle solo, incendiare los barriles de pólvora para que vosotros y yo muramos juntos.

Al oír esto el enemigo no insistió en pedirles que se rindieran, y se alejó.

Tambien mis hombres, que hallaron abundancia

de todo en el Salto, dirigiéndose á mí, me dijeron :

— « Tú nos has salvado una vez, pero Auzani nos ha salvado otra. »

Al día siguiente escribí á la Comisi3n de la legi3n italiana de Montevideo la carta que trascibo á continuaci3n.

« Hermanos,

» Antes de ayer hemos sostenido en los campos de San Antonio, á legua y media de la villa, el mas terrible y el mas glorioso de nuestros combates. Las cuatro compańas de nuestra legi3n y una veintena de jinetes, refugiados bajo nuestra protecci3n, no solo se han defendido contra 4,200 hombres de Servando Gomez, sino que han destruido la infantería enemiga, que nos atacó en número de 300. El fuego comenzo á las doce del día y terminó á las doce de la noche. Ni el número de los enemigos, ni sus continuas cargas, ni la masa de su caballería, ni los ataques de sus fusileros han podido abatirnos; aunque no hemos tenido mas abrigo que un cobertizo ruinoso sostenido por cuatro vigas, los legionarios han rechazado constantemente los asaltos de nuestros encarnizados adversarios. Todos los oficiales se han batido como soldados en esta jornada.

» Auzani, que se quedó en el Salto, y á quien el enemigo intimó la órden de rendirse, respondió

UNIVERSIDAD
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1626 MONTERREY, MEXICO

con la mecha en la mano y el pié sobre la Santa Bárbara de la batería, por mas que le asegurasen que todos estábamos muertos ó prisioneros.

» Hemos tenido treinta muertos y cincuenta y tres heridos; todos los oficiales han sufrido heridas leves, todos, menos Scarone, el mayor Saccarello y Traversi.

» Yo no daría mi título de legionario ni por un mundo de oro.

» A las doce de la noche hicimos una retirada hácia el Salto, quedando mas de ciento sanos y salvos. Los que no estaban mas que levemente heridos marchaban á la cabeza, conteniendo al enemigo cuando se acercaba demasiado.

» ¡Ah! estos hechos merecen ser esculpidos en bronce.

» Adios: ya os escribiré mas extensamente otra vez.

» Vuestro: JOSÉ GARIBALDI. »

P. S. — Los oficiales heridos son Cassana, Marchetti, Beruli, Remorini, Saccarello el jóven, Sacchi, Grafigna y Rodi.

Estas acciones fueron las últimas mas grandes que ejecutamos en Montevideo.

IX.

ESCRIBÍ AL PAPA.

Por este tiempo fué cuando yo supe en Montevideo la exaltacion al Pontificado de Pio IX.

Nadie ignora cuáles fueron los principios de este reinado.

Yo mas que nadie creí abierta con él para la Italia una era de libertad.

Así pues, resolví, para secundarle en las generosas determinaciones de que estaba animado, ofrecerle mi espada y la de todos mis compañeros de armas.

Los que creen que yo hago una oposicion sistemática al Papado, se convencerán de lo contrario leyendo la carta que voy á trascribir. Consagrado únicamente á la causa de la libertad en general, yo estaba pronto á arriesgar mi vida por ella en cualquier parte del globo donde la libertad necesitase soldados. Pero se comprenderá muy bien que yo diese preferencia á mi país, y que estuviese pronto á servir á las órdenes del que estaba llamado á ser el Mesías político de Italia.

Auzani y yo creimos que esta sublime mision estaba confiada á Pio IX, y dirigimos al Nuncio de Su Santidad la siguiente carta, rogándole que hiciese presente al Sumo Pontífice nuestros votos y los de nuestros legionarios :

« Ilustrísimo y respetabilísimo señor,

» Desde el primer momento en que llegó á nuestra noticia la exaltacion del Soberano Pontífice Pio IX y la amnistía que ha concedido á los pobres, hemos seguido con una atencion y un interés crecientes los vestigios que el supremo jefe de la Iglesia deja sobre el camino de la gloria y de la libertad. Las alabanzas, cuyo eco llega hasta nosotros desde el otro lado del mar, el gozo con que la Italia acoge la convocacion de los diputados, y aplaude las sabias concesiones hechas á la imprenta, la institucion de la guardia cívica, el impulso dado á la instruccion pública y á la industria, sin contar la solicitud encaminada al mejoramiento y bienestar de las clases menesterosas, como asimismo á la formacion de una nueva administracion; todo, en fin, nos ha convencido de que ha salido ya del seno de nuestra patria el hombre que, comprendiendo las necesidades de su siglo, ha sabido, siguiendo los preceptos de nuestra augusta Religion, siempre nuevos, siempre inmortales, y sin desprestigiar su

autoridad, plegarse á las exigencias del tiempo.

» Nosotros, — aunque fuese sin influencia para nosotros este progreso, — le hemos seguido de lejos, acompañando con nuestros aplausos y nuestros votos el concierto universal de la Italia y de toda la cristiandad. Pero cuando hace algunos dias hemos sabido el sacrílego atentado de la fraccion sostenida y fomentada por el extranjero, que no estando cansada de destruir nuestra pobre patria desde hace tanto tiempo, se proponia trastornar el actual orden de cosas; nos parece que la admiracion y el entusiasmo hácia el Sumo Pontífice son muy débil tributo, y que un deber mas grande nos resta que llenar.

» Nosotros, los que os escribimos, ilustrísimo y respetabilísimo señor, somos los que siempre animados de este mismo pensamiento que nos ha hecho afrontar el destierro, hemos tomado las armas en Montevideo para defender una causa que nos parecia justa, y hemos reunido algunos centenares de hombres, compatriotas nuestros, llegados aquí con la esperanza de pasar dias menos dolorosos que los que sufríamos en nuestra patria.

» Por tanto hace cinco años que, durante el sitio que rodea las murallas de la ciudad, cada uno de nosotros mas ó menos ha dado y no una sola vez

pruebas de resignacion, de valor, y, gracias á la Providencia y á este antiguo espíritu que inflama todavía nuestra sangre italiana, nuestra legion ha tenido ocasion de distinguirse, aprovechándola siempre que se ha presentado, tanto, — yo creo que es permitido decirlo sin vanidad, — tanto que en el camino del honor ha dejado atrás á los otros cuerpos que eran sus émulos y sus rivales.

» Así pues, si los brazos acostumbrados al uso de las armas son hoy aceptados por Su Santidad, inútil es decir que con mas voluntad que nunca los consagraremos al servicio del que hace todo lo que puede por la patria y por la Iglesia. Nos consideraremos muy dichosos si podemos contribuir con algo á la obra regeneradora de Pio IX tanto nosotros, como nuestros camaradas, en cuyo nombre os hablamos; y al ofrecerle nuestra vida no creemos pagar demasiado cara nuestra sangre.

» Si Vuestra ilustre y respetable Señoría cree que nuestro ofrecimiento puede ser grato al Soberano Pontífice, le suplicamos que le deponga al pié de su trono. »

» No es la pueril creencia de que nuestro brazo sea necesario la que nos mueve á ofrecerle: sabemos bien que el solio de San Pedro descansa sobre bases muy sólidas, y que por otra parte el nuevo ór-

den de cosas cuenta con numerosos defensores que sabrán rechazar vigorosamente la injusta agresion de sus enemigos; pero como la obra debe ser repartida entre los buenos, y el penoso trabajo de realizarla confiado á los fuertes, os suplico que nos hagais el honor de contarnos entre los últimos.

» Entretanto damos gracias á la Providencia por haber preservado á Su Santidad de las maquinaciones de los Tristi, y elevamos al cielo las mas fervorosas plegarias para que conserve su vida muchos años y haga la dicha de la cristiandad y de la Italia.

» Ahora solo nos resta suplicar á Vuestra ilustre y venerable Señoría que nos perdone la incomodidad que le causamos, recibiendo los sentimientos de la perfecta estimacion y profundo respeto con que somos

De Vuestra ilustrísima y respetabilísima Señoría
Leales Servidores

JOSÉ GARIBALDI.

FRANCISCO AUZANI.

« Montevideo, 12 de octubre 1847.

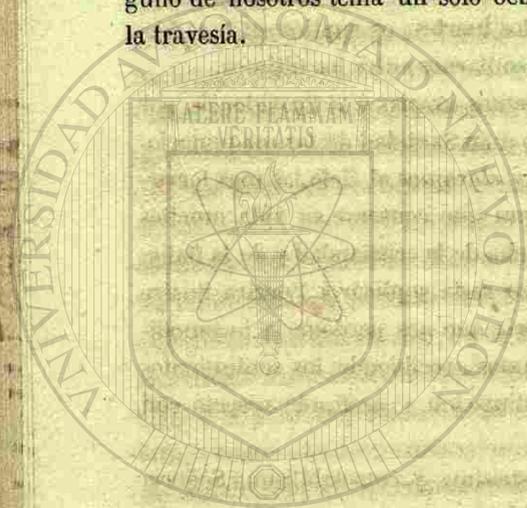
En vano esperamos una respuesta: ninguna noticia nos llegó ni de Su Santidad, ni de su Nuncio.

Entonces fué cuando nos decidimos á venir á Italia con una partida de nuestra legion.

Mi idea fué la de secundar la revolucion donde

quiera que se manifestase, y de incitarla donde estuviese adormecida, en los Abruzzos por ejemplo.

Nos decidimos á emprender el viaje, pero ninguno de nosotros tenia un solo ochavo para hacer la travesía.



X.

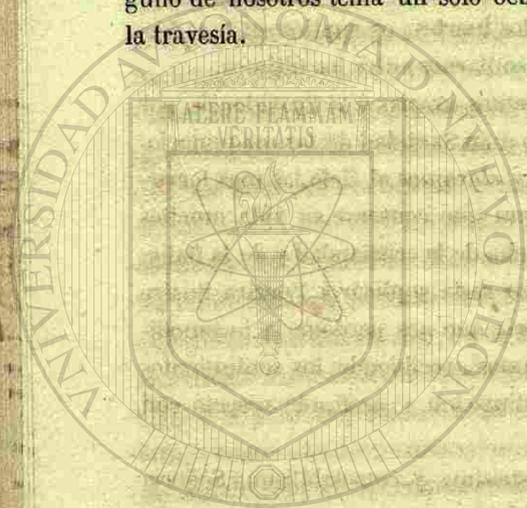
MI VUELTA A EUROPA. — MUERTE DE AUZANI.

Al ver nuestra pobreza, empleé un medio siempre fecundo al lado de personas de noble y generoso corazón. Abrí una suscripción entre mis compatriotas.

Los asuntos comenzaron á marchar perfectamente cuando algunos malos instintos trataron de crear entre los legionarios un partido contra mí, intimidando á los que se hallaban dispuestos á seguirme. Hicieron creer á estas pobres gentes que yo los conducía á una muerte segura, que la empresa que yo soñaba realizar era imposible y que les estaba reservada la misma suerte que á los hermanos Bandiera. De todo esto resultó que los mas tímidos se retrajeron, quedándome solo ochenta y cinco hombres, de los cuales tambien me abandonaron veintinueve despues de haberse embarcado. Por fortuna los que me siguieron eran los mas valientes, y casi todos habian tomado parte conmigo en el combate de San Antonio. Además me acompañaban algunos orientales confiados en mi fortuna, y entre ellos mi

quiera que se manifestase, y de incitarla donde estuviese adormecida, en los Abruzzos por ejemplo.

Nos decidimos á emprender el viaje, pero ninguno de nosotros tenia un solo ochavo para hacer la travesía.



X.

MI VUELTA A EUROPA. — MUERTE DE AUZANI.

Al ver nuestra pobreza, empleé un medio siempre fecundo al lado de personas de noble y generoso corazón. Abrí una suscripción entre mis compatriotas.

Los asuntos comenzaron á marchar perfectamente cuando algunos malos instintos trataron de crear entre los legionarios un partido contra mí, intimidando á los que se hallaban dispuestos á seguirme. Hicieron creer á estas pobres gentes que yo los conducía á una muerte segura, que la empresa que yo soñaba realizar era imposible y que les estaba reservada la misma suerte que á los hermanos Bandiera. De todo esto resultó que los mas tímidos se retrajeron, quedándome solo ochenta y cinco hombres, de los cuales tambien me abandonaron veintinueve despues de haberse embarcado. Por fortuna los que me siguieron eran los mas valientes, y casi todos habian tomado parte conmigo en el combate de San Antonio. Además me acompañaban algunos orientales confiados en mi fortuna, y entre ellos mi

pobre negro Aguyar, que fué muerto mas tarde en el sitio de Roma.

Ya he dicho que abrí entre los Italianos una suscripción para costear nuestro viaje. La mayor parte de ella la hizo Estéban Antonini, genovés establecido en Montevideo.

El gobierno por su parte nos ofreció ayudarnos con todo su poder; pero yo sabia que estaba tan pobre, que no quise aceptar de sus manos mas que dos cañones y ochocientos fusiles que hice trasportar á nuestro bergantin.

En el instante de partir nos sucedió con el comandante del Beponte, Garolo de Nervi, lo mismo que á los Franceses en su cruzada de Beaudoin con los Venecianos que les prometieron llevarlos á Tierra Santa; esto es que sus exigencias fueron tales que nos fué necesario vender todo lo que poseíamos, hasta las camisas, para satisfacerlas, y tanto que durante la travesía, permanecieron algunos acostados por carecer de ropa para vestirse.

Nos encontrábamos á trescientas leguas de las costas, cerca de las bocas del Orinoco, y yo me entretenia con Orizoni en pescar marsoplas sobre el bauprés, cuando de repente oí resonar el grito de «fuego... fuego...!»

Saltar desde el bauprés á la roda y desde la roda

al puente, dejándome caer por la escotilla, fué obra de un segundo. Al hacer la distribucion de víveres cometió el distribuidor la imprudencia de sacar aguardiente de un barril con una luz en la mano. El aguardiente se incendió, y en vez de cerrar el barril, el que lo sacaba, algo ebrio, dejó salir á chorros el líquido inflamado, y la cueva de los víveres, separada de la Santa Bárbara por una plancha que apenas tenia de espesor una pulgada, parecia un verdadero lago de fuego.

Allí fué donde tuve yo ocasion de ver cómo los hombres mas valientes se acobardan cuando el peligro se les presenta bajo un aspecto al que no están acostumbrados á combatirle. Todos aquellos hombres que eran héroes y semi-dioses en el campo de batalla, se chocaban, corrian de un lado á otro, y perdian el sentido temblorosos y azorados como niños.

Al cabo de diez minutos logré apagar el fuego ayudado por Auzani, que abandonó su lecho al primer grito de alarma.

El pobre Auzani guardaba con efecto cama, no porque careciese de vestidos, sino porque ya estaba amagado de la enfermedad de que debía morir á su llegada á Génova, es decir de una tisis palmonar.

Este admirable hombre, al que su mayor enemigo, si hubiera podido tenerlos, no habria podido

señalar un solo defecto, despues de haber consagrado su vida á la causa de la libertad, queria que sus últimos momentos fuesen todavía útiles á sus compañeros de armas; y todos los dias se le ayudaba á subir al puente, cuando ya no podia subir por sí solo, y acostado sobre un colchon y frecuentemente apoyándose en mí, daba lecciones de estrategia á los legionarios reunidos en torno de él sobre la popa del buque.

Auzani era una verdadero archivo de ciencias; y tan difícil me seria enumerar las cosas que sabia, como encontrar una que no supiese.

En Palo, á cinco leguas de Alicante, descendimos á tierra para comprar una cabra y naranjas á Auzani. Allí fué donde supimos por el vicecónsul sardo algo acerca de los acontecimientos de que era teatro Italia.

Allí supimos que habia sido proclamada la Constitucion piamontesa y el resultado de las cinco gloriosas jornadas de Milan, sucesos todos que no habíamos podido saber desde nuestra salida de Montevideo, es decir desde el 27 de marzo de 1848.

El vicecónsul nos dijo tambien que habia visto pasar algunos buques italianos con la bandera tricolor, y esto solo me bastó para decidirme á enarbolar el estandarte de la independenciam.

Entonces quité el pabellon de Montevideo que nos

habia servido para nuestra navegacion, y coloqué inmediatamente en el asta-bandera de nuestro bergantin el pabellon sardo, que improvisé con media sábana, una blusa roja y el resto con los paramentos verdes de nuestro uniforme.

Debe recordarse que nuestro uniforme era una blusa roja con paramentos verdes bordados de blanco.

El 24 de junio, dia de San Juan, llegamos á la vista de Niza. Muchos eran de parecer que no debíamos desembarcar sin mas extensos datos que los que ya teníamos. Nadie arriesgaba mas que yo, puesto que todavía estaba pendiente mi condena de muerte; pero sin embargo no dudé, ó mejor dicho no pude dudar, porque reconocido por algunos hombres que ocupaban una embarcacion, mi nombre se extendió bien pronto, y apenas se hubo sabido mi llegada, toda Niza se precipitó hácia el puerto y nos fué preciso aceptar los ofrecimientos que de todas partes nos hacian en medio de las mas calorosas aclamaciones.

Apenas se supo que yo me hallaba en Niza y que habia atravesado el Océano para venir en auxilio de la libertad italiana, se reunieron á mí voluntarios que acudian de todas partes.

Pero yo en aquel momento abrigaba otras miras que me parecian mejores.

Del mismo modo que habia creído en el papa

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RLYES"
1825 MONTERREY, MEXICO

Pio IX, creía en el rey Carlos Alberto, y en vez de cuidarme de Médici, á quien habia maudado como ya he dicho á Via Reggia para organizar la insurreccion, encontrándola organizada y viendo al frente de ella al rey del Piamonte, creí que lo mejor que podía hacer era ofrecerle mis servicios.

Dí un adios á mi pobre Auzani, adios tanto mas doloroso cuanto que los dos sabiamos que no podriamos volvernos á ver; y me embarqué para Génova, desde donde me dirigí al cuartel general del rey Carlos Alberto.

Nuestra entrevista me probó que habia obrado mal. El rey y yo nos separamos descontentos el uno del otro, y yo fui á Turin, donde tuve noticia de la muerte de Auzani.

Con él perdí la mitad de mi corazon, la mejor parte de mi genio.

Italia perdió uno de sus mas distinguidos hijos. ¡Oh! Italia, Italia, madre desgraciada! cuánto duelo para tí el dia en que este bravo entre los bravos, este leal entre los leales, cerró los ojos para siempre á la luz de tu hermoso sol!

Cuando muere un hombre como Auzani, yo te lo digo ¡oh Italia! debe la nacion que le ha dado su cuna, debe lanzar un grito de dolor, arrancado de lo mas profundo de sus entrañas, y si no llora, si

no se lamenta como Raquel en Roma, esta nacion no es digna ni de simpatía, ni de piedad, porque tampoco ella tiene ni simpatía ni piedad hácia sus mas generosos mártires.

¡Oh! mártir, cien veces mártir fué nuestro muy querido Auzani, y la mayor tortura que sufrió este valiente fué la de pisar ya moribundo el suelo de su país natal, y no poder morir como habia vivido, combatiendo por él, por su honor, por su regeneracion. ¡Oh Auzani! si un genio semejante al tuyo hubiera presidido los combates de la Lombardía, la batalla de Novara, el sitio de Roma, el extranjero no mancharia con sus huellas la tierra natal, no escarneceria con insolencia la memoria de nuestros antepasados.

Entre todos los militares, los soldados, los combatientes; entre todos los hombres con mosquete ó espada que he conocido, no he hallado ninguno que igualase á Auzani en dotes, en valor, en el uso de sus vastísimos conocimientos. Tenia el valor ardiente de Marina, la sangre fria de Davesio, y la serenidad, la bravura y el temperamento guerrero de Manara (1).

(1) El lector no conoce todavía á estos otros tres mártires de la libertad, pero no tardará en conocerlos.

Garibaldi, que no ha escrito para ser impreso, se habla á sí mismo, pero no á los lectores.

Los conocimientos militares de Auzani, su experiencia sobre todo, no han encontrado nunca igual. Dotado de una memoria prodigiosa, hablaba con una precision inusitada de todos los hechos pasados, por mas que perteneciesen á la mas remota antigüedad.

En los últimos años de su vida se alteró sensiblemente su carácter; se hizo acre, irascible, intolerable. ¡Pobre Auzani! No sin motivo habia cambiado. Constantemente le atormentaban los dolores de sus numerosas heridas, y sufriendo los efectos de la azarosa vida que habia pasado, arrastraba una existencia insoportable, una existencia de mártir.

Dejo al cuidado de una pluma mas hábil que la mia la mision de trazar la vida militar de Auzani, digna de ocupar las veladas de un escritor eminente. En Italia, en Grecia, en Portugal, en España, en América encontrará las huellas, las acciones, los datos de la vida de un héroe.

El diario de la legion italiana de Montevideo, formado por él, no es mas que un episodio de su vida. Auzani fué el alma de la legion, y conducida y administrada por él llegó á identificarse con ella.

¡Oh Italia! cuando el Todopoderoso ponga término á tus desdichas, te dará Auzanis para guiar á

tus hijos á la exterminacion de los que te vilipendian y te tiranizan.

*
* *

Antes de comenzar la narracion de la campaña de Lombardía, llevada á cabo por Garibaldi en 1848, digamos con referencia á Montevideo lo que su modestia no le ha permitido decir; reframos lo que él no ha podido contar.

*

Ya hemos dado cuenta del combate del 24 de abril de 1844, del peligroso paso de la Bayada, y del comportamiento de los legionarios en esta accion.

El oficial que redactó el parte para el general Paz se contentó con decirle á propósito de los legionarios:

— Todos se han batido como tigres.

— Nada tiene de extraño, respondió el general; los mandaba un leon.

*

Despues de la batalla de San Antonio, el almirante Laine, que comandaba la estacion de la Plata,

admirado de este maravilloso hecho de armas escribió á Garibaldi la siguiente carta, cuyo autógrafa lo posee J. B. Cuneo, amigo de Garibaldi. El almirante Laine estaba en la fragata *l'Africaine*.

« Os felicito, mi querido general, por haber contribuido tan poderosamente con vuestra inteligencia é intrepidez á realizar un hecho de armas, del que se enorgullecerian los soldados del gran ejército que dominó por un momento á toda la Europa.

» Igualmente os felicito por la sencillez y la modestia que hacen mas preciosa la lectura de la relacion en que habeis consignado los mas minuciosos detalles de una accion cuyo honor se os puede atribuir sin el temor de equivocarse.

» Por otra parte esta modestia ha cautivado las simpatías de las personas capaces de poder apreciar convenientemente cuanto habeis hecho desde hace seis meses, personas entre las que se encuentra en primer término nuestro ministro plenipotenciario, el honorable baron Delfaudis, que os aprecia mucho y en el que teneis tan ardiente defensor, que cuando escribe á Paris, destruye todas las impresiones desfavorables que pudieran hacer nacer ciertos artículos de periódico redactados por

personas poco acostumbradas á decir la verdad aunque refieran hechos acaecidos á su vista.

» Recibid, general, la seguridad de mi estimacion.

» LAINE. »

El boletin cuya sencillez admiraba el almirante Laine estaba redactado en los siguientes términos.

« Salto, 10 de febrero de 1846.

« Hermanos,

» Antes de ayer ha tenido lugar en los campos de San Antonio, á legua y media de la villa, el mas terrible y el mas glorioso de cuantos combates hemos sostenido hasta ahora. Las cuatro compañías de nuestra legion y una veintena de jinetes, refugiados bajo nuestra proteccion, no solamente se han defendido contra 1,200 hombres de Servando Gomez, sino que se han batido durante doce horas y han destruido completamente la infantería enemiga, compuesta de 300 plazas. El fuego comenzó á las doce del dia y terminó á las doce de la noche. Nada bastó al enemigo, ni las repetidas cargas de su caballería, ni los ataques de su infantería: sin otras murallas que una mala choza sostenida por cuatro pilares, los legionarios han resistido los continuos asaltos de nuestros adversarios. Yo y todos los ofi-

ciales hemos peleado como simples soldados. Auzani, que se quedó en el Salto, y á quien el enemigo quiso imponer la rendición de la plaza, respondió con la mecha en la mano y el pié sobre un barril de pólvora, aun cuando le dijeron que nosotros habíamos sido muertos ó prisioneros.

» Hemos tenido treinta muertos y cincuenta y cuatro heridos. Todos los oficiales lo están ligeramente, y solo se hallan sanos Scarone, el mayor Saccarello, y Traversi.

» Yo no daría hoy mi título de legionario italiano ni por todo el oro del mundo.

» A las doce de la noche practicamos una retirada hácia el Salto: éramos mas de cien legionarios italianos con sesenta heridos. Los que lo estaban levemente y los ilesos marchaban delante conteniendo al enemigo, cuya fuerza ascendía á 4,200 hombres, y rechazándole cuando era menester.

» A decir verdad, esta accion mereceria ser esculpida.

» Adios: ya os escribiré otra vez mas detalladamente.

» Vuestro: J. GARIBALDI. »

«P. S.—Los oficiales que han tomado parte conmigo en el combate y que han quedado heridos son

Casana, Marochetti, Beruti, Remorini, Sacarello el jóven, Sacchi, Groffina y Rodi. »

El almirante Laine, no contento con haber escrito á Garibaldi, quiso manifestarle su admiracion personalmente.

Desembarcó en Montevideo y se dirigió á la calle del Porton, donde habitaba Garibaldi. Esta habitacion, tan pobre como la del último legionario, no podia cerrarse, y lo mismo de dia que de noche estaba abierta para todo el mundo, *particularmente al viento y á la lluvia*, como decia Garibaldi al referirme esta anécdota.

Cuando llegó el almirante Laine era de noche; empujó la puerta, y como no habia luz en el cuarto, tropezó con una silla.

— ¡Hola! dijo, ¿es absolutamente necesario romperse la crisma cuando se os viene á ver, Garibaldi?

— Eh... mujer, gritó Garibaldi á su vez y sin reconocer la voz del almirante, ¿no oyes que hay alguien en la antesala? alumbra.

— ¿Y con qué quieres que alumbre? respondió Anita; ¿no sabes que no hay en casa ni siquiera dos cuartos para comprar una vela?

— Es verdad, añadió filosóficamente Garibaldi, y levantándose fué á abrir la puerta de la pieza en que estaba.

— Por aquí, dijo, por aquí, procurando que su voz guiase al huésped, ya que no había luz.

El almirante Laine entró; pero era tal la oscuridad que tuvo que anunciarse para que Garibaldi le reconociese.

— Almirante, le dijo, os suplico que me dispenseis, pero al hacer mi tratado con la república de Montevideo, me he olvidado de añadir á las raciones que nos dan una ración de vela; así pues, como os ha dicho Anita, no teniendo ni dos cuartos para comprar una, la casa se halla en la mayor oscuridad. Por fortuna, presumo que venís á hablar conmigo y no á verme.

Con efecto, el almirante habló con Garibaldi, pero no le vió.

Al salir de su casa fué á la del general Pacheco y Obes, ministro de la Guerra, y le refirió lo que acababa de sucederle.

El ministro, que concluía de redactar el decreto que mas adelante reproduciré, cogió inmediatamente cien patagones (dos mil reales), y se los envió á Garibaldi.

Garibaldi no quiso herir la susceptibilidad de su amigo Pacheco rehusándolos, pero al amanecer del día siguiente los distribuyó entre las viudas y huérfanos de los soldados muertos en el Salto de San

Antonio, no conservando mas que lo necesario para comprar una libra de velas que entregó á su mujer, dándole orden de economizarlas para el caso en que el almirante volviese á visitarle.

Hé aquí el decreto que redactó Pacheco y Obes cuando el almirante Laine fué á excitar su munificencia :

« Órden general.

» Para dar á nuestros valerosos compañeros de armas que se han inmortalizado en los campos de San Antonio una alta prueba de la estimacion que les profesa el ejército que han engrandecido al engrandecerse en este memorable combate,

» El ministro de la Guerra decreta :

» 1.º Que el 15 del corriente, día designado por la autoridad para entregar á la legion italiana copia del siguiente decreto, haya una gran parada de la guarnicion en la calle del Mercado, apoyándose su derecha en la plazuela del mismo nombre y en el órden que señale el Estado Mayor.

» 2.º Que la legion italiana se reuna en la plaza de la Constitucion volviendo la espalda á la catedral, para recibir la indicada copia que le será entregada por una diputacion presidida por el coronel Francisco Tages, y compuesta de un jefe, de un oficial, de un sarjento y de un soldado de cada cuerpo.

» 3º. Que la diputacion despues de volver á sus respectivos cuerpos se dirija con ellos hácia la mencionada plaza, desfilando en columna de honor delante de la legion italiana, á la que saludarán los jefes con el grito de *viva la Patria, el general Garibaldi y sus bravos compañeros.*

» 4º. Que los regimientos estén formados en línea á las diez de la mañana.

» 5º. Que se dé una copia auténtica de esta orden del dia á la legion italiana y al general Garibaldi.

» PACHECO Y OBES. »

El decreto decia :

1º. Que las palabras siguientes sean escritas con letras de oro en la bandera de la legion italiana :

Accion del 8 de febrero de 1846 de la Legion italiana á las órdenes de Garibaldi.

2º. Que la legion italiana tenga un puesto en todas las paradas.

3º. Que los nombres de los muertos caidos en esta accion sean inscritos en un cuadro que se colocará en la sala del gobierno.

4º. Que todos los legionarios lleven como señal de distincion en el brazo izquierdo un escudo con la siguiente inscripcion rodeada de una corona :

Invincibili combatterono gli 8 febbrajo 1846.

Tambien Garibaldi, queriendo dar una suprema prueba de su simpatía y gratitud á los legionarios muertos al lado suyo en la jornada del 8 de febrero, hizo elevar sobre el campo de batalla una gran cruz que en una de sus fases tenia esta inscripcion :

A los XXXVI Italianos muertos el 8 de febrero de MDCCCXLVI;

Y en la otra :

CLXXXIV Italianos en el campo de San Antonio.

A pesar de lo pobre que estaba Garibaldi, encontró un dia un legionario mas pobre que él.

El tal no tenia ni camisa.

Garibaldi le condujo á un rincon, se quitó la suya y se la dió.

Al volver á su casa pidió otra á Anita.

Pero Anita moviendo la cabeza :

— Ya sabes, le dijo, que no tenias mas que una : si la has dado, tanto peor para tí.

Entonces fué Garibaldi quien á su vez se quedó sin camisa, hasta que Auzani le dió otra.

Pero Garibaldi era incorregible.

Habiendo un dia apresado un navío enemigo, partió el botin entre sus compañeros.

Después de hecha la repartición llamó uno por uno á sus soldados, les preguntó por la situación de sus respectivas familias, y dió á los mas necesitados una nueva parte sobre la ya recibida, diciéndoles:

—Tomad esto para vuestros hijos.

Además halló á bordo una crecida cantidad de dinero, pero Garibaldi la envió al Tesoro de Montevideo sin aprovecharse de un solo ochavo.

Algun tiempo después distribuyó tan bien la parte que le habia tocado, que no quedaron en su casa mas que tres cuartos.

Estos tres cuartos fueron protagonistas de una anécdota que me ha contado Garibaldi.

Un día oyó á su hija Teresita exhalar grandes gritos.

La adoraba y corrió á informarse de lo que la pasaba.

La niña habia rodado por la escalera y tenía el rostro ensangrentado.

No sabiendo cómo consolarla y encontrando en su bolsillo los tres cuartos que formaban toda su fortuna y que estaban reservados para las grandes circunstancias, los cogió para comprar juguetes á la niña.

Al salir encontró en la puerta á un emisario del Presidente Joaquín Suarez que le buscaba de parte

de su amo para hacerle una comunicación importante.

Fué al punto á casa del Presidente, olvidándose del motivo que le habia hecho salir. Su mano guardaba maquinalmente los tres cuartos.

La conferencia duró dos horas, y en ella hablaron con efecto de asuntos muy importantes.

Al concluir la volvió Garibaldi á su casa: la niña estaba ya tranquila, pero Anita se hallaba muy inquieta.

— Nos han robado el dinero de la bolsa, le dijo en cuanto le vió.

Entonces Garibaldi recordó los tres cuartos que tenia en la mano.

El ladrón era él.

Después de lo que acabamos de reseñar, vamos con la ayuda de un amigo de Garibaldi, del bravo coronel Médici, á quien podrán juzgar los lectores por la sencillez de sus palabras, á reanudar nuestra reseña desde donde Garibaldi la dejó interrumpida.

Su expedición á Sicilia nos obligaría á interrumpir sus Memorias, si Médici no se hubiera encargado

de continuarlas; y, lo confesamos francamente, esta manera de hablar de Garibaldi nos gusta mas que dejarle contar por sí mismo su historia.

Con efecto cuando Garibaldi habla se olvida casi siempre de consignar sus hechos para referir los de sus compañeros, y como es de él especialmente de quien nos ocupamos, mas vale para verle tal cual es bosquejado por otro, que retratado por su propia mano.

Vamos pues á dejar al coronel Médici referir la campaña de Lombardía en 1848.

Yo salí de Londres para Montevideo á mediados del año 1846.

Ningun motivo político ni comercial me encaminaba á América: fui para mejorar mi salud.

Los médicos me creían atacado de una tisis pulmonar; mis opiniones políticas me habían hecho ser desterrado de Italia: ambas cosas me impulsaron á atravesar el mar. Llegué á Montevideo seis ú ocho meses despues de la accion de el Salto de San Antonio. La reputacion de la legion italiana estaba en todo su apogeo, Garibaldi era el héroe de la época:

hice amistad con él y le rogué y conseguí que me admitiese en la legion.

Al dia siguiente vestí la blusa roja con adornos verdes y me dije con orgullo:

— Ya soy soldado de Garibaldi.

Nuestra amistad no tardó en aumentarse: primero me otorgó su afecto, despues su confianza, y cuando se decidió á venir á Italia, yo salí de Montevideo un mes antes en un paquebot que se dió á la vela para el Havre.

Traia sus instrucciones, claras y terminantes como todas las que da Garibaldi. Me habia encargado visitar en el Piamonte y en la Toscana á muchos hombres eminentes, entre los que se hallaban Fenzi, Guerazzi y Belnomini, el hijo del general; y yo sabia el paraje donde Guerazzi estaba oculto cerca de Pestoia.

Ayudado por estos poderosos auxiliares debia organizar la insurreccion; cuando desembarcase Garibaldi en Via Reggio, debia encontrarla presta; nos apoderaríamos de Lucca y marcharíamos á donde nos guiase la esperanza.

Pasé por París en los momentos de la conmocion del 15 de mayo; llegué á Italia, y al cabo de un mes contaba ya con 300 hombres prontos á seguirme á donde los llevase, aunque fuera al infierno.

Entonces fué cuando yo supe el desembarque de Garibaldi en Niza, y mi primer sentimiento fué el de incomodarme contra él al ver que habia olvidado lo que habíamos convenido.

Mas tarde averigüé que Garibaldi habia abandonado á Niza, dejando á Auzani moribundo.

Yo queria mucho á Auzani: todo el mundo le estimaba.

Corrí á Niza, y cuando yo llegué todavía vivia.

Le hice trasportar á Génova, y allí recibió la hospitalidad de la agonía en el palacio del marqués Gavotto, en el cuarto que allí ocupaba el pintor Gallino.

Me coloqué á la cabecera de su cama y no me separé de su lado.

Estaba preocupado, por mas que no mereciese, con mi resentimiento contra Garibaldi. Frecuentemente me hablaba de esto, y un dia cogiéndome la mano y con un acento profético que parecia inspirado en otro mundo:

— Médici, me dijo, no seas severo con Garibaldi: es un hombre tan privilegiado y protegido por el Cielo, que todos deben apoyarle y seguirle. El porvenir de la Italia está en sus manos, es un predestinado: yo mismo me he enfadado con él mas de una vez, pero convencido de su mision, siempre he sido el primero en olvidar mi enfado.

Estas palabras me impresionaron fuertemente, como impresionan las palabras de un moribundo, y no pocas veces despues han resonado en mi oido.

Auzani era filósofo y practicaba poco los deberes materiales de la religion. Sin embargo al preguntarle, momentos antes de morir, si deseaba ver á un sacerdote:

— Sí, respondió, haced que venga uno.

Yo me admiré de semejante acto, que calificué de debilidad.

— Amigo mio, me dijo, la Italia espera mucho en las actuales circunstancias de dos hombres, de Pio IX y de Garibaldi; pues bien, yo no quiero que se acuse de herejes á los hombres que han vuelto con el último.

Con esta conviccion, recibió los santos sacramentos.

Aquella misma noche, hácia las tres de la mañana, murió en mis brazos sin haber perdido el conocimiento ni un solo minuto, sin haber delirado ni una sola vez.

Sus últimas palabras fueron:

— No olvides la recomendacion que te he hecho á propósito de Garibaldi.

Despues de decir esto espiró.

El cuerpo y los papeles de Auzani fueron remiti-

dos á su hermano, hombre enteramente consagrado al partido austríaco.

El cuerpo fué llevado á Alzate, patria de Auzani, y el cadáver de este hombre, que seis meses antes no hubiera hallado en toda Italia una piedra donde inclinar su cabeza, fué conducido á su última morada con una marcha triunfal.

Cuando se supo su muerte en Montevideo, fué general el duelo en la legion. Se le cantó una misa de *Requiem*, y el doctor Bartolomé Odicine, médico y cirujano de la legion, pronunció su oracion fúnebre.

En cuanto á Garibaldi, para hacer revivir su recuerdo todo lo mas posible, cuando organizó los batallones de voluntarios lombardos, nombró al primero el batallon Auzani.

Despues de la muerte de este héroe, salí para Turin.

Un dia hizo la casualidad que al pasearme bajo los arcos de la plaza me hallase frente á frente de Garibaldi.

A su vista recordé los últimos consejos que me habia dado Auzani, secundados por el profundo y respetuoso afecto que yo profesaba á Garibaldi.

Al vernos nos tendimos mutuamente los brazos.

Despues de habernos estrechado, el pensamiento

de la patria se despertó en nosotros á un mismo tiempo.

— Y bien.... ¿qué vamos á hacer? nos preguntamos.

— Pero vos ¿no venís de Roverbella? le dije; ¿no habeis ido á ofrecer vuestra espada á Carlos Alberto?

Su labio se plegó desdeñosamente.

— Estas gentes, me dijo, no son dignas de que corazones como los nuestros les presten sumision. Nada con hombres, mi querido Médici; la patria, solo la patria, siempre la patria debe ser quien nos inspire.

Como no le encontré dispuesto á referirme los detalles de su entrevista con Carlos Alberto, cesé de interrogarle.

Mas tarde supe que el rey le habia recibido con mucha frialdad, enviándole á Turin, *para que allí esperase las órdenes* de su ministro de la Guerra, Ricci.

Este funcionario se dignó acordarse de que Garibaldi estaba esperando sus órdenes, y haciéndole ir á su despacho.

— Os aconsejo, le dijo, que vayais á Venecia. Allí podréis tomar el mando de algunas pequeñas embarcaciones y ser como corsario de suma utilidad á

los Venecianos. Creo que vuestro puesto está allí y no en otra parte.

Garibaldi no respondió nada á Ricci, pero en vez de salir para Venecia, permaneció en Turin.

Hé aquí el motivo de nuestro encuentro bajo los arcos.

— Y bien, nos preguntamos de nuevo, ¿qué debemos hacer?

Con los hombres del temple de Garibaldi, las resoluciones que se toman se llevan á cabo inmediatamente.

Acordamos ir á Milan, y aquella misma tarde salimos para la capital de Lombardia.

El momento era oportuno: acababa de recibirse la noticia de los primeros reveses que sufrió el ejército piemontés.

El gobierno provisional dió á Garibaldi el título de general y le autorizó para organizar batallones de voluntarios lombardos.

Garibaldi, y yo á sus órdenes, nos pusimos en seguida manos á la obra.

No tardamos en tener á nuestro lado á un batallón de voluntarios de Vicenza, que llegó organizado desde Pavia. Esto ya era una base.

Garibaldi formó el batallón Auzani, y no tardó nada en verle completo.

Yo me encargué de disciplinar á toda aquella juventud que, durante los cinco días, con trescientos fusiles y cuatrocientos ó quinientos hombres habia arrojado de Milan á Radetzki y á sus veinte mil soldados.

Pero tocamos las mismas dificultades que Garibaldi en 1859.

Estos cuerpos de voluntarios que representan el alma de la revolución inquietan siempre á los gobiernos.

Pocas palabras bastarán á dar una idea del espíritu que dominaba en nuestro cuerpo de voluntarios.

Mazzini era el abanderado, y una de sus compañías se llamaba la Compañía Médici.

Comenzaron por no querer darnos armas, y un hombre con anteojos que desempeñaba un destino de mucha importancia en el Ministerio, dijo en alta voz que las armas que se nos diesen serian perdidas, y que Garibaldi no era mas que un hombre sanguinario.

Nosotros contestamos que nos conformábamos y que buscaríamos las armas por nosotros mismos, pero pedimos que se nos diese al menos uniformes.

Nos contestaron que no los habia, pero nos abrieron los almacenes donde se hallaban los de los Austriacos, Húngaros y Croatas.

Esto parecia una broma demasiado pesada para unos hombres como los nuestros que se disponian á dejarse matar combatiendo contra los Croatas, los Húngaros y los Austríacos.

Todos los voluntarios, que en su mayor parte pertenecian á las primeras familias de Milan, algunas millonarias, rechazaron la oferta con indignacion.

Sin embargo fué preciso tomar un partido, porque no podiamos combatir los unos con *frac*, los otros con levita, y apoderándonos de los trajes de tela de los soldados austríacos llamados *Ritter*, hicimos con ellos una especie de blusas.

Era una cosa de risa: pareciamos un regimiento de cocineros, y hubiera sido preciso mucho ojo para haber reconocido bajo aquel vestido grosero á la juventud de Milan.

Mientras que se arreglaron los trajes á la medida de cada uno, empleamos todos los medios posibles para procurarnos fusiles y municiones; y ya una vez armados y equipados, nos pusimos en marcha hácia Bérgamo entonando himnos patrióticos.

Yo por mi parte tenia á mis órdenes ciento ochenta jóvenes, casi todos de las principales familias milanesas.

Llegamos á Bérgamo, y allí se reunió con nos-

otros Mazzini, que venia á ocupar su puesto en nuestras filas y que fué recibido con aclamaciones.

Allí tambien se unió á nosotros un regimiento de Bergamascos, quintos regulares del ejército piemontés, que traian dos cañones de la Guardia nacional.

No habíamos hecho mas que llegar, cuando fuimos llamados por el comité de Milan, compuesto de Fanti, Maestri y Restelli.

La órden que se nos comunicó nos mandaba volver á marchas forzadas.

Obedecimos, y emprendimos la vuelta hácia Milan; pero al llegar á Manza, supimos á un mismo tiempo que Milan habia capitulado y que una partida de caballería austríaca habia sido destacada en nuestra persecucion.

Garibaldi dispuso inmediatamente que nos retirásemos á Como, porque nos convenia hallarnos lo mas cerca posible de las fronteras suizas.

Garibaldi me colocó á retaguardia para sostener la retirada.

Como estábamos muy fatigados con la marcha forzada que habíamos hecho, y no habíamos tenido tiempo de comer en Manza, se apoderó de nosotros el hambre y la lasitud de tal modo, que los soldados

hicieron la retirada con el mayor desorden y falta de disciplina.

El resultado de esto fué la desercion á nuestra llegada á Como.

De los cinco mil hombres con que contaba Garibaldi se internaron en Suiza cuatro mil doscientos, y solo nos quedamos con ochocientos; pero él, como si no hubiese experimentado la menor pérdida de fuerzas, tomó posesion, con su calma habitual, de Carmelata, punto donde se unian varios caminos á muy poca distancia de Como.

Allí colocó en batería sus dos cañones, y envió emisarios á Manara, á Griffini, á Durando, á D'Apice, á todos los jefes de voluntarios del alta Lombardía, invitándoles á ponerse de acuerdo con él desde las fuertes posiciones que ocupaban, tanto mas seguras y sostenibles hasta el último momento, cuanto que estaban apoyadas en la Suiza.

Esta invitacion no obtuvo éxito alguno.

Entonces Garibaldi se retiró de Carmelata hácia el mismo San Fermo, en que tan completamente destruimos á los Austriacos en 1859.

Antes de posesionarse de la plaza de San Fermo nos formó y nos arengó. Las arengas de Garibaldi, vivas, pintorescas, ardientes, tienen la verdadera elocuencia del soldado. Nos dijo que era preciso

continuar la lucha en guerrillas, por ser el modo mas á propósito para triunfar y el menos peligroso, y que lo mas necesario era confiar en el jefe y apoyarse los unos á los otros.

A pesar de su calorosa alocucion, continuaron aquella noche las deserciones, y al día siguiente nos encontramos reducidos al número de 400 ó 500 hombres.

Este comportamiento decidió á Garibaldi contra todo su gusto á regresar al Piamonte, pero al momento de atravesar la frontera se avergonzó de su resolucion.

Aquella retirada sin haber combatido repugnaba á su valor, y se detuvo en Castelletto sobre el Tesino, mandándome recorrer los alrededores y llevarle el mayor número posible de desertores.

Fuí hasta Lugano, y volví con trescientos; contamos el total, y al ver que estábamos reunidos setecientos cincuenta hombres, Garibaldi encontró que éramos muy bastantes para marchar contra los Austriacos.

El 12 de agosto publicó su famosa proclama en la que declaró que Carlos Alberto era un traidor, que los Italianos no podian ni debian fiarse de él mas tiempo, y que todo patriota debia considerar como un deber hacer la guerra por su propia cuenta.

Lanzada esta proclama en los momentos en que por todas partes se batian en retirada, marchamos nosotros solos hácia adelante, y Garibaldi con sus 750 hombres practicó un movimiento ofensivo contra el ejército austriaco.

Nos apoderamos de dos vapores y de algunas otras pequeñas embarcaciones sobre Arona, y comenzamos nuestro embarque, que duró hasta la tarde. Al amanecer del día siguiente llegamos á Luino.

Garibaldi estaba enfermo: sufría unas calenturas intermitentes con las que en vano trataba de luchar.

En uno de sus accesos, entró en la posada de la Chocha, situada cerca de Luino y separada del pueblo por una pequeña ria sobre la que hay un puente: entonces me mandó á llamar.

— Médici, me dijo: necesito absolutamente dos horas de descanso. Reemplázame y vela por nosotros.

La posada que escogió era el peor paraje para un hombre febril que trataba de reposar, porque era la avanzada de Luino, y la primera casa que debía sufrir los ataques del enemigo, suponiendo que este se hallase en los alrededores.

Nosotros ignorábamos los planes de nuestros ad-

versarios, por tanto no sabíamos si estaba cerca ó lejos de nosotros.

Dejé á Garibaldi dormir tranquilo, prometiéndole tomar toda clase de precauciones para que no fuese alterado su sueño, y despues de hacerle esta promesa le abandoné.

Los fusiles formaban pabellones al otro lado del puente, y los soldados estaban acampados entre el puente y Luino.

Coloqué dos centinelas delante de la Posada, y envié á dos aldeanos para que explorasen las cercanías.

Al cabo de media hora volvieron mis espías gritando amedrentados:

— ¡ Los Austriacos ! ¡ los Austriacos !

Al oirlos me precipité en la morada de Garibaldi, repitiendo el mismo grito:

— ¡ Los Austriacos !

Garibaldi era presa de la calentura, pero saltó del lecho al oirme y me mandó hacer tocar á llamada, y formar á los soldados, diciéndome que desde la ventana descubriría el campo y vendría á reunirse con nosotros cuando fuese preciso.

Diez minutos despues estaban cumplidas sus órdenes, y él se encontraba en medio de nosotros.

Dividió nuestra fuerza en dos columnas: la una,

echando por un atajo, fué destinada á hacer frente á los Austriacos; la otra, tomando una posicion de flanco, impediria que fuésemos envueltos y al mismo tiempo atacaria.

Los Austriacos no tardaron en aparecer sobre el camino real, y se apoderaron inmediatamente de la Posada.

Serian de 1,000 á 1,500.

Garibaldi dió en seguida órden á la columna que cerraba el camino real de atacar, y cuatrocientos hombres se lanzaron resueltamente contra 1,200.

Una de sus costumbres es la de no contar jamás las fuerzas del enemigo ni las suyas: su teoría es que estando frente á frente de un contrario se le debe atacar, sea como sea.

Preciso es confesar que esta táctica le ha sido provechosa casi siempre.

Sin embargo los Austriacos permanecieron firmes, y juzgando preciso Garibaldi empeñar en la lucha todos sus recursos, llamó en su ayuda á la columna de flanco, renovó el ataque y esta vez tuvo éxito.

Yo tenia delante de mí un muro que escalé con mi compañía, llegando hasta el jardin. Los Austriacos nos hacian fuego por todas las ventanas de la casa; pero avanzamos en medio de las balas, los atacamos á la bayoneta y penetramos por todas

aquellas bocas que momentos antes vomitaban fuego.

Los Austriacos se retiraron en la mas completa derrota.

Garibaldi dirigió el ataque á caballo delante del puente y á unos cincuenta pasos de la posada, en medio de todo el fuego; siendo un milagro que habiendo estado como un blanco durante la accion, no le tocase ni una sola bala.

Desde el momento en que vió huir al enemigo, me mandó perseguirle con mi compañía.

La desercion la habia reducido á un centenar de hombres sobre poco mas ó menos, y con este escaso número nos pusimos en persecucion de 1,100 enemigos. Sin embargo no hubo gran mérito en esto, porque los Austriacos estaban poseidos de un pánico tan grande, que huian arrojando los fusiles, las mochilas y las cartucheras y no pararon hasta llegar á Varese.

En la Posada dejaron entre muertos y heridos hasta cien hombres, y mas de ochenta prisioneros en nuestro poder.

Oí decir que se habian detenido en Germiniada, fui á su enencuentro; pero cuando llegué ya habian partido, y aunque seguí su pista, no me fué posible darles alcance.

Durante la noche llegó á nuestra noticia que otro batallon de Austriacos mas numeroso que el primero venia hácia nosotros.

Garibaldi me ordenó ir á Germiniada, y una vez allí, mandé construir inmediatamente barricadas y establecí troneras en las casas.

Estábamos tan acostumbrados á hacer esta clase de fortificaciones, que nos bastaba una hora para poner la aldea mas insignificante en estado de sostener un sitio.

La noticia que nos habian dado salió falsa.

Garibaldi envió dos ó tres compañías en distintas direcciones, y mas tarde reuniéndonos á todos nos dió orden de marchar sobre Guerla, y desde allí sobre Varese, en donde fué recibido en triunfo.

Caminábamos directamente hácia el cuartel de Radetzki.

Ocupamos la altura de Buimo di Sopra, que domina á Varese y que aseguraba nuestra retirada.

Allí nos fué preciso fusilar á un espía de los Austriacos.

Este espía estaba encargado de participar el número de nuestras fuerzas á tres gruesas columnas de Austriacos que se dirigian contra nosotros.

Una marchaba sobre Como, la otra sobre Varese,

y la tercera, separada de las dos primeras, se encaminaba á Luino.

Despues de saber esto no nos quedó la menor duda de que el plan de los Austriacos era colocarse entre Garibaldi y Lugano, cortándole la retirada ya por el Piamonte ó ya por Suiza.

Entonces abandonamos á Buimo para ir á Areisate. Al llegar á este último punto, Garibaldi me destacó con mi compañía, que hacia siempre el servicio de vanguardia, á Viggia, en donde á poco de arribar recibí orden de atacar inmediatamente á los Austriacos.

La primera columna que encontré fué la division de Aspre, compuesta de 5,000 hombres.

Este general Aspre fué el mismo que llevó á cabo despues la matanza de Liorna.

Para obedecer la orden que se me habia comunicado, me dispuse á combatir, y queriendo ocupar la mejor situacion posible, me apoderé de tres aldeas que formaban un triángulo.

Catzone, Ligurno y Rudero. Estas tres aldeas protegian todas las avenidas de Como. Detrás de ellas se hallaba una fuerte posicion, San Masseo, roca inexpugnable, desde la que podia descender á Suiza, es decir á un país neutral, con muy poca dificultad.

Dividí mis cien hombres en tres destacamentos, y cada uno ocupó una aldea.

Yo me situé en Ligurno, á donde llegué á media noche con cuarenta hombres, fortificándome lo mejor que pude.

Los Austriacos me atacaron al amanecer, después de hacerse dueños de Rudero que encontraron abandonada, porque su guarnición se había refugiado en Suiza durante la noche.

Me quedé con solo sesenta hombres, llamé á los treinta que tenía en Catzone y corrí á paso de carga hácia San Maseo.

Allí podía defenderme, pero apenas me establecí en aquel punto fui atacado, y el cañon austriaco de Rudero comenzó á dirigirnos una lluvia de balas y de cohetes á la congreve.

Entonces miré en derredor, y ví que la falda de la montaña estaba completamente rodeada por la caballería enemiga.

No por esto dejamos de defendernos con el mayor vigor.

Los Austriacos comenzaron á tomar por asalto la montaña y el fuego principió: por desgracia solo tenía cada uno de nosotros una veintena de cartuchos, y nuestros fusiles se hallaban en muy mal estado.

Al ruido de los tiros se cubrieron de curiosos las montañas de la Suiza, y cinco ó seis Tesinenses se reunieron á nosotros armados con carabinas y se batieron por afición á nuestro lado.

Yo guardaba mi posición y sostuve el fuego hasta que mis hombres hubieron quemado sus últimos cartuchos, con la esperanza de que Garibaldi oiría el cañon de los Austriacos y vendría en mi ayuda; pero Garibaldi en aquellos momentos tenía otra cosa que hacer mas que socorrernos. Había sabido que los Austriacos avanzaban hácia Luino, y él, como siempre, no los había esperado; había salido á su encuentro.

Después de haber quemado todos mis cartuchos, me convencí de que era tiempo de pensar en la retirada, y guiados por nuestros Tesinenses seguimos á través de las rocas un camino que solo conocian los habitantes del país. Una hora después nos encontramos en Suiza.

Yo me refugié con los míos en un bosque, y los habitantes del país nos prestaron cajas en donde escondimos nuestros fusiles á fin de poderlos encontrar sin dificultad cuando llegase la ocasión.

Cuatro horas sostuvimos el combate 68 hombres contra 5,000; á pesar de esto el general Aspre hizo poner en todos los periódicos que había trabado un

terrible combate contra el ejército de Garibaldi y que lo había derrotado completamente.

No hay nadie que aventaje á los Austriacos en abultar los hechos cuando pueden favorecerlos.



XI.

Como ya he dicho, Garibaldi se dirigia á Luino, pero antes de llegar tuvo noticia de que este pueblo se hallaba ocupado por los Austriacos, al mismo tiempo que supo que Aspre despues de su gran victoria se había apoderado de Arcisate.

La retirada de Garibaldi á Suiza era desde entonces difficilísima, y se decidió á ir directamente á Mozazzone, posicion muy fuerte y por consecuencia muy ventajosa para él.

Apenas hubo acampado en ella, se vió completamente rodeado por cinco mil Austriacos.

Sus fuerzas se reducian á 300 hombres, y solo con ellos sostuvo durante el dia el ataque contra sus numerosos adversarios. Apenas fué de noche, formó á sus soldados en columnas cerradas y se lanzó sobre el enemigo á la bayoneta.

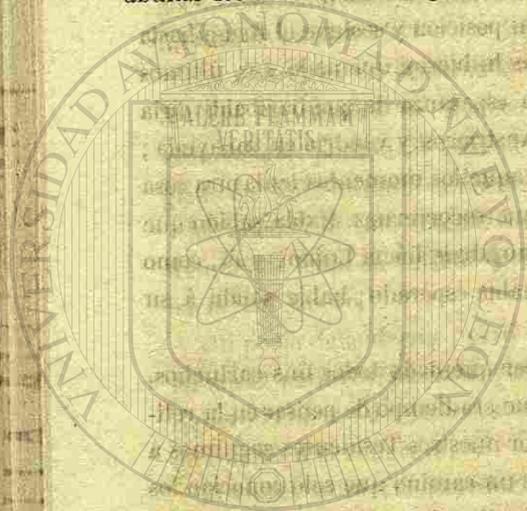
Favorecido por la oscuridad, hizo una horrorosa carnicería y se halló en campo raso.

A una legua de Mozazzone licenció á sus soldados, les dió cita en Lugano, y á pié con un guia disfrazado de aldeano se encaminó hácia Suiza.

Hallándome yo en Lugano supe una mañana

terrible combate contra el ejército de Garibaldi y que lo había derrotado completamente.

No hay nadie que aventaje á los Austriacos en abultar los hechos cuando pueden favorecerlos.



XI.

Como ya he dicho, Garibaldi se dirigia á Luino, pero antes de llegar tuvo noticia de que este pueblo se hallaba ocupado por los Austriacos, al mismo tiempo que supo que Aspre despues de su gran victoria se habia apoderado de Arcisate.

La retirada de Garibaldi á Suiza era desde entonces difficilísima, y se decidió á ir directamente á Mozazzone, posicion muy fuerte y por consecuencia muy ventajosa para él.

Apenas hubo acampado en ella, se vió completamente rodeado por cinco mil Austriacos.

Sus fuerzas se reducian á 300 hombres, y solo con ellos sostuvo durante el dia el ataque contra sus numerosos adversarios. Apenas fué de noche, formó á sus soldados en columnas cerradas y se lanzó sobre el enemigo á la bayoneta.

Favorecido por la oscuridad, hizo una horrorosa carnicería y se halló en campo raso.

A una legua de Mozazzone licenció á sus soldados, les dió cita en Lugano, y á pié con un guia disfrazado de aldeano se encaminó hácia Suiza.

Hallándome yo en Lugano supe una mañana

que Garibaldi, á quien creíamos muerto ó por lo menos prisionero en Mozazzone, habia llegado á una aldea vecina.

Entonces volví á recordar las palabras proféticas de Auzani.

Corrí á buscarle y le encontré en el lecho, estropeado, rendido, sin hablar apenas : habia andado mas de diez y seis horas y habia escapado milagrosamente de las persecuciones de los Austríacos.

Lo primero que me preguntó al verme fué :

— ¿Tienes pronta la compañía ?

— Sí, le respondí.

— Pues bien, déjame dormir esta noche, y mañana organizaremos nuestras fuerzas para comenzar de nuevo la lucha.

No pude menos de reir al oírle : estaba seguro de que al día siguiente estaria tan cansado que no podria moverse.

Pero al día siguiente no pude menos de admirarme al verle de pié. Su alma y su cuerpo son iguales, los dos son de bronce.

Sin embargo ya nada podia hacer : la campaña de Garibaldi en Lombardia habia terminado.

Entonces se dirigió al Piamonte y volvió á Génova, en donde le hizo proposiciones una diputacion siciliana.

Estas proposiciones eran las de hacerse á la vela para Sicilia y sostener en este país la causa de la revolucion.

Garibaldi las aceptó desde luego, y fué con 300 hombres á Liorna ; pero al saber allí lo que pasaba en Roma, abandonó la idea de su expedicion á Sicilia y se dirigió hácia la ciudad santa.

Allí es donde no tardaremos en volver á encontrarle.

Yo por mi parte permanecí en Lugano con mi compañía, que, aumentada con algunos desertores, llegó á constar de ochenta plazas.

Se me concedió permiso para vivir con ellos en un pósito : nuestras armas continuaban guardadas, pero siempre á nuestra disposicion.

Para no perder tiempo organizamos durante los momentos de este reposo una nueva insurreccion en Lombardia, pero prevenido el gobierno suizo, dispuso que ocuparan el canton del Tesino los contingentes federales y me mandó internarme.

Fuí enviado á Bellinzona con doscientos hombres, la mayor parte procedentes de las filas de Garibaldi, y se nos detuvo en un cuartel como peligrosos y capaces de violar la frontera.

No por eso dejamos de trabajar en favor de nuestras ideas.

Los generales Ascioni y Apice debian, segun se acordó, salir de Lugano y dirigirse á Como por el valle de Intelvi. Yo por mi parte debia dejar á Bellinzona, atravesar el paso de San Torio, uno de los mas elevados y dificultosos de la frontera, descender al lago de Como y llamar á las armas á todos los habitantes de este país; despues de lo cual debia reunirme con mi tropa á los dos generales.

Como no nos perdian de vista, era dificil realizar este plan.

Sobre una altura que domina á Bellinzona existen las ruinas de un antiguo castillo que perteneció en la edad media á los Viscontis; y en él estaban depositados nuestros fusiles y las municiones que habíamos podido adquirir.

Entre todos los míos, habia 250 hombres; los dividí en ocho ó diez fracciones, y los mandé reunirse en el castillo á una hora dada y por distintos caminos para burlar la vigilancia de los que nos guardaban.

Contra lo que esperaba, mi proyecto se realizó sin ningun obstáculo: cada cual se armó y en poco tiempo todos estábamos dispuestos á seguir caminando por la montaña, es decir á atravesar la frontera.

Apenas habíamos dado veinte pasos, cuando de

pronto oí tocar á generala y ví que la guarnicion de la aldea se disponia á salir á perseguirnos.

Pero entonces los habitantes, que me habian tomado mucho aprecio, se sublevaron en mi favor, y amenazaron á las tropas diciéndolas que si el tambor no se callaba tocarian á rebato y formarian barricadas.

Libres ya de aquel contratiempo, dí á mis hombres la orden de ponerse en marcha. Nos hallábamos á fines de octubre, y el cierzo soplabá anunciándonos una noche de tempestad.

Anduvimos toda la noche contra el viento, y la nieve azotaba nuestros rostros. Llegó el día, y continuamos caminando. Nos veíamos en la necesidad de atravesar la nevada cima del Torio; el invierno habia puesto las sendas intransitables, pero sin embargo las pasamos con la nieve hasta las rodillas y en muchas ocasiones hasta el pecho. Despues de tantas fatigas llegamos por fin á la cumbre, pero allí nos esperaba un enemigo mas terrible que todos los que habíamos logrado vencer, la tormenta. Instantáneamente nos hallamos completamente cegados, sin poder distinguir nada á diez pasos de nuestro alrededor.

Entonces mandé á mis soldados que se juntasen los unos á los otros, marchando en una sola fila y

haciéndoles seguirme con la mayor celeridad posible.

Tres quedaron atrás, y cayendo para no levantarse mas envueltos por la nieve, duermen ó quizá velan en la cumbre del Torio.

Yo iba delante, como he dicho, sin seguir ninguna ruta trazada de antemano, sin saber á dónde caminaba y fiándome solo en nuestra buena fortuna, cuando me detuve de repente. La superficie terminaba allí: un solo paso mas, y caigo en el precipicio.

Entonces mandé hacer alto, disponiendo que cada cual permaneciese en su puesto hasta el amanecer, y acompañado de un guia busqué durante toda la noche una senda cualquiera, notando á cada instante que la tierra, ó mejor dicho la nieve nos faltaba, y resbalando á cada paso. Un milagro fué que ninguno de los dos cayéramos sepultados por la nieve ni nos matáramos al resbalarnos.

Por fin llegamos al amanecer á unas cabañas abandonadas, y como aunque malas ofrecian algun abrigo, quise volverme á buscar á mi gente, pero al intentarlo me faltaron las fuerzas y caí acosado por la fatiga y por el frio.

El guia me condujo á una de las cabañas, encendió fuego y me hizo volver en mí.

Durante este tiempo quiso la suerte que mis soldados siguiesen el camino que yo habia trazado, y dos horas despues nos encontramos todos reunidos.

Continuamos la marcha y bajamos á Gravedona, situada en la ribera del lago de Como.

Desde allí, y despues de haber hecho un alto que duró medio dia, proseguimos andando para buscar á los dos generales con los que habia convenido en reunirme, debiendo ellos por su parte haber organizado una sublevacion.

Pero los dos generales, en vez de batir á los Austriacos, habian sido batidos por ellos, y yo sin saberlo caminaba á buscar la division Volgemuth, que ocupaba el valle Intervi, y una porcion de embarcaciones llenas con nuestros enemigos.

Advertido del peligro, tomé un camino de travesía, entré en el valle de Minaggio y ocupé á Parterra, situada en su extremidad al borde del lago de Lugano, reservándome para una retirada el valle Cavarnia, que concluía en la frontera suiza.

La posicion era magnífica y me permitia estar en comunicacion con Lugano, de donde podia recibir refuerzos y municiones; pero nadie vino á inquietarme, y permanecí allí inútilmente durante ocho dias.

Al cabo de ellos reconcentraron sus fuerzas los

Austriacos y se dirigieron hácia donde yo estaba. Yo me retiré al valle de Cavarnia é hice alto en la montaña de San Lucio, que separa la Lombardia de la Suiza, contando con hacer lo mismo que en San Masseo si me atacaban, pero solo cambiamos algunos tiros de fusil.

Dos soldados de los míos murieron de resultas de sus heridas.

No teniendo ya nada que hacer, y viendo que todas las vías estaban cubiertas de nieve, que el invierno se aproximaba cada día mas riguroso, volví á Suiza, oculté mis fusiles y me escondí despues con todos los míos.

Por desgracia yo no podia ocultarme tan bien como un fusil, y temiendo al ver lo comprometido que estaba no solo que me internasen si me hallaban, sino que me redujesen á prision, dándome por muy dichoso si no me entregaban á los Austriacos, resolví hacer cuanto pudiera para volver al Piamonte.

Me prestaron un coche para salir de Lugano, y una vez fuera de la ciudad pensé dirigirme á Magadino, desde allí á Génova y desde Génova Dios sabe á dónde.

Al atravesar una calle de Lugano me detuvo una carreta cargada de madera que obstruia el paso.

Tuve que esperar á que la descargaran, rabiando por este contratiempo; pero entre tanto pasó cerca de mí el comandante del batallon federal, me reconoció, llamó á la guardia y me cogieron preso.

Esto era lo menos que yo debia esperar, pero sin embargo mi fortuna fué mas favorable. Como los principales habitantes de Lugano eran amigos míos, consiguieron que en vez de detenerme en Suiza me condujeran á las fronteras sardas.

No hice mas que atravesar el Piamonte, y como habia república en Toscana, me embarqué en Génova y me dirigí á Florencia.

Al llegar á Liorna supimos por un despacho telegráfico que el Gran Duque fingiendo una enfermedad á Montanelli se habia escapado, refugiándose en Porto-Ferrajo.

Guérazzi ordenó inmediatamente á la guardia nacional de Liorna que le persiguiera y le detuviese.

Al firmar esta órden le dijeron que yo acababa de llegar.

— Ofrecedle el mando de la expedicion, exclamó Guérazzi, y procurad que lo acepte.

Como se comprenderá muy bien, no fué preciso que me lo rogasen: inmediatamente me puse á las órdenes del gobierno provisional.

Nos embarcamos en el *Giglio*, y nos hicimos á la vela para la isla de Elba.

Apenas nos hallamos en el mar, distinguimos una fragata; no sabíamos si era francesa, inglesa ó austriaca, pero la prudencia nos aconsejaba no aproximarnos á ella demasiado.

Hice dar un rodeo al *Giglio*, y en vez de abordar directamente á Liorna, abordé en el golfo di Campo, atravesé sin pararme la isla y llegué á Porto Ferrajo.

Allí no habian visto al Gran Duque.

La expedicion estaba realizada.

Entonces volví á Florencia y organicé libremente los restos de mi columna, reforzándola con nuevos voluntarios, porque todos los refugiados en Florencia quisieron militar á mis órdenes.

Durante el tiempo que permanecí allí, reprimí dos tentativas de reaccion que se hicieron.

Una mañana corrieron rumores de que los Austriacos se aproximaban á las fronteras de Módena. Corrí á su encuentro con mis hombres, pero no hallé ninguno.

Una tercera tentativa de reaccion obtuvo el triunfo, el gobierno del Gran Duque fué restablecido, y yo, que habia sido encargado de arrestarle, me vi naturalmente precisado á partir.

Además de mi legion, habia en Florencia otra de Polacos perfectamente organizada: la propuse que me siguiera, y me siguió.

Atravesé los Apeninos y entré en Bolonia: allí fui muy mal recibido por el gobierno republicano, que me trató de desertor.

El general Mezza Capo formaba por entonces en Bolonia una division destinada á marchar en auxilio de Roma: nos vió, reconoció que no éramos desertores é hizo de nosotros su vanguardia.

Seguimos el camino de Foligno, de Narni y de Civita Castellana, y al llegar á este último punto nos apoyamos en la Sabina para evitar un encuentro con los Franceses.

Entramos en Roma por la puerta de San Giovanni.

Digamos cómo se hallaba á la sazón la ciudad santa.

XII.

En la mañana del 24 de abril la vanguardia de la division francesa se encontraba en el puerto de Civita Vecchia, y un ayudante de campo del general Oudinot habia desembarcado para tener un parlamento con Manucci, que era el prefecto de la República romana.

Le indicó que el objeto de la intervencion francesa era solo el de guardar los intereses materiales y morales de la poblacion de Roma, que la Francia, enemiga del despotismo y de la anarquía, queria asegurar á Italia una sabia libertad, que esperaba encontrar en el pueblo romano la antigua simpatia que le habia unido al pueblo francés; pero que entretanto, como la flota no podia permanecer sin peligro en el mar, necesitaba un pronto permiso para verificar el desembarque. Asimismo añadió que en el caso de que este permiso no les fuese concedido, se veria el general francés, muy á su pesar, en la precision de emplear la fuerza para obtenerle. Además le previno que advirtiera á la villa de Civita Vecchia, que en el momento en que disparase un solo fusil la impondrian un millon de multa.

Al mismo tiempo que decia esto, sin aguardar la respuesta del gobierno de Roma, al que Manucci quiso consultar, el general Oudinot desarmó al batallón Metara, ocupó el fuerte, cerró la imprenta de la villa, colocó un centinela en su puerta y se opuso al desembarque de un cuerpo de quinientos Lombardos.

Estos quinientos Lombardos componian el batallón de bersaglieri mandado por Manara, el cual arrojado de su patria, y rechazado por el Piamonte, iba á buscar una tomba en Roma.

Su batallón estaba formado por la aristocracia de Lombardía y marchaba á reunirse con los defensores de la República, no tanto por simpatía como porque no sabian á qué otra parte pedir asilo, como lo confiesa el mismo Dandolo en su libro *de los Bersaglieri y de los Voluntarios*.

Habian llegado dos dias despues que el general Oudinot, y entonces era él quien debía conceder el permiso para los desembarques.

Enrique Dandolo, descendiente del dux del mismo nombre, y llevando, como el historiador hijo del célebre vencedor de Constantinopla, el nombre de Enrique, bajó á tierra dos veces para pedir la indicada licencia al general; y no solo le fué brutalmente negada, sino que se le intimó la orden de que se alejaran del puerto.

Llevó esta respuesta á Manara, quien á su vez desembarcó para ver si era mas dichoso que su emisario, pero sufrió la misma suerte que Dandolo.

— ¿Sois lombardo? le preguntó el general.

— Sin duda alguna, respondió Manara.

— Pues bien, añadió, ¿porqué siendo lombardo venís á mezclaros en los asuntos de Roma?

— Tambien vos os mezclais, siendo francés, le dijo Manara, y volviéndole la espalda se dirigió otra vez á bordo.

Pero cuando supieron los suyos que el general francés se oponia á sus deseos, su exasperacion llegó á su mayor grado.

Habian sufrido tanto en la travesía, que bersaglieri y voluntarios querian arrojarse al agua y ganar á nado la costa, arriesgándose á sufrir las consecuencias de esta determinacion.

Al ver Manara que sus soldados estaban decididos á apelar á este último extremo, volvió otra vez á ver al general Oudinot, y despues de una obstinada resistencia consiguió que se permitiese desembarcar á su batallón en Porto d'Ango. En cambio le exigia el general francés que permaneciese lejos de Roma y en la mas estricta neutralidad hasta el 4 de mayo, época en que, segun él, todo estaria terminado.

Manara rechazó las condiciones.

— General, le dijo, yo no soy mas que un jefe al servicio de la República romana, subordinado al ministro y á mi general. Sin su licencia no puedo comprometerme á nada.

Manucci creyó entonces poder acceder á las condiciones presentadas por el general Oudinot, en nombre del ministro de la Guerra, y con esta promesa pudieron los voluntarios y los bersaglieri lombardos desembarcar en Porto d'Ango el 27 de abril por la mañana. El 28 salieron con direccion á Albano, y establecieron sus vivacs en los campos de Roma.

Durante la noche recibió Manara una orden del general José Avanzana, ministro de la Guerra, en la cual, ya fuese por ignorar el compromiso que habia aceptado Manucci, ó ya porque se desentendiese de él, le mandaba que se pusiera inmediatamente en camino con todas sus fuerzas.

En la mañana del siguiente dia hicieron su entrada en Roma en medio de las aclamaciones de la muchedumbre.

Al saber la Asamblea romana la llegada de los Franceses á Civita Vecchia, se habia declarado en sesion permanente.

Entre todos sus miembros se agitaba esta grave cuestion : ¿Se abririan las puertas á los Franceses, ó se opondria la fuerza contra la fuerza?

El triunviro Armellini y otros muchos eran de opinion que debia recibirse amistosamente á los Franceses.

Mazzini, Cernuschi, Herbini y la mayoría querian que se impidiese su entrada enérgicamente hasta el último extremo.

— Antes que todo era preciso salvar el honor, decian ellos. La Asamblea no titubeó, y el dia 26 de abril fué votado á las dos de la tarde el siguiente decreto en medio de las aclamaciones de toda la ciudad :

« En el nombre de Dios y del Pueblo. La Asamblea, despues de la comunicacion recibida por el triunviro, pone en sus manos el honor de la República, y le encarga de rechazar la fuerza con la fuerza. »

Decretada la resistencia, Cernuschi, que habia levantado las barricadas de Milan, fué nombrado inspector de las barricadas de Roma : las alturas fueron coronadas de cañones, y el pueblo se agitó palpitante esperando un gran acontecimiento.

Entonces fué cuando apareció allí el hombre providencial.

Un grito general resonó de pronto en las calles de Roma : — Garibaldi! Garibaldi!

Una inmensa multitud le precedia, y gritaban todos tirando al alto los sombreros y agitando los pañuelos :

— Ya está aquí! ya está aquí!

Seria imposible describir el entusiasmo que despertó su presencia : cualquiera hubiera dicho que era el Dios salvador de la República que corría á la defensa de Roma. Con la confianza se aumentó el valor del pueblo, y parecia que la Asamblea no solo habia decretado la defensa sino tambien la victoria.

Algunas líneas de la Historia de la revolucion romana de Biagio Miraglia podrán dar una idea de este entusiasmo.

« Este vencedor misterioso, rodeado de tan brillante auréola de gloria, que sin haber tomado parte en las discusiones de la Asamblea é ignorándolas, entraba en Roma la misma víspera del dia en que la República iba á ser atacada, era en concepto del pueblo romano el solo hombre capaz de sostener el decreto de resistencia. Así es que instantáneamente se unió la muchedumbre al hombre que personificaba las necesidades del momento y que era la esperanza de todos. »

En consecuencia de esto la opinion pública devolvió á Garibaldi su título de general, que en la última campaña le habian negado los mismos por quienes se habia batido.

*
* *

Hé aquí algunos detalles que Garibaldi no ha podido darnos por sí propio á consecuencia de haberse visto obligado á salir inmediatamente para Sicilia, pero que nos vienen de manos de su amigo el señor Vecchi, del historiador de la guerra de 1848, del miembro de la Constituyente romana, del soldado del 30 de abril y del 3 y del 20 de junio, del hombre, en fin, con quien Garibaldi ha pasado el último mes de su permanencia en Génova y de cuya casa ha salido para embarcarse.

Dejaremos hablar al señor Vecchi, ó mas bien reproduciremos sus notas originales.

El señor Vecchi habla con la misma pureza el francés que el italiano.

La muerte de Rossi y la fuga del Papa llegaron á noticia de Garibaldi en Ravena, donde habia reclutado una numerosa legion de voluntarios.

Inmediatamente resolvió ir solo á Roma, para ponerse de acuerdo con el gobierno provisional cuyo *factotum* era Sterbino; pero se le hizo com-

prender que su presencia en Roma era tan peligrosa como el acantonamiento de sus soldados en las Legaciones. Le dieron orden de que se acuartelase en Macerata, ciudad sosegada y tranquila, donde entró precedido de una reputacion de bandido, y apenas se hubo instalado recibió orden de pasar con su legion á Bieti. Su tropa se dirigió por Tolentino, Froligno y Spoleto, y él fué á Arcoli, porque habia sabido que la policia borboniana y papista comenzaban á sublevar las poblaciones de los Apeninos, por medio del dinero, de la intimidacion y del anatema, contra el gobierno provisional de Roma.

Yo era entonces capitán del 23.º de linea del ejército piamontés, y disfrutaba de una licencia de dos meses en Arcoli, cuando mis conciudadanos me nombraron diputado en la Constituyente romana.

El día 20 de enero fuí visitado por Garibaldi, y al día siguiente quiso salir para Bieti atravesando la montaña, desafiando á un mismo tiempo á la nieve y á los bandidos. Los consejos de la amistad y de la prudencia, la oposicion de los patriotas no hicieron mas que sobreexcitar su deseo de militar aventurero, y durante mas de una hora anduvimos acompañados por la muchedumbre que lloraba y

se lamentaba de su decision. Muchos me abrazaron creyendo que no volverian á verme.

El general iba seguido de Nino Bixio, su oficial de órdenes, del capitán Sacchi, su compañero de guerra en el nuevo mundo, y de Aguyar su negro.

El resto de su séquito lo formábamos yo y un pequeño perro, que herido en una pata el día del combate de San Antonio, desertó de la bandera de Buenos Aires, bajo la cual habia vivido hasta entonces, para afiliarse bajo la de Garibaldi.

El inteligente animal caminada siempre al lado del caballo de Garibaldi.

Se llamaba Guerello.

La primera noche la pasamos en casa del gobernador de Arguata, Cayetano Rinaldi, jefe de la reaccion clerical que surgia detrás de nosotros y se aumentaba á medida que avanzábamos.

Nos instalaron en una sala que daba al patio y en la que no pusieron luz hasta las diez de la noche; y nos hallamos entre gentes que entraban, salian y cuchicheaban en voz baja.

Llamé sobre todo esto la atencion del general, y me respondió en francés :

— Es que están disponiendo nuestra comida.

No creyó decir la verdad, y sin embargo así fué : nos levantamos de la mesa á las doce, y nos trataron

en la comida como si hubiéramos sido cardenales. Al marcharnos recibimos cuatro libras de trufas que el gobernador nos regalaba para nuestro viaje.

A las cuatro de la mañana montamos á caballo, y el hijo de Rinaldi nos acompañó hasta la cumbre de la montaña con una bandera tricolor de seda. Al medio dia devoramos un cordero que el general hizo tostar sobre ramas quemadas, y por la noche nos alojamos en una posada aislada llena de aldeanos armados.

Quizás habian recibido órdenes desde Arguata. Sus fisonomías eran siniestras : los invitamos á beber, y despreciaron nuestra invitacion.

Nos retiramos á dormir y dormimos con el sable al lado y el dedo sobre el gatillo de la pistola. Garibaldi se levantó con la rodilla derecha hinchada y el codo izquierdo resentido del reumatismo que habia cogido en América. No pudo meterse la bota, y se vió precisado á vendarse el brazo.

Despues de haber andado media hora se negaron los caballos á proseguir el camino, porque nos hallábamos en una montaña escarpada que la helada de la noche anterior habia hecho intransitable.

Los animales anduvieron mas de una legua sobre nuestras capas que fuimos extendiendo por el suelo, y despues atravesamos una llanura tan cubierta de

nieve que llegaba hasta los pretales de los caballos. Yo para calentarme un poco eché pié á tierra y fui á informarme de la salud del general, que cabalgaba delante de mí con un pié calzado y el otro solo con una media de algodón.

— Y bien, le pregunté, ¿ cómo nos encontramos, general?

Me saludó con esa sonrisa cariñosa que le es habitual, y me dijo :

— Me hallo perfectamente, tantas gracias.

Como caminaba á su lado, sin duda para distraerse de los fuertes dolores que le atormentaban sin debilitarle me llamó la atencion con su rostro sobre el grandioso aspecto de aquella naturaleza salvaje que nos rodeaba.

Con efecto nos hallábamos en medio de montañas gigantescas, cuyas cimas escarpadas parecian castillos construidos por Titanes. Por todos lados se levantaban montones de rocas minadas por el tiempo y separadas de la cima, desde la que habian rodado á los valles estrechos y al lecho de un torrente espumoso, terrible, atronador. Aquí y allá se levantaban extrañas casas ocultas entre macizas encinas, castaños y pinos, que se adivinaban por el humo blancuzco que salia de sus chimeneas.

Este paisaje de Salvator Rosa, sombrío por la tor-

menta y mas terrible por el rugido del viento, exaltó el alma de Garibaldi.

— Aquí es, me dijo, donde querria yo encontrar al ejército todo de Radetzki : nuestros bravos legionarios no dejarian volver á Viena á ninguno de sus soldados; aquí, aquí vengariamos á Varus y á nuestros hermanos muertos en la selva de Teusberg.

A las cinco nos encontramos cerca de Cascia, pequeña reunion de casas agrupadas sobre la cumbre de una verde colina. El viento habia ahuyentado las nubes, el sol brillaba sobre las cimas nevadas, convirtiéndolas en montañas de plata, que se destacaban sobre un fondo azul, que á medida que el sol se iba poniendo se trasformaba en un color de rosa muy marcado.

Descansamos cerca de una barraca, y á poco rato llegaron cuatro jóvenes á preguntarnos quiénes éramos.

Apenas pronunció su nombre Garibaldi, echaron á correr, y un cuarto de hora despues el *Gonfaloniero*, las notabilidades, la guardia nacional, la multitud, en fin, con la música á la cabeza corrieron á nuestro encuentro para invitar al general á que fuese á la aldea. Se improvisó como por encanto un arco de triunfo de ramas, el teatro fué iluminado,

y hubo comida y baile en casa del gobernador, quien á pesar de todo era un acérrimo clerical.

Me acuerdo que allí fué presentado á Garibaldi un aldeano poeta, que habia dictado — no sabia ni leer ni escribir — todo un poema sobre la vida pastoral.

A las nueve de la noche vino á contarme un vecino que un jóven de 15 años se hallaba en la prision comunal embrutecido por los golpes y el maltrato que le daba su padre, casado de segundas nupcias á la edad de sesenta años con una jóven aldeana, é instigado por su mujer, que habia acusado al chico de faltarla al respeto.

El gobernador recibió veinte escudos y puso preso al muchachò.

Yo me enteré del hecho y dí parte de él al general.

El padre y el desdichado hijo fueron traídos á su presencia.

La escena que pasó fué á la vez ridícula y repugnante.

El padre no se oponia á que su hijo fuese puesto en libertad, pero reclamaba con la mayor naturalidad y sencillez la cantidad que habia dado para hacerle prender.

El hijo lloraba á lágrima viva y abrazaba á Garibaldi.

En cuanto al gobernador, no sabia qué partido tomar.

Por fin arengó al pueblo desde el balcon, y el joven fué llevado en triunfo por todos los pilluelos de la aldea.

Al día siguiente á las cinco de la mañana salió con nosotros un destacamento de la guardia nacional.

Caía una lluvia fina y penetrante.

Nos acompañó hasta Rieti y escoltó á un empleado de hacienda preso en el punto en donde almorzamos, el cual era un espía pagado por el general borboniano Landi, jefe de la columna movilizada de la frontera de los Estados Romanos.

La legion italiana acuartelada en Rieti se componia de tres batallones con un total de 1,500 hombres, á los que estaban agregados los *golancieri*, vestidos y montados á expensas de su comandante Angelo Marsina de Bolonia.

Cuando desembarcaron los Franceses en Civita Vecchia, se hallaba la legion en Anagni, cuna y tumba de Bonifacio VIII, y entonces fué cuando acudió al socorro de Roma. Augusto Vecchi.

Pero faltaban soldados á este general, que tenia por séquito á todo un pueblo.

Se le improvisó una brigada de elementos heterogéneos, de hombres que no se conocian los unos á los otros, y á los que sin embargo debia unir, confundir, amalgamar el entusiasmo que Garibaldi les inspiraba.

La brigada se formó con dos batallones de su propia legion, en los cuales habia una cuarentena de hombres de los que habian vuelto con él de Montevideo, llevando blusa azul y adornos verdes; con trescientos hombres que nabian regresado de Venecia; con cuatrocientos alumnos de la Universidad; con trescientos aduaneros movilizados, y por último con trescientos emigrados, reuniéndose entre todos 2,500 hombres, que fueron encargados de la defensa de las murallas desde la puerta Portese hasta la de San Pancracio y la Valleggieri, y de la ocupacion de todos los puntos elevados extramuros de la villa Casini, conocida con el nombre de *Cuatrocientos* en la villa Pamphili.

Segun todas las probabilidades, este era el sitio que atacarian los Franceses, los que sin duda alguna querrian conservar á Civita Vecchia como base de sus operaciones.

El 28 de abril se hallaba la vanguardia francesa en Palo, á donde habia llegado el día anterior, abriéndose camino con un batallon de cazadores.

El 29 avanzó hasta Castel Guido, es decir á cinco leguas de Roma.

Entonces envió el general á su hermano el capitán Oudinot y á uno de sus ayudantes con quince soldados de la caballería ligera, para que hiciesen un reconocimiento.

Avanzaron hácia el sitio en donde se dividen las dos vias Aurelianas, la antigua y la moderna, y á una legua de Roma encontraron las avanzadas romanas.

El oficial que los mandaba, dirigiéndose á los Franceses :

— ¿Qué quereis? les preguntó.

— Entrar en Roma, respondieron los Franceses.

— No puede ser, añadió el oficial italiano.

— Es que venimos en nombre de la República francesa.

— Y yo no os dejo pasar en nombre de la República romana.

— ¿Y si no queremos retroceder?

— Ya procuraremos que retrocedais á pesar vuestro.

— ¿Por qué medio?

— Por la fuerza.

— Entonces, dijo el oficial francés volviéndose hácia los suyos, puesto que es necesario hacer fuego...

Y al mismo tiempo descargó una pistola que sacó de sus pistoleras.

— Fuego... gritó el oficial que mandaba las avanzadas romanas.

Los exploradores, demasiado débiles para resistir un combate, se retiraron á galope dejando en nuestro poder un cazador francés que fué cogido bajo su caballo muerto.

Fué preso y conducido á Roma. El boletín francés anunció que nosotros fuimos los que habíamos huido y que nos persiguieron; pero si esto hubiera sido verdad, ¿cómo era posible que nosotros hubiéramos hecho y conducido á Roma á un prisionero, nosotros que estábamos á pié, mientras que los Franceses estaban á caballo?

No nos faltarán nuevas ocasiones de destruir errores de esta especie.

La partida exploradora corrió á comunicar al general la noticia de que Roma estaba dispuesta á defenderse, anunciándole que no debía contar con entrar en la ciudad, como esperaban, sin disparar un solo tiro y en medio de las aclamaciones generales.

No por esto dejó de continuar su marcha el jefe de la division francesa.

El día siguiente, es decir el 30 de abril, dejando

en la Maglianilla las mochilas de sus soldados, avanzó á paso de carga.

Enmendemos aquí una nueva equivocacion relativa al 30 de abril, como hemos enmendado la concerniente al dia 29 del mismo mes.

Los escritores franceses han dicho que víctimas de una baja intriga, fueron llamados los soldados á la ciudad despues de haber hecho un simple reconocimiento, cayendo en un lazo que se les habia tendido.

El movimiento del 30 de abril no fué de exploracion, y los Franceses no cayeron en ningun lazo.

El movimiento del 30 de abril fué un combate que ya esperaba de antemano el general francés, y la prueba es el plan de la batalla que trascibo á continuacion, y que fué hallado en el bolsillo de un oficial francés muerto, y dirigido por el coronel Masi al general ministro de la Guerra (1).

« Deberá dirigirse un doble ataque por las puertas Angélica y Cavalleggieri á fin de dividir la atencion del enemigo. Por la primera se forzará á las

(1) Yo no trazo aquí una novela: publico unas Memorias, y me veo obligado á traducir textualmente. Ni desmiento ni afirmo; no hago mas que instruir un proceso ante ese grande y último juez que se llama la verdad.

tropas enemigas acampadas en el monte Mario, y en seguida podrá ocuparse la puerta Angélica. Cuando nuestras fuerzas tengan estas dos posiciones, rechazaremos al enemigo con todo el vigor posible en todas direcciones, y el punto general de reunion será la plaza de San Pedro. Sobre todo se recomienda economizar la sangre francesa.»

La idea del general Oudinot no solo era mala, sino que fué muy mal ejecutada: vamos á tratar de probarlo.

El camino que conduce desde Civita Vecchia á Roma, se separa en dos, á 1,500 metros poco mas ó menos de las murallas. A la derecha abre paso hasta la puerta de San Pancraccio, á la izquierda hasta la de Cavalleggieri, próxima al ángulo saliente del Vaticano.

Siguiendo el plan trazado, y proponiéndose tomar por detrás el monte Mario para sitiar la puerta Angélica, debia el ejército francés al llegar á la bifurcacion del camino dirigirse por la izquierda con una brigada en direccion del acueducto Paolo, y encaminarse con la otra por la derecha hácia el Casale de San Pio, procurando apoderarse de la puerta Cavalleggieri.

En aquel paso fué donde los Franceses cometieron un grave error. Dirigieron á los *voltigeurs* del 20º de línea por la derecha, donde encontraron un

terreno áspero, cortado por bosques, con accesos difíciles; y á los cazadores de Vincennes por las alturas de la izquierda. A ciento cincuenta metros de las murallas estos valientes hijos, perdidos por el ejército enemigo, fueron diezmados por la lluvia de metralla que vomitaba la batería del bastion de San Mario. Sin embargo sufrieron menos de lo que debían haber sufrido á causa de su habilidad para hacerse defensas de todos los accidentes del terreno, adquirida en la guerra contra los Árabes.

Su fuego, admirablemente dirigido contra nosotros nos ocasionaba grandes pérdidas. Entre ellas podemos citar la del teniente Pablo Marducci, jóven de porvenir, cuya madre fué condenada á ocho dias de prision despues de la vuelta de Pio IX por haber depositado algunas flores sobre la tumba de su hijo, la del ayudante mayor Enrico Pallini, la del brigadier della Vedova, la del capitan Pifferi, la del teniente Belli y algunas otras oscuras para el mundo, pero de personas queridas para nosotros, tales como las de Stephanis, Ludowick y el capitan Leduc, valiente belga, que habia combatido con nosotros en favor de nuestra independencía.

Pero no nos faltaban vivos que ocupasen los puestos de los muertos: desde por la mañana anunció el redoble de los tambores á los Romanos que los

Franceses se aproximaban, y en un instante se hallaron cubiertos de hombres los muros y los bastiones.

Mientras que el fuego de los *voltigeurs* del 20º de línea y el de los cazadores de Vincennes respondia al nuestro, el grueso de la columna francesa, que debia notar perfectamente que en vez de flores les lanzábamos balas, continuaba avanzando.

Desde el momento en que estuvo á la vista comenzó á ametrallarlos una batería de cuatro piezas colocadas en un bastion.

El general francés estableció inmediatamente sobre los acueductos otra batería que se encargó de responder á nuestro fuego, é hizo colocar sobre una colina otras dos piezas enfrente de los jardines del Vaticano, donde habia pocos soldados pero una multitud de pueblo armado.

Habiéndose retrasado un instante nuestro fuego á causa de la exacta puntería de los cazadores de Vincennes, hizo avanzar el general francés á la brigada Moliere, que llegó valerosamente hasta el pié de las murallas; pero, como ya he dicho, los muertos eran inmediatamente reemplazados por vivos, y el fuego se reanimó con mas vigor que antes; destruyendo las cabezas de las columnas Marulas y Bonat, las obligó á batirse en retirada y á buscar un abrigo en los pliegues del terreno.

Garibaldi seguía todos estos movimientos desde los jardines de la *villa Pamphili* : juzgó llegado el instante de atacar, y envió varios pequeños destacamentos á través de los viñedos; pero fué descubierta esta maniobra, y acudió un refuerzo del 20 de línea para impedir que fueran sorprendidos los cazadores de Vincennes, y para protegerlos, Garibaldi mandó á decir entonces que si se le enviaba un refuerzo de mil hombres respondía del éxito de la jornada. Inmediatamente pasaron á ponerse á sus órdenes el batallón del coronel Galletti y el primer batallón de la legión romana mandado por el coronel Morelli.

Unas compañías fueron encargadas de la defensa de los pasajes amenazados, otras de proteger los flancos, y al frente de los hombres que le quedaron despues de esta distribución se lanzó contra los Franceses.

Por desgracia tomaren los nuestros á los soldados de Garibaldi por los del general Oudinot é hicieron fuego sobre ellos desde lo alto de las murallas; pero Garibaldi se detuvo hasta que fué reconocido el error, y despues se lanzó sobre el centro del ejército enemigo en campo raso y á la bayoneta.

Un combate terrible se trabó entre los tigres de Montevideo, como se los llamaba, y los leones de África.

Franceses y Romanos se batieron cuerpo á cuerpo; se asesinaban con las bayonetas, luchaban, se echaban por el suelo y volvían á levantarse.

Garibaldi habia al fin encontrado enemigos dignos de él.

En aquella lucha perdimos al capitán Montaldi, á los tenientes Riglis y Zamboni, y fueron heridos el mayor Marocchetti, el cirujano Schecuda, el oficial Ghigliani, el capellan Ugobassi, que sin armas afrontaba en medio de los combatientes las heridas y la muerte para socorrer á los heridos y consolar á los moribundos, corazón piadoso, alma misericordiosa, de quien hicieron los sacerdotes un mártir; y por último, los tenientes dall'Oro, Tressoldi, Rolla, y el jóven Stadella, hijo del general napolitano.

Despues de una lucha de una hora se vieron obligados á ceder los Franceses: una parte de ellos se desbandó por los campos, la otra hizo una retirada, y doscientos sesenta de los suyos quedaron prisioneros en nuestro poder.

En aquel momento fué cuando el capitán de artillería Favar, ayudante del general en jefe, viendo el mal resultado del ataque, tan poco acertadamente combinado por el general, creyó poder remediarlo proponiendo guiar un nuevo ataque por un camino que conocía y que segun su creencia los conduciría

sin ser vistos hasta los muros de Roma frente al jardín del Vaticano.

Este camino estaba flanqueado por cuatro ó cinco casas, pudiéndose dejar en ellas y escondidos entre las viñas algunos destacamentos de tropa. El general aceptó la proposición, le dió una brigada del cuerpo Levaillant, y el capitán Favar partió.

La empresa fué muy fácil al principio y la marcha de la columna fué ignorada por los defensores de Roma, hasta que llegó al camino consular de la puerta Angélica; pero al estar allí y al ver reflejados en las armas francesas los primeros rayos del sol, un fuego horroroso que salió de todo el círculo de las tapias de los jardines pontificales, recibió á la columna, y una de las primeras balas hirió al capitán Favar, que era el que la conducía.

Aunque privado de su guía, la columna se defendió valerosamente, y durante algún tiempo respondió al fuego que le hacíamos desde las murallas; pero diezmados, ametrallados, teniendo á sus espaldas nuestras tropas del monte Mario, y delante el fuego del castillo San Angelo, que les cerraba el paso de la puerta Angélica, expuestos y descubiertos á las balas y metralla que llovían sobre ellos desde los jardines del Vaticano y que no les dejaban tomar sus antiguas posiciones, los Franceses se vieron obli-

gados á guarecerse en los pequeños *casinos* esparcidos por los viñedos y á diseminarse á lo largo del camino, en el que continuaba castigándolos nuestra artillería.

A causa de esto, toda una brigada que formaba el ala derecha del cuerpo del ejército francés, se encontró separada de su centro y en peligro de haber sido hecha prisionera.

Por fortuna para el general Levaillant, nuestras fuerzas del monte Mario no se movieron de sus puestos, y dos mil hombres que había reunidos detrás de la puerta Angélica y que podían haber caído sobre ellos, no hicieron tampoco el menor movimiento.

No fué mas afortunado el general en jefe por la derecha, es decir por el lado donde había combatido Garibaldi. La lucha y el fuego habían cesado un instante á causa de la retirada de los Franceses, pero al ver derrotados á sus hombres el general Oudinot, y temiendo que le cortasen las comunicaciones con Civita Vecchia, hizo avanzar á la brigada Moliere, y el combate, suspendido un momento, volvió á cobrar nuevo ardor.

La ciencia estratégica, la disciplina, el valor, el ataque impetuoso de los enemigos, todo fracasó ante nuestros soldados, por mas que fuesen jóvenes

y careciesen de experiencia. Y era que Garibaldi estaba allí, de pié sobre el caballo, la cabellera al viento, semejante á la estatua de bronce del Dios de las batallas. A la vista del invulnerable, cada cual se acordaba de sus inmortales antepasados, de los conquistadores del mundo sobre cuyas tumbas marchaba: se hubiera podido decir que él sabia que las sombras de los Camilos, de los Cincinatos y de los Césares le miraban desde la cumbre del Capitolio. A la violencia, á la furia francesa opusieron la calma romana, la suprema voluntad de la desesperacion.

Despues de cuatro horas de una lucha obstinada, el jefe de batallon del 20º de linea — hoy general Picard — con inusitados esfuerzos y un valor prodigioso ocupó con trescientos hombres una excelente posicion que arrebató á los jóvenes de la Universidad; pero casi al mismo tiempo Garibaldi, reforzado con un batallon de desterrados mandado por Arcioni y un destacamento de la legion romana con dos compañías mas de la misma, avanzó con la cabeza baja y la bayoneta calada, tomó á su vez la ofensiva, y con una correría irresistible, destruyendo todos los obstáculos rodeó la casa en que se habia fortificado el teniente coronel Picard, quien atacado por todas partes, y habiéndose visto obligado á

luchar cuerpo á cuerpo con Nino Bixio, no tuvo mas remedio que rendirse con sus trescientos hombres.

Esta gigantesca lid decidió la jornada, y cambió completamente la faz de las cosas.

Ya no se trataba de saber si Oudinot entraria en Roma, sino de saber si podria volver á Civita Vecchia.

Con efecto Garibaldi, dueño de la *villa* Pamphili y de la posicion de los acueductos, dominando la vía Aureliana y por medio de un movimiento rápido podia llegar á Castel di Guido antes que los Franceses y cerrarles el paso.

El éxito de este movimiento era seguro. El ala izquierda de los Franceses, maltratada al pié de los jardines del Vaticano, y refugiada, como ya hemos dicho, en los esparramados *casinos*, no podia bafirse en retirada sin exponerse á sufrir el fuego exterminador de la artillería y fusilería de las murallas. El ala derecha, batida y dispersada en campo raso por Garibaldi, se hallaba en ese instante de fatal desaliento que sigue á una derrota inesperada, y no podia oponer mas que una débil resistencia.

Además los Franceses estaban extenuados por un combate de diez horas, sin haber tenido caballería para proteger su retirada.

Nosotros teníamos de reserva dos regimientos de línea, dos regimientos de dragones, dos escuadrones de carabineros, el batallón de Lombardos de Manara, aunque con los manos atadas por la palabra de Manucci, y después de todo esto un pueblo entero.

Garibaldi comprendió la situación y escribió desde el campo de batalla al ministro de la Guerra Avizzana :

« Enviadme, le dijo, tropas de refresco, y del mismo modo que os prometí derrotar á los Franceses y lo he cumplido, os prometo impedirles que vayan á reunirse á sus navíos. »

Pero entonces, según nos dicen, el triunviro Mazzini opuso su poderosa voz á este proyecto.

— No nos creemos, dijo, un inmortal enemigo en la Francia destruyendo completamente sus fuerzas, ni expongamos á nuestros jóvenes soldados de reserva á batirse en campo raso con un enemigo vencido pero valeroso.

Esta grave equivocación de Mazzini arrebató á Garibaldi la gloria de un día á lo Napoleon, é hizo infructuosa la victoria del día 30; equivocación fatal, pero perdonable en un hombre que había cifrado sus esperanzas en el partido democrático francés, del que era jefe Ledru-Rollin, pero el que

no fué para la Italia mas que origen de incalculables consecuencias.

Si se hubiera aceptado el plan de Garibaldi, hubieran cambiado los destinos de la Italia.

Efectivamente la posición que ocupábamos era muy despejada, y yo apelo hoy que los odios se han apagado y amanece un nuevo día para Italia, yo apelo para que lo confiesen así á la lealtad de nuestros enemigos de entonces.

Oudinot había atacado á Roma con dos brigadas, una á las órdenes del general Levillant, la otra á las del general Moliere : un batallón de cazadores á pié, doce cañones de campaña y cincuenta caballos completaban la división. Nosotros veíamos el miserable estado á que se había visto reducido en la tarde del 30 de abril este cuerpo de ejército, cuya ala izquierda había sido desafortunadamente alejada, y cuya ala derecha se había visto obligada á abandonar su centro por Garibaldi, dueño de la villa Pamphili, de los acueductos y de la antigua via Aureliana. Era pues necesario avanzar sin perder un instante con todas las fuerzas disponibles, obligar á los Franceses á emprender una rápida fuga, precisa si querían volver á Civita Vecchia, ó á sostener un nuevo combate que hubiera terminado

por derrotarlos completamente, hallándose como se hallaban en la posición más desfavorable.

O el ejército francés hubiera sido destruido, ó se hubiera visto en la necesidad de rendirse.

Lo más notable que hubo durante la batalla fué que las bandas militares romanas ejecutaron la Marsellesa, al combatir con los que habían vencido á la Europa animados por este himno.

Verdad es que ellos ya no lo cantaban.

Además de los muertos y los heridos que nos dejaron, causaron con sus balas y sus bombas durante aquel día grandes destrozos en nuestros monumentos, y no pudimos menos de sonreirnos tristemente al leer en los periódicos franceses, que el sitio duraría probablemente mucho tiempo, á causa del cuidado que tenían los ingenieros para no maltratar los monumentos artísticos.

Las balas y las granadas caían como una granizada sobre la cúpula de San Pedro y sobre el Vaticano.

En la capilla Paulina, rica por sus frescos de Miguel Ángel, de Zuccavi y de Lorenzo Sabati, fué destruida diagonalmente por un proyectil una de las indicadas pinturas.

En la Sixtina estropeó otro proyectil un retablo pintado por Buonaroti.

Entre muertos, heridos y prisioneros tuvieron los Franceses de baja en aquella jornada sobre 4,300 hombres.

Por nuestra parte solo tuvimos entre muertos y fuera de combate cien hombres y solo un prisionero.

Este prisionero era nuestro capellán Ugo Bassi, que habiéndose quedado, al hacer nosotros un movimiento de retirada, sentado cerca de un moribundo, no quiso abandonarle hasta que hubo exhalado el último suspiro.

Fácilmente se adivinará la alegría que hubo en Roma en la tarde y la noche que siguieron á la batalla. Por más que cambiasen las circunstancias, se creía al menos que la historia, al ocuparse de aquel combate, no negaría que no solo fuimos fuertes durante todo un día ante los primeros soldados del mundo, sino que además los obligamos á retroceder.

Toda la ciudad fué iluminada y presentó el aspecto de una fiesta nacional: no se oía por todas partes más que cantos y músicas.

Estos cantos y estas músicas oprimían el corazón de los soldados y de los oficiales prisioneros.

El capitán Fabio, volviéndose hácia un oficial romano, que era el historiador Vecchi, le preguntó:

— ¿Son para insultarnos esta alegría y estos cantos?

— No lo creais, le respondió Vecchi, nuestro pueblo es generoso y no insulta á la desgracia; pero solemniza su bautismo de sangre y de fuego. Hoy hemos vencido á los primeros soldados del mundo: ¿quereis impedir que se aplauda la abnegacion de los muertos y la resurreccion de nuestra vieja Roma?

El capitán Fabio se mostró tan vivamente conmovido con esta respuesta que acababan de darle en excelente francés, que con lágrimas en los ojos exclamó:

— Pues bien, si es así... viva Roma! viva Italia!

Ningun soldado prisionero fué enviado al cuartel que se les habia destinado, sin que se le entregasen víveres y provisiones para todas sus necesidades. Los oficiales que habian perdido su espada recibieron otra instantáneamente.

Al amanecer del día siguiente, 4º de mayo, habiendo recibido el infatigable Garibaldi autorizacion del ministro de la Guerra para atacar á los Franceses con su legion, es decir con mil doscientos hombres, los dividió en dos columnas, de las cuales una á las órdenes de Marina salió por la puerta Cavallegieri, y la otra á sus órdenes por la de San

Pancracio. Su escasa caballería fué aumentada con un escuadron de dragones.

El objeto que se proponia realizar Garibaldi, era el de sorprender á los Franceses en su campamento, y batirlos, aunque sus fuerzas fuesen seis veces inferiores á las de sus enemigos. Además esperaba que el pueblo entero acudiría en su auxilio cuando escuchase el ruido de la fusilería y de los cañones.

Pero al llegar al campo, supo que los Franceses habian partido durante la noche, retirándose hácia Castel de Guido, y que Marina, que habia tomado el camino mas corto, habia encontrado la retaguardia y luchaba con ella.

Redobló el paso Garibaldi y se reunió á Marina cerca de la hostería de Malagrotta, donde acudian los Franceses pareciendo aprestarse á la batalla. Se apoderó inmediatamente de una posicion ventajosa sobre una altura; pero en el momento en que los nuestros iban á atacar, un oficial destacado del cuerpo del ejército avanzó por el camino real y pidió un parlamento con Garibaldi.

Garibaldi ordenó que fuera conducido á su presencia.

El parlamentario dijo que era enviado por el general en jefe del ejército francés para pedir un armisticio y asegurarse si realmente aceptaba el

pueblo de Roma el gobierno republicano y queria defender sus derechos. Como prueba de las leales intenciones del general, se proponia devolvernos á Ugo Bassi, hecho prisionero, como ya hemos dicho, en la batalla del dia anterior.

Mientras que se celebraba esta conferencia, recibió Garibaldi una orden del ministro de la Guerra encargándole que volviese á Roma.

La legion regresó á las cuatro de la tarde conduciendo al parlamentario.

El armisticio solicitado por el general Oudinot fué concedido.

XII.

Mientras que estos sucesos tenian lugar, el ejército napolitano, compuesto de cerca de 20,000 hombres con el rey á la cabeza, seguido de treinta y seis cañones y flanqueado por una magnífica caballería, animada con sus recientes triunfos en Calabria y Sicilia, avanzaba hácia Roma por la ribera izquierda del Tíber. Habia ocupado militarmente á Velletri, despues á Albano y á Frascati, estaba protegido á la derecha por los Apeninos, á la izquierda por el mar, y habia extendido sus avanzadas hasta muy pocas leguas de nuestros muros.

Viendo esto Garibaldi, á quien habia dejado sin quehaceres el armisticio, pidió permiso para emplear sus ocios en hacer la guerra al rey de Nápoles, y le obtuvo.

En las primeras horas de la noche del dia 4 de mayo salió Garibaldi con su legion, compuesta de 2,500 hombres.

Entre estos dos mil quinientos soldados, se encontraban el batallon de bersaglieri de Manara ya en pleno uso de sus derechos que por otra parte no habian sido supeditados con respecto al rey de Nápo-

pueblo de Roma el gobierno republicano y queria defender sus derechos. Como prueba de las leales intenciones del general, se proponia devolvernos á Ugo Bassi, hecho prisionero, como ya hemos dicho, en la batalla del dia anterior.

Mientras que se celebraba esta conferencia, recibió Garibaldi una orden del ministro de la Guerra encargándole que volviese á Roma.

La legion regresó á las cuatro de la tarde conduciendo al parlamentario.

El armisticio solicitado por el general Oudinot fué concedido.

XII.

Mientras que estos sucesos tenian lugar, el ejército napolitano, compuesto de cerca de 20,000 hombres con el rey á la cabeza, seguido de treinta y seis cañones y flanqueado por una magnífica caballería, animada con sus recientes triunfos en Calabria y Sicilia, avanzaba hácia Roma por la ribera izquierda del Tíber. Habia ocupado militarmente á Velletri, despues á Albano y á Frascati, estaba protegido á la derecha por los Apeninos, á la izquierda por el mar, y habia extendido sus avanzadas hasta muy pocas leguas de nuestros muros.

Viendo esto Garibaldi, á quien habia dejado sin quehaceres el armisticio, pidió permiso para emplear sus ocios en hacer la guerra al rey de Nápoles, y le obtuvo.

En las primeras horas de la noche del dia 4 de mayo salió Garibaldi con su legion, compuesta de 2,500 hombres.

Entre estos dos mil quinientos soldados, se encontraban el batallon de bersaglieri de Manara ya en pleno uso de sus derechos que por otra parte no habian sido supeditados con respecto al rey de Nápo-

les, los aduaneros, la legion universitaria, dos compañías de la guardia nacional movilizada y algunas otras partidas de voluntarios.

Todos debían reunirse en la plaza del Pueblo.

Garibaldi llegó á las seis de la tarde.

Un jóven natural de la Suiza alemana que ha escrito una excelente historia del sitio de Roma, Gustavo Hoffsteller, expresa así el efecto que le produjo la vista de Garibaldi :

« Al mismo tiempo en que daban las seis apareció el general con su estado mayor, y fué saludado con estrepitosos vivas : yo le veía por la primera vez. Es un hombre de mediana estatura, de rostro quemado por el sol, pero con líneas de una pureza antigua.

» Montaba en su caballo con la misma calma y firmeza que si hubiera nacido en aquella posición : debajo de su sombrero de ala ancha recogida por una presilla, y ornado con una pluma negra de avestruz, brotaba un bosque de cabellos : una barba roja cubría toda la parte inferior de su rostro. Sobre su camisa encarnada llevaba un poncho americano blanco, forrado con tela del mismo color que el de su camisa. Su estado mayor llevaba blusa encarnada, y mas tarde aceptó toda la legion italiana este color.

» Detrás de él galopaba su palafrenero, negro vi-

goroso que le habia seguido desde América. Iba cubierto con una capa negra y llevaba una lanza con una banderola roja.

» Todos los que le habian acompañado desde América llevaban á la cintura pistolas y puñales de preciosa labor, y en la mano el látigo de piel de búfalo.»

Continuemos la descripción. Esta vez habla Emilio Dandolo, pobre jóven que, herido en el sitio de Roma donde su hermano sucumbió, y muerto despues físico en Milan, ha dejado una relacion de los sucesos en que tomó parte.

Hé aquí lo que dice Dandolo. « Estos oficiales venidos de América, seguidos de sus ordenanzas, se desbandan, se juntan, corren en desorden, van de aquí para allá, activos, precavidos, infatigables : cuando la tropa se detiene para acampar y hallar algun descanso, mientras que los soldados ponen sus armas en pabellones, es un curioso espectáculo el verlos apearse de sus caballos y atender cada uno por si mismo, igualmente que el general, á las necesidades de sus monturas. Concluida la operación no piensan mas en sus caballos, y si no se hallan víveres en las localidades vecinas, tres ó cuatro coroneles ó mayores montan de nuevo, y armados de *lazos* corren á la ventura por el campo á caza de

corderos ó de-bueyes. Cuando han cogido lo que necesitan, vuelven conduciendo delante á los animales; los distribuyen en las compañías, y todos, lo mismo los soldados que los oficiales, se ponen á degollar y á partir en cuartos las reses y á asar sobre grandes fogatas enormes pedazos de buey, de cordero y de puerco, sin contar las aves, como pavos, pollos, patos, etc., etc.

» Si durante este tiempo no está próximo el peligro, Garibaldi permanece acostado en su tienda; mas si por el contrario el enemigo está cercano, no se apea de su caballo, da órdenes y visita las avanzadas: muchas veces cambia su singular uniforme por un traje de aldeano y se arriesga á verificar las mas peligrosas exploraciones. La mayor parte del tiempo, sentado sobre alguna cima elevada y que domina los alrededores, pasa horas enteras sondeando con su anteojo las profundidades del horizonte.

» Cuando el corneta del general da la señal de partida, se emplean los lazos para recoger á los caballos que pacen diseminados por las praderas: la marcha se detiene como el dia anterior, y el ejército se pone en camino sin que ninguno sepa á dónde va, y sin inquietarse por no saberlo.

» La legion personal de Garibaldi consta de 4,000 soldados poco mas ó menos, y se compone de las mas

diversas clases de hombres que puede imaginarse. En ella los hay de todas jerarquías y de todas edades; niños de doce á catorce años inclinados á esta vida de independencia ya por noble entusiasmo, ó ya por instinto natural; veteranos reunidos por la voz y la reputacion del ilustre *Condottiere* del nuevo mundo, y en medio de estos, muchos que no pudiendo vanagloriarse de poseer mas que la mitad de la divisa de Bayardo, buscan sin miedo alguno en la confusion de la guerra la licencia y la impunidad.

» Los oficiales son escogidos entre los mas valerosos y elevados á los grados superiores, sin tenerse presentes para nada la antigüedad ni las demás reglas ordinarias de ascensos.

» Hoy se verá á uno con el sable al costado: es un capitán. Mañana por amor á la variedad, cogerá un mosquete, formará en las filas y héle otra vez soldado.

» La paga no falta: la proporciona el papel de los triunviros, que no cuesta mas trabajo que el de imprimirle. El número de los oficiales es proporcionalmente mayor que el de los soldados.

» El *vague-maestre*, es decir el encargado de los bagajes es capitán, el cocinero del general un teniente, su ordenanza tiene el mismo grado, su es-

tado mayor se compone de mayores y de coroneles.

» Dotado de una sencillez patriarcal, tan grande que parece fabulosa, Garibaldi parece mas bien jefe de una tribu india, que general; pero cuando el peligro le rodea ó se halla en medio de él, entonces es verdaderamente admirable su valor y su golpe de vista. Lo que pudiera faltarle de ciencia estratégica para un general segun las reglas del arte militar, lo reemplaza con su maravillosa actividad.

» Sobre todos los ánimos, sobre todos los temperamentos causa la misma impresion este hombre extraordinario. »

» Volvamos á la expedicion contra los Napolitanos.

La tropa se puso en marcha á la caída de la tarde: acababan de dar las ocho. Nadie sabia á dónde caminaban. Anduvieron apoyándose en su derecha hasta que, despues de haber descrito un inmenso círculo, se encontraron en el camino de Palestrina.

La noche era clara y fresca, y marchaban con el mayor silencio á paso redoblado.

Los oficiales, acompañados de algunos hombres á caballo, daban grandes rodeos, y cuando el terreno era demasiado accidentado, la columna se detenia, los ayudantes inspeccionaban el camino, volvian á dar noticias y la expedicion seguia adelante.

Estos altos ofrecian además de la ventaja de la se-

guridad, la de proporcionar algun descanso á la tropa, que continuó avanzando de este modo sin fatigarse mucho hasta las ocho de la mañana.

A una legua de Tívoli se detuvo: desde algunas horas antes habian dejado el camino de Prenesti, que conduce al de Palestrina, y se habian dirigido hácia Tívoli por una antigua via romana.

Con aquella marcha nocturna, verificada con tanta rapidez, habia ganado el general una triple ventaja.

1º. Habia engañado á los espías, que al verle salir de Roma por la puerta del Pueblo, debieron creer que la expedicion se dirigia contra los Franceses, que detenidos en Polo habian entablado una especie de congreso con el triunvirato.

2º. Garibaldi se encontraba en Tívoli sobre el flanco derecho de la línea de operaciones de los Napolitanos, los cuales acampados en Velletri, enviaban sus exploradores en direccion de Roma hasta las alturas de Tívoli.

3º. La marcha nocturna por una landa desierta, privada de sombra y de agua, era, gracias á la frescura de la noche, un verdadero beneficio para las tropas.

A las cinco de la tarde volvieron los soldados á las filas y se dirigieron hácia las ruinas de la *villa* Adriana, distante una legua del paraje donde habian

hecho alto y situada al pié de la montaña donde se eleva Tivoli.

La primera intencion del general fué la de acampar allí, pero cambió de parecer porque antes quiso hacer una completa exploracion en todos aquellos lugares. No envió tropas á Tivoli, porque solo en el acto mas extremo se proponia entrar en los pueblos.

Hombres y caballos fijaron su campamento en las ruinas de la *villa* Adriana, que forman una fortaleza de este inmenso edificio, cuyas habitaciones subterráneas se hallaban disponibles.

Esta *villa*, que el mismo Adriano mandó construir, tiene dos millas de longitud y una de latitud. Sobre el solar del antiguo palacio se ha formado un pequeño bosque de naranjos é higueras.

El 6 de mayo salió Garibaldi á las 8 de la mañana con los bersaglieri á la cabeza á buscar el camino real de Palestrina, viéndose en la necesidad de atravesar el desfiladero de San Veterino. Tardó una hora en esta operacion, y al medio dia acampó en un valle fresco, donde encontró agua y sombra. Desde allí no se divisaba ninguna casa, pero estaban rodeados de verdura.

A las cinco y media volvieron á ponerse en marcha, y subió á la montaña. Las acémilas que conducian las municiones de guerra iban delante de los

soldados. Cada uno de estos llevaba pan y carne, sin inquietarse porque se le acabaran, seguro de volver á tener viveres al hacer nuevos altos; y solo los bersaglieri llevaban marmitas.

Cuando llegó la expedicion á la cumbre de la montaña, halló una antigua via romana perfectamente conservada que conducia á Palestrina, donde llegó á la una de la madrugada.

Para ellos fué una bendicion encontrar aquella senda tan bien conservada, en la que ni el viento levantaba mucho polvo ni las mulas tropezaron una sola vez.

A pesar de esto se hicieron frecuentes altos para que descansasen los soldados: era preciso, en vista del trabajo que se les reservaba, que no llegasen demasiado fatigados.

El general envió patrullas en todas direcciones.

Una de ellas, compuesta de sesenta hombres y mandada por el teniente Bronzelly, el mismo que diez años despues fué muerto sobre el campo de batalla de Tre Ponti, consiguió los mas felices resultados. Atacó á una aldea ocupada por los Napolitanos, los puso en fuga y les cogió algunos prisioneros.

Dos de los nuestros que no quisieron rendirse fueron muertos y descuartizados.

Legion tuvo noticia de que una division considerable de Napolitanos avanzaba hácia Palestrina, y con efecto á las dos de la tarde, desde la cumbre de la montaña de San Pedro, que domina la *villa* y que estaba ocupada por nuestra segunda compañía, vieron adelantarse con el mayor orden, por los dos caminos que se reunen en la puerta del Sol, á la columna de sus adversarios.

Esta columna se componia de dos regimientos de infantería de la Guardia Real y de una division de caballería.

Garibaldi envió á su encuentro dos compañías de su legion, una de la guardia nacional movilizada y la cuarta compañía de bersaglieri.

Esta última ocupaba el ala izquierda de la larga cadena de montañas que terminan en el valle. Al dirigirse contra el enemigo que avanzaba disparando, Manara desde la plataforma de la puerta dominaba á caballo aquella escena grandiosa y mandaba los movimientos que se debian hacer al toque de corneta. Estos toques eran obedecidos con tanta perfeccion y todo se realizaba con tanta tranquilidad, que, mas que en una batalla, parecian aquellos soldados hallarse en una revista.

Cuando estuvimos cerca de los Napolitanos, se empeñó un fuego muy nutrido, y las demás com-

pañías de la expedicion cerradas en columna se presentaron en los afueras.

El jefe de las tropas enemigas mandó atacarnos en guerrillas á sus primeros pelotones, pero nosotros veíamos á los soldados tan asustados que no se atrevian á separarse los unos de los otros. Avanzábamos siempre sin interrumpir el fuego, y nuestra extrema derecha mandada por el teniente Rozart salvó un muro que la impedia seguir adelante, y los soldados corrieron ardorosos á caer sobre el flanco del enemigo.

Los Napolitanos oscilaron un instante, y despues deshaciendo las filas de repente se pusieron en fuga casi sin descargar sus fusiles.

Al ver esto algunos soldados del batallon de Manara, penetraron hasta el centro de las filas enemigas y volvieron trayendo cinco ó seis prisioneros.

Aunque con mas lentitud, sucedió lo mismo con el ala derecha: la primera compañía de bersaglieri dejó aproximarse á los Napolitanos hasta que se hallaron á tiro de pistola, y entonces con una carga vigorosa é inesperada, con un enérgico choque á la bayoneta, los puso tambien en fuga, arrojándolos sucesivamente de tres casas que ocupaban, y sosteniendo con la mayor calma del mundo una carga

de caballería que costó la vida á muchos jinetes napolitanos.

Aquel era el momento que aguardaba Garibaldi: envió á Manara un batallón de refuerzo, ordenándole cargar á la bayoneta sobre toda la línea; y castigados en su flanco por los Lombardos, y rechazados de frente por la legión y por los desterrados, los realistas se pusieron en rápida y completa fuga, dejando tres cañones en el campo.

El combate duró tres horas, y fué terminado por nuestra parte sin gran trabajo. Los enemigos nos opusieron tan débil resistencia, que nos dejaron maravillados. Si hubiéramos tenido caballería para lanzarla en persecución de los fugitivos, su pérdida hubiera sido considerable.

Pero cuando Garibaldi los vió retirarse tan precipitadamente y á los nuestros perseguirlos en desorden, temió una emboscada y mandó tocar á retirada.

En esta acción tuvimos doce muertos y veinte heridos, entre los que se halló el bizarro capitán Ferrari, que recibió un bayonetazo en el pié.

Los Napolitanos perdieron cien hombres.

El resultado material que alcanzamos, era, como se ve, muy escaso; pero fué grande el efecto moral que produjimos. Dos mil quinientos soldados de Ga-

ribaldi habían derrotado completamente á seis mil Napolitanos.

Cerca de veinte prisioneros, pobres diablos casi todos de la reserva, y por consiguiente arrancados del seno de sus familias y obligados á combatir por una causa que no era la suya, fueron conducidos á presencia de Garibaldi.

Temblorosos y juntando las manos le pidieron la vida.

Casi todos eran de rostro distinguido y estaban bien vestidos, pero detestablemente armados con pesados fusiles de chispa y con mochilas llenas de imágenes de Santos, de Madonas, de reliquias y de amuletos. Además las llevaban en el cuello, en los bolsillos y en todas partes.

Nos dijeron que el rey estaba en Albano con dos regimientos suizos, tres de caballería y cuatro baterías; añadieron que esperaba nuevos refuerzos de Nápoles, y nos confesaron que ellos habían sido enviados á las órdenes del general Zucchi para tomar á Palestrina y apoderarse de Garibaldi, quien les inspiraba un terror difícil de imaginar.

Acampamos durante la noche en los afueras de Palestrina, y al día siguiente avanzamos dos millas mas para colocar nuestras avanzadas. Nuestras patrullas se aventuraron á ir hasta las líneas enemi-

gas que tenían sus piquetes á cuatro millas de distancia.

Para no estar ociosos hacíamos maniobrar á nuestros soldados, que desde Solano no habían hecho el ejercicio ni una sola vez. Era un magnífico é incitante espectáculo para nuestra causa republicana ver á aquellos hombres que á un cuarto de legua del enemigo aprendían el manejo de las armas que iban á emplear en su ataque, y al son de la trompeta y del tambor estudiaban las marchas en peloton y el fuego de guerrilla.

Por la tarde volvimos á la ciudad, pero fué para practicar un nuevo asalto.

Llegamos el 7 de mayo calados de agua hasta los huesos.

El batallon Manara obtuvo para alojarse un convento de agustinos, pero los frailes no quisieron abrir la puerta y dejaron á los republicanos fatigados y empapados de agua llamar en vano durante una hora.

La paciencia de los bersaglieri se acabó, avisaron á los zapadores y la puerta del convento fué echada abajo.

A pesar de que los soldados horriblemente fatigados se pusieron furiosos con aquella acogida, y de que Garibaldi sabía perfectamente y no lo dejaba

ignorar á los suyos, que lo mismo debía combatir á los frailes hostiles á la República que á los Napolitanos, las exhortaciones de Manara y de los oficiales lograron apaciguar los ánimos y evitar todos los desórdenes que eran de esperar en semejante caso.

Se acostaron tranquilamente sobre el suelo de los corredores y buscaron en un corto descanso nuevas fuerzas para soportar nuevas fatigas.

Por fortuna las fatigas que nos proporcionaron los Napolitanos no fueron grandes.

Terminada la batalla volvieron los bersaglieri á su convento y lo hallaron tambien cerrado, viéndose de nuevo en la precision de recurrir al hacha de los zapadores para entrar. Aquella vez habían abandonado los frailes sus celdas. No habían podido creer que los republicanos fuesen tan poco rencorosos, y temían que la suavidad con que los habíamos tratado fuese un lazo siniestro que les tendíamos.

Al huir se habían llevado las llaves de sus celdas, y para sacar de ellas algunas mantas y los objetos necesarios fué preciso echar abajo las puertas.

Por fortuna los zapadores no estaban lejos. Una vez franqueadas las entradas, el ejemplo fué contagioso: en vez de contentarse como el dia anterior con el pavimento del corredor, quisieron unos colchones, otros camillas, y los jefes, cansados de por-

tarse bien, siguieron el mal ejemplo y se apoderaron de las celdas.

En menos de media hora el convento se halló completamente cambiado, y apenas hubo tiempo de poner centinelas en la iglesia, en la cueva y en la biblioteca. Por otra parte no habia nada que coger, porque los frailes no habian dejado mas que los muebles que no podian caber en las mochilas; pero una porcion de aldeanos que habian excitado á los soldados á cometer aquel trastorno, se aprovecharon del desorden, y como hormigas entraban á tres y á cuatro y se llevaban las cosas demasiado grandes para que pudiera con ellos uno solo.

Muchos de los nuestros, poco religiosos, corrian de un lado á otro del convento satisfechos por tener que habérselas con frailes. Uno salia de una celda con un largo sombrero dominicano en la cabeza, otro se paseaba con la mayor gravedad por los corredores con una larga sotana blanca sobre su uniforme.

Al tocar á llamada, todos se presentaron con enormes cirios encendidos en la mano, y durante toda la noche del 9 al 10 fué el convento espléndidamente iluminado en honor de nuestra victoria sobre los Napolitanos.

La correspondencia de los pobres frailes no fué

mas respetada que lo restante, y mas de una carta fué llevada en triunfo y leida en alta voz por los soldados, lectura que hubiera ruborizado hasta mas no poder á los castos fundadores de las órdenes religiosas (1).

El dia 10 no quisimos detenernos en Palestrina, y nos acampamos en sus alrededores. Los Napolitanos parecian haber perdido la aficion de atacarnos, y coronando las colinas de Albano y de Frascati se aproximaban poco á poco hácia Roma.

Garibaldi, que temia un asalto de los Franceses y de los Napolitanos en combinacion, se puso en marcha aquella misma tarde para volver á Roma. Pasamos en silencio y con el mayor orden á dos millas del campamento enemigo, tomando por senderos casi impracticables, sin que ningun accidente turbase la tranquilidad de nuestra expedicion.

En la mañana del 12 llegamos por fin á Roma, y como habiamos andado durante la noche veintiocho millas sin detenernos ni un solo instante, necesitábamos descanso. Muchos de nosotros creyendo salir para una campaña de algunas horas, no habiamos tomado ni las marmitas, ni las mochilas, ni la ropa, con el objeto de llevar menos peso.

(1) Como Médico no formó parte de esta expedicion á Palestrina, casi todos estos sucesos los tomamos de Emilio Dandolo.

Pero al llegar la noche, en vez de descansar nos vimos obligados á tomar de nuevo los fusiles. Alarmada la ciudad con los rumores que corrieron de que los Franceses atacaban al monte Mario, salimos precipitadamente por la puerta Angélica, cambiamos algunos tiros con los Franceses y dormimos sobre el borde de un foso con las armas en la mano.

Desde este momento, las notas que nos ha dejado Garibaldi al marchar á Sicilia nos proporcionan el medio de poderle oír á él mismo, y de poder leer lo que su misma mano ha escrito.

Garibaldi pues va á continuar sus Memorias.

XIII.

COMBATE DE VELLETRI.

El 12 de mayo, la asamblea constituyente de Roma, en vista de la heroica defensa de Bolonia, decretaba lo siguiente :

« Roma, 12 de mayo de 1849.

- » La asamblea constituyente,
- » En nombre de Dios y del pueblo,
- » Decreta :
- » Artículo único.
- » El heroico pueblo de Bolonia ha merecido bien de la patria, de la República, y ha sido digno émulo de su hermano, el pueblo romano. »

El mismo dia en que sucumbió Bolonia, Fernando de Lesseps, embajador extraordinario de la República francesa, entraba en Roma acompañado de Miguel Accursi, enviado de la República romana á París.

Gracias á los buenos oficios del embajador francés, se llevó á cabo el armisticio de que se trataba hacia quince dias, y al que me habia yo opuesto el dia 1º de mayo con gran insistencia.

Pero al llegar la noche, en vez de descansar nos vimos obligados á tomar de nuevo los fusiles. Alarmada la ciudad con los rumores que corrieron de que los Franceses atacaban al monte Mario, salimos precipitadamente por la puerta Angélica, cambiamos algunos tiros con los Franceses y dormimos sobre el borde de un foso con las armas en la mano.

Desde este momento, las notas que nos ha dejado Garibaldi al marchar á Sicilia nos proporcionan el medio de poderle oír á él mismo, y de poder leer lo que su misma mano ha escrito.

Garibaldi pues va á continuar sus Memorias.

XIII.

COMBATE DE VELLETRI.

El 12 de mayo, la asamblea constituyente de Roma, en vista de la heroica defensa de Bolonia, decretaba lo siguiente :

« Roma, 12 de mayo de 1849.

- » La asamblea constituyente,
- » En nombre de Dios y del pueblo,
- » Decreta :
- » Artículo único.
- » El heroico pueblo de Bolonia ha merecido bien de la patria, de la República, y ha sido digno émulo de su hermano, el pueblo romano. »

El mismo dia en que sucumbió Bolonia, Fernando de Lesseps, embajador extraordinario de la República francesa, entraba en Roma acompañado de Miguel Accursi, enviado de la República romana á París.

Gracias á los buenos oficios del embajador francés, se llevó á cabo el armisticio de que se trataba hacia quince dias, y al que me habia yo opuesto el dia 1.º de mayo con gran insistencia.

El gobierno romano se aprovechó de esta tregua para desembarazarse del ejército napolitano, que si bien no inspiraba verdadero temor, llamaba un tanto la atención del gobierno, pues se componía de veinte mil hombres y de treinta y seis piezas de artillería.

Me equivoco, no le quedaban mas que treinta y tres, puesto que les habíamos cogido tres en la Pa-lestrina.

Con este motivo, el gobierno creyó conveniente nombrar dos generales de division á un coronel y á un general de brigada; el primero fué Rosetti, el segundo yo.

Rosetti fué nombrado general en jefe de la expedicion.

Varios amigos me aconsejaron que no aceptase una posicion tan secundaria, á las órdenes de un hombre que el dia antes habia sido mi inferior.

Pero confieso que nunca me han preocupado esas cuestiones de amor propio, que me ofrecen, aunque solo sea como simple soldado, la ocasion de sacar la espada contra los enemigos de mi país. Hubiera servido lo mismo que un simple *bersagliere*. Así es que acepté gustoso el cargo de general de division.

El ejército de la República, compuesto de diez

mil hombres y doce cañones, salió de los muros de Roma por la puerta San Giovanni, el 16 de mayo por la tarde.

De los diez mil hombres, mil eran de caballería. Ya en marcha, se echó de ver que faltaba el cuerpo de Manara, que debia formar parte de la expedicion.

Se mandó á un oficial de estado mayor, para que averiguase porqué Manara, siempre el primero al marchar contra el enemigo, era en esta ocasion el último.

Se habian olvidado de avisarle, y se le encontró furioso en la creencia de que se le habia separado de la expedicion.

Pasamos el Teverone por el camino de Tívoli: desde allí nos dirigimos hácia la derecha, y llegamos cerca de las once de la mañana á Lagarola, despues de una marcha penosa para nuestros soldados, en la que adelantamos muy poco, á pesar de haber andado diez y seis horas.

De esto fué causa el espesor de la columna.

Además nos molestaba en extremo el polvo, y el camino era tan estrecho cerca de Cotani que tuvimos que pasarle uno á uno.

En Lagarola no encontramos ni pan ni carne,

pues la division napolitana habia tenido buen cuidado de agotar casi todas las provisiones.

El estado mayor no habia previsto el caso por olvido.

Afortunadamente llevaba yo algunas reses; mis soldados por su parte cogieron otras; algunas se mataron con lazos. Las despedazaron, las asaron, y nos las comimos. Al quejarme yo de la falta de precaucion que habia puesto en el caso á la expedicion de morir de hambre, se me respondió que reuniendo víveres, se habia temido llamar la atencion del enemigo.

Excelente disposicion!

Nos quedamos unas treinta horas en Lagarola, donde partimos sin pan lo mismo que habíamos entrado.

El 18 de mayo fué dada la orden de ponerse en marcha á la una de la tarde, lo cual no se efectuó realmente hasta las seis. Altos de esta especie son peores que marchas forzadas.

Por fin á las seis me puse á la cabeza de la brigada de vanguardia, y partimos para Valmontone, seguidos de las demás brigadas. Habia dado orden de que se observase el mayor silencio en las filas, y la mayor vigilancia en la cabeza del ejército y en los flancos, pues habia recibido aviso de que los Napo-

litanos acampaban en Velletri; su fuerza era de diez y nueve á veinte mil hombres, entre los cuales habia dos regimientos suizos, y treinta piezas de artillería.

Se aseguraba que el rey de Nápoles en persona estaba dentro de la ciudad.

Los realistas ocupaban en efecto á Velletri, Albano y Frascati. Sus avanzadas llegaban hasta Frattocchie; su ala izquierda estaba protegida por el mar, mientras que la derecha se apoyaba en los Apeninos. Así que hube yo abandonado Palestrina la ocuparon ellos, viéndose al punto dueños del valle que atravesaba el único camino practicable para un ejército que viniendo de Roma, intentase atacarlos. Les era pues muy fácil oponernos gran resistencia, teniendo como tenian las ventajas de ocupar buena posicion, y de ser el número de sus soldados, de su caballería y de sus cañones mayor que el nuestro.

Mas el éxito feliz del primer encuentro nos prometia buen resultado para el segundo, tanto mas cuanto que las tropas del rey de Nápoles estaban completamente desmoralizadas, y en las tropas la disciplina es todo.

Se habia calculado que, para obligar al enemigo á una retirada ó á una batalla, era preciso apode-

rar-se sin demora del valle, ocupando una posicion de flanco que interceptase las comunicaciones del ejército napolitano con Nápoles. Como punto estratégico para el efecto se habia designado á Montefortino. Dueños en efecto de dicho punto, podíamos apoderarnos de Ciferna y cerrar el paso de su frontera á los realistas, ocupando despues á Velletri, si la abandonaban para rodearnos; y por último, podíamos concentrar todas nuestras fuerzas sobre el cuerpo mas débil del enemigo en caso de que cometiera la imprudencia de dividirse.

A la caída de la tarde llegamos á un paso muy estrecho que desemboca cerca de Valmontone; nos costó dos horas atravesarle. El regimiento de Manara, acompañado de un escuadron de dragones y de dos cañones, tuvo que apoyar la vanguardia.

Llegamos á las diez, en medio de una oscuridad completa, y el tren del campamento se hallaba en tan mal estado, que fué preciso ir á buscar agua á una milla de distancia.

El 18 continuamos nuestra marcha con la misma rapidez, y encontramos libre á Montefortino, que tan fácilmente se nos hubiera podido disputar, lo mismo que el día anterior habíamos encontrado abandonadas por el enemigo á Palestrina y á Valmontone.

Todo el ejército napolitano se habia retirado á Velletri.

El 19 por la mañana abandoné las posiciones de Montefortino con direccion á Velletri, acompañado de la legion italiana, del tercer batallon del tercer regimiento de infantería romana y de algunos jinetes á las órdenes del valiente Marina; entre todo unos 1,500 hombres.

Iba conmigo Ugo Bassi, excelente jóven que, aunque no tenia armas, me servia de oficial de órdenes, repitiéndome sin cesar en lo mas fuerte del fuego:

« Por Dios, general, enviadme donde haya peligro, en el puesto de algun otro mas útil que yo.»

A vista de Velletri, mandé á un destacamento que se adelantase hasta los muros de la ciudad, con objeto de reconocer el terreno y de llamar la atención del enemigo para que tomase la ofensiva.

No me proponia yo vencer con 1,500 hombres á los 20,000 del rey de Nápoles; pero si era mi intencion, una vez principiado el combate, atraerlos á mí, y distrayéndolos, dar tiempo al grueso de nuestro ejército para llegar y tomar parte en la lucha.

Coloqué en las alturas que flanquean el camino de Velletri la mitad de mi legion, dos ó trescientos hombres en el centro, á la derecha la mitad del ba-

tallon, y los pocos jinetes mandados por Marina en el camino mismo.

El resto de mi gente se quedó en segunda línea, de reserva.

El enemigo al ver el escaso número de nuestras tropas no tardó mucho en atacarnos: un regimiento de cazadores de infantería salió el primero de la ciudad, y distribuyéndose por partes dirigió un fuego de guerrillas á nuestras avanzadas.

Las avanzadas, conforme con las órdenes que se les habia dado, se batieron en retirada.

Entonces se unieron á los cazadores napolitanos unos cuantos batallones de línea y un numeroso cuerpo de caballería.

El choque fué violento, aunque rápido. Cuando llegaron á medio tiro de bala, fueron detenidos de repente por el fuego lento y admirablemente dirigido por nuestros soldados.

Media hora despues de haber comenzado el fuego, el enemigo dirigió hácia el camino dos escuadrones de cazadores de caballería: una carga á la desesperada debia decidir la victoria.

Me puse entonces á la cabeza de mis cincuenta ó sesenta jinetes contra quinientos hombres.

Los Napolitanos en su primer ímpetu pasaron por encima de nosotros, y yo, arrojado al suelo á diez

pasos de mi caballo, me levanté y permanecí en medio de la confusion, defendiéndome é hiriéndome para que no me hirieran.

Mi caballo se habia levantado como yo; pronto me monté, y me dí á conocer á mi gente, que quizás me creia muerto, poniendo mi sombrero en la punta de mi espada y agitándola en el aire. De todos modos, no era difícil conocerme, puesto que yo solo llevaba un poncho blanco con vueltas encarnadas.

Mis soldados, al verme, me recibieron con gritos de entusiasmo.

Con tal ímpetu habia cargado la caballería napolitana que llegó hasta nuestra reserva, mientras que los batallones de línea formados en columna los seguian de cerca. Su mismo arrojo los perdió, porque no teniendo ya sus flancos protegidos por el regimiento de cazadores de infantería, y encontrándose con los nuestros emboscados á derecha é izquierda en todas las colinas, y frente á frente con nuestra reserva, se pusieron ellos mismos ante el fuego de nuestros soldados.

Entonces pedí refuerzos al general en jefe, participándole que segun mi aviso la batalla se habia empeñado con buen éxito.

Se me respondió que no me podian mandar re-

fuerzo alguno, porque los soldados no habian aun comido el rancho.

Entonces me decidí á hacer cuanto pudiera con mis propias fuerzas, que desgraciadamente no eran bastantes en caso tan decisivo.

Mandé tocar á la carga en toda la línea : éramos 1,500 contra 5,000.

Al punto se pusieron nuestras dos piezas de artillería en batería, é hicieron fuego : el fuego de guerrilla menudeó tambien, y mis cuarenta ó cincuenta lanceros, al mando de Marina, se arrojaron sobre tres ó cuatro mil hombres de infantería.

Manara, sin embargo, distante unas dos millas de nosotros, oyó nuestro fuego y pidió al general en jefe el permiso de reunirse á nosotros.

Al cabo de una hora lo obtuvo.

Los valientes jóvenes llegaron á paso redoblado por el camino real, sufriendo el fuego de la artillería enemiga. Nuestra retaguardia, así que llegaron, les abrió paso, y desfilaron al son de las trompetas y en medio del mayor entusiasmo.

Al ver á esos jóvenes, pequeños, morenos y fuertes, al ver sus negros plumeros agitados por el viento, todos lanzaron el grito de « Vivan los Bersaglieri. »

Ellos respondieron con el grito de « Viva Garibaldi, » y entraron en línea.

A la sazón el enemigo se veia rechazado de posición en posición, y se retiraba bajo el fuego de la artillería de la plaza, cuya guarnición en su mayor parte se apoyaba en un convento á la derecha de la puerta. Dos piezas de artillería enemiga barrían el camino de Velletri, las demás disparaban hácia el flanco izquierdo de nuestra columna, donde estaban los tiradores diseminados, los que no sufrieron gran pérdida favorecidos por la configuración del terreno escarpado que les facilitaba los medios de ocultarse.

Apenas hubo llegado al campo de batalla, Manara me buscó con la vista, reconociéndome al instante por mi poncho blanco. Se dirigió hácia mí á galope, pero se vió detenido en el camino por un incidente, del que voy á hablar aquí, porque pinta admirablemente el espíritu de nuestros soldados.

Al pasar delante de la música que estaba tocando una pieza alegre, unos veinte soldados suyos no habian podido resistir á la influencia de la música, poniéndose á bailar bajo el fuego y la metralla de los Napolitanos.

Mientras que Manara, en medio de una lluvia de

balas, los contemplaba riéndose, una bala de cañon se llevó dos soldados de los que bailaban.

Entonces hubo un momento de pausa; pero Manara exclamó: «¿Qué es eso? y la música?»

La música volvió á tocar, y se principió el baile de nuevo con mas ardor que antes.

Por mi parte, al ver llegar á los bersaglieri mandé á Ugo Bassi para decir á Manara que viniese á hablar conmigo.

Lo primero que me preguntó fué si estaba herido.

«Me parece, contestó Ugo Bassi, que el general ha recibido dos balazos, uno en la mano y otro en el pié, pero puesto que no se queja, las heridas no deben ser de gravedad.»

En efecto habia recibido dos arañazos, de los que solo me acordaba por la noche, cuando no tenia otra cosa que hacer.

Manara me refirió la escena que acababa de presenciarse.

«¿No os parece, me preguntó, que con semejantes hombres podemos arriesgarnos á tomar por asalto la ciudad de Velletri?»

Me eché á reír: ¿cómo era posible tomar con dos mil hombres y dos cañones una ciudad situada en lo alto de un monte como el nido del águila, defen-

da además por veinte mil hombres y treinta piezas de artillería?

Pero tanto era el ardor de aquellos jóvenes que nada veian imposible.

Envié nuevos mensajeros al cuartel general. Si tan solo hubiera contado con 5,000 hombres, habria probado fortuna, al ver cuán grandes eran el entusiasmo de mi gente y el abatimiento de los Napolitanos.

Al lado derecho de la puerta se distinguia á la simple vista como una especie de brecha en la muralla, la que á pesar de estar casi cerrada, nos hubiera sido fácil abrir con solo algunas balas de cañon. Las columnas de ataque, protegidas por numerosos árboles que cubrian ambos lados de la colina, podian fácilmente llegar hasta la brecha. Los zapadores de todos los cuerpos, venciendo los obstáculos, se hubieran encargado de lo demás.

Dos ataques estratégicos hubieran protegido el ataque principal.

En vez de esto, fué preciso dejar á los bersaglieri divertirse firoteando contra los soldados que habia en las murallas, en tanto que dos regimientos suizos hacian un fuego terrible sobre ellos desde el convento de los capuchinos.

El general en jefe se decidió por fin á venir en

mi ayuda con todo el ejército; mas cuando llegó, habia pasado el momento oportuno. En la seguridad de que el enemigo evacuaria la ciudad durante la noche, sabiendo además que el rey habia partido con seis mil hombres, propuse el enviar un numeroso destacamento hácia la puerta de Nápoles, cargando sobre el flanco del enemigo en el momento en que este se retirase en desórden. Por temor de amenguar demasiado nuestras fuerzas no se llevó á cabo mi plan.

A eso de la media noche, deseando saber á qué atenerme, di órden á Manara de enviar un oficial con cuarenta hombres de su confianza hasta las murallas mismas de Velletri, hasta Velletri misma, si era posible.

Manara transmitió mi órden al subteniente Emilio Dandolo, que acompañado de cuarenta hombres se dirigió, en medio de la oscuridad de la noche, hácia la ciudad.

Encontró á dos aldeanos que le aseguraron que la ciudad habia sido completamente abandonada.

Dandolo llegó entonces con su gente hasta la puerta misma, en la que ni un solo centinela encontró.

Destruida por nuestras balas, estaba obstruida con barricadas.

Los bersaglieri escalando la barricada, entraron en la ciudad.

Estaba completamente desierta. Dandolo hizo algunos prisioneros, que sin duda se habian retardado, y por medio de ellos y de algunos habitantes de la ciudad que despertaron sus soldados, supo cuanto yo deseaba saber, esto es que los Napolitanos al principiar la noche se habian puesto en retirada con tanta precipitacion y en tanto desórden, que habian abandonado la mayor parte de sus heridos.

Al amanecer me puse en su seguimiento, pero no me fué posible alcanzarlos. De todos modos, estando en el camino de Terracina, recibí órden de reunirme á la columna, que se habia dividido en dos partes, volviendo la primera á Roma, y debiendo la segunda libertar á Frosinone de los voluntarios de Zucchi que la infestaban.

De este modo logró escaparse el enemigo, y una jornada que hubiera podido darnos un éxito decisivo, no hizo mas que proporcionarnos una simple ventaja.

Cuatro fueron las cosas que no se supieron hacer en este día :

— No supieron mandarme refuerzos cuando los pedí.

— No se supo dar el asalto, despues de unirse á mí.

— No se supo estorbar la retirada de los Napolitanos.

— No se supo perseguir á los fugitivos.



XIV.

3 DE JUNIO.

El 24 de mayo entré en Roma en medio de la inmensa multitud que me saludaba con gritos de loca alegría.

Los Austríacos amenazaban á la sazón á Ancona.

El primer cuerpo de cuatro mil hombres habia ya salido de Roma para ir en defensa de las Legaciones.

Se trataba de enviar otro cuerpo, pero antes de hacerle salir de Roma, el general Rosetti creyó de su deber escribir la siguiente carta al duque de Reggio, para la completa seguridad de la ciudad.

« Ciudadano general,

» Abrigo la íntima conviccion de que el ejército de la República romana combatirá un dia al lado de la República francesa, para mantener los mas sagrados derechos de los pueblos. Esta conviccion me mueve á haceros algunas proposiciones que creo aceptaréis. Ha llegado á mi noticia que se ha concluido un tratado entre el gobierno y el ministro

— No se supo dar el asalto, despues de unirse á mí.

— No se supo estorbar la retirada de los Napolitanos.

— No se supo perseguir á los fugitivos.



XIV.

3 DE JUNIO.

El 24 de mayo entré en Roma en medio de la inmensa multitud que me saludaba con gritos de loca alegría.

Los Austríacos amenazaban á la sazón á Ancona.

El primer cuerpo de cuatro mil hombres habia ya salido de Roma para ir en defensa de las Legaciones.

Se trataba de enviar otro cuerpo, pero antes de hacerle salir de Roma, el general Rosetti creyó de su deber escribir la siguiente carta al duque de Reggio, para la completa seguridad de la ciudad.

« Ciudadano general,

» Abrigo la íntima conviccion de que el ejército de la República romana combatirá un dia al lado de la República francesa, para mantener los mas sagrados derechos de los pueblos. Esta conviccion me mueve á haceros algunas proposiciones que creo aceptaréis. Ha llegado á mi noticia que se ha concluido un tratado entre el gobierno y el ministro

plenipotenciario de Francia, que no ha recibido vuestra aprobacion.

» No me entrometo en los misterios de la politica, pero me dirijo á vos en calidad de general en jefe del ejército romano. Los Austriacos están en marcha; su intencion es de concentrar sus fuerzas en Foligno, y apoyando desde allí su ala derecha en el territorio de Toscana, de avanzar por el valle del Tiber, y de reunirse por los Abruzzos á los Napolitanos. No creo que veais con indiferencia realizarse semejante proyecto.

» Es mi deber comunicaros mis suposiciones acerca del movimiento de los Austriacos, especialmente ahora que vuestra actitud indecisa, paralizando nuestras fuerzas, puede asegurar un triunfo al enemigo. Estas razones son bastante poderosas para que yo os pida un armisticio ilimitado y la notificacion de las hostilidades quince dias antes de empezarlas de nuevo.

» General, este armisticio lo creo necesario para salvar á mi patria, y lo pido en nombre del honor, del ejército y de la República francesa.

» En el caso de que los Austriacos presenten la cabeza de sus columnas en Civita Castellana, solo sobre el ejército francés recaerá en los tiempos venideros la responsabilidad de habernos obligado

á dividir nuestras fuerzas, cuando nos son tan precisas, y de haber por este medio asegurado el éxito á los enemigos de la Francia.

» General, tengo el honor de pedir os una contestacion pronta, rogándoos que acepteis mis fraternales demostraciones.

» ROSELLI. »

El general francés contestó lo siguiente :

« General,

» Las órdenes de mi gobierno son precisas, y por ellas se me prescribe entrar en Roma lo mas pronto posible. He dado cuenta á la autoridad romana del armisticio verbal, que, á instancias de Mr. Lesseps, he otorgado momentáneamente. He avisado por escrito á nuestras avanzadas que los dos ejércitos podian usar de sus derechos para comenzar las hostilidades.

» Para proporcionar á los vuestros, que desean abandonar á Roma, medios de poderlo efectuar, y á instancias tambien del canceller de la embajada francesa, retardaré el ataque de la plaza al menos hasta el lunes por la mañana.

» General, recibid la seguridad de mi alta consideracion.

» El general en jefe del cuerpo de ejército del Mediterráneo. » OUDINOT DE REGGIO. »

Segun lo prometido, el ataque no debia principiar hasta el 4 de junio.

Es verdad que un autor francés llamado Folard ha dicho en sus comentarios de Polibio que « un general que se duerme teniendo fe en un tratado, se despierta vendido. »

El 3 de junio, á eso de las tres, me desperté al ruido del cañon.

Vivia entonces en la calle Carrozze, n.º 59, con dos amigos míos: Orrigoni, del que ya me parece haber hablado, y Baverio, cuyo nombre he citado varias veces, y que mandaba en Velletri la compañía *de los Niños*.

Ambos se echaron fuera de la cama al mismo tiempo que yo, cuando oyeron tan inesperado ruido.

A Baverio, que estaba enfermo de resultas de una úlcera, le mandé quedarse en casa.

Pero á Orrigoni, no tuve motivo alguno para impedirle que me acompañara.

Monté á caballo, dejándole amplia libertad para encontrarme donde y cuando quisiera, y me dirigí á galope hácia la puerta de San Pancracio.

Por todas partes estaba roto el fuego.

Hé aquí lo que habia sucedido.

Nuestras avanzadas de la *villa Pamphili* se com-

ponian de dos compañías de bersaglieri boloneses, y de doscientos hombres del sexto regimiento.

A las doce de la noche, cuando principiaba el dia 3 de junio, una columna francesa se deslizó en medio de la oscuridad hácia la *villa Pamphili*.

El centinela, alarmado por el ruido de los pasos, gritó « quien vive. »

— Viva Italia! contestó una voz.

El centinela creyó sin duda que eran compatriotas, los dejó acercarse y fué al punto asesinado.

La columna se arrojó sobre la *villa Pamphili*, é hirió, mató ó hizo prisioneros á cuantos soldados encontró.

Algunos se echaron por las ventanas al jardín, y del jardín al pié de las murallas.

Los que se vieron mas perseguidos, se retiraron detrás del convento de San Pancracio, exclamando: á las armas!

Los demás se dirigieron hácia las *villa Valentini* y *Cardini*, que, como la *villa Pamphili*, fueron sorprendidas y tomadas, aunque no sin encontrar alguna resistencia.

Los gritos de los que se habian refugiado detrás de San Pancracio, y los tiros de fusil que disparaban los que defendian las *villas Corsini* y *Valentini* habian despertado á los artilleros.

Así que vieron que los Franceses se habían apoderado de las dos *villas*, dirigieron el fuego contra las dos casas de campo.

Al ruido del cañon respondieron en breve el tambor y las campanas.

Demos ahora una idea del campo de batalla donde tuvo lugar la accion que referimos.

En la puerta San Pancracio principia el camino que conduce directamente al *Vascello*, y que tiene unos doscientos cincuenta pasos de largo.

En este punto el camino se divide en varios ramales, siendo el principal el que tira á la derecha junto á los jardines de la *villa Corsini* rodeados de altas paredes, y que va á pasar al camino real de Civita Vecchia.

El segundo ramal no es ya un camino público sino un paseo de jardines que conduce directamente á la *villa Corsini*, trescientos metros distante. Este paseo está guarnecido por ambos lados de altos y espesos cercados de mirto.

El tercer ramal se dirige hácia la izquierda, y como el primero, va siguiendo del lado opuesto la alta muralla del jardin de Corsini.

La *villa Vascello* es una casa grande y sólida con tres pisos, rodeada de jardines y de murallas. A cincuenta pasos hay una casita desde la cual es

fácil hacer fuego contra las ventanas de la *villa Corsini*.

En el camino de la izquierda, á cien pasos del camino real, hay otras dos casitas, una detrás del jardin de la *villa Corsini*, y otra veinte pasos mas lejos.

La *villa Corsini*, situada en una altura, domina los alrededores, siendo su posicion muy ventajosa, porque si se la ataca sin preparar algunas obras para acercarse á ella, se ha de pasar por fuerza por la verja que hay en la extremidad del jardin, y así se sufriria el fuego concentrado del enemigo, que resguardado por los árboles, por los parapetos, por las estatuas y por la misma casa, desaparecia sobre el punto en que los muros del jardin se juntan formando un ángulo agudo, no dejando otro paso mas que la misma puerta.

El terreno por este lado es muy escabroso, y mas allá de la *villa Corsini* ofrece lugares favorables al enemigo, que oculto en las sinuosidades ó detrás de espesos árboles, puede colocar sus reservas al abrigo del fuego de los adversarios, dado el caso en que se vea obligado á abandonar la casa.

Cuando llegué á la puerta de San Pancracio, ya estaban tomadas la *villa Pamphili*, la *villa Corsini* y la *villa Valentini*.

Solo conservábamos en nuestro poder al *Vascello*. Mas la pérdida de la *villa* Corsini era para nosotros de suma consideracion, porque mientras estuviera en nuestro poder no podian los Franceses tirar sus paralelas.

Era pues preciso volverla á tomar á todo precio, y era cuestion de vida ó muerte para Roma.

Los fuegos se cruzaban entre los artilleros de la muralla, los soldados de *Vascello* y los Franceses de la *villa* Corsini y de la *villa* Valentini; mas lo que hacia falta no eran descargas de fusiles y de cañones, lo que hacia falta era un asalto terrible, asalto que fué victorioso y que nos devolvió la *villa* Corsini.

Me arrojé en medio del camino, sin pensar siquiera que mi poncho y las plumas de mi sombrero serian el blanco de los tiradores franceses, y llamé con la voz y con señas á todos los soldados dispersos. Parecia que los oficiales y los soldados salian de debajo de tierra.

Al momento tuve á mi lado á Nino Bixio, mi oficial de órdenes; á Baverio, á quien hacia yo seguir mis órdenes en Via Carrozze; á Marina, comandante de mis lanceros, y por último á Sacchi y á Marchetti, mis antiguos compañeros de armas en Montevideo.

Ellos reunieron los restos de los bersaglieri boloneses, y poniéndose á la cabeza de la legion italiana, se arrojaron los primeros, arrastrando á los demás tras sí.

Nada pudo sostener su choque, y la *villa* Corsini fué tomada por asalto: mas antes de llegar, se habian quedado tantos soldados en el largo camino de la *villa*, que no pudieron oponer resistencia á las numerosas columnas que vinieron á atacarlos.

Se vieron obligados á retroceder.

Pero mientras duraba la carga, fueron llegando mas soldados; los jefes, excitados por su derrota, querian marchar de nuevo hácia el enemigo; y Marina, que tenia el brazo atravesado por una bala, le levantaba ensangrentado gritando: «adelante!...» Para ayudar á tan valientes soldados, saqué de *Vascello* toda la gente que pude. Se tocó á la carga y la *villa* Corsini volvió á ser nuestra.

Un cuarto de hora despues la perdíamos de nuevo, costándonos mucha sangre preciosa.

Ya he dicho que Marina tenia una herida en el brazo: Nino Bixio habia recibido un balazo en el costado, y Baverio yacia muerto.

Mientras exigia de Marina que fuera á curarse, y mientras hacia conducir á la ambulancia á Bixio,

Manara, á pesar de las órdenes contradictorias que habia recibido, vino á mi encuentro.

«Haz que salga tu gente, le dije yo entonces, pues ya ves que es menester que volvamos á tomar la villa.»

La primera compañía de tiradores, mandada por el capitan Ferrari, antiguo edecan del general Durando, estaba ya desplegada fuera de la puerta de San Pancracio. El valiente Ferrari habia hecho la campaña de Palestrina y de Velletri, habiendo recibido en Palestrina un bayonetazo en la pierna, del que ya estaba curado.

Manara mandó que tocasen á llamada, mientras que Ferrari, reuniendo su gente, vino á tomar las órdenes de su coronel.

Mandó calar las bayonetas, y haciendo tocar á paso de carga, se lanzó sobre el enemigo.

Al llegar á la verja, esto es á trescientos metros del *casino*, cayó sobre él y sus soldados una lluvia de balas. No dejó por eso de avanzar con la cabeza baja hácia la *villa* que arrojaba fuego como un volcan, hasta que el teniente Mangiagalli, tirándole de la levita, le gritó:

¡Mi capitan! — Capitan, ¿no veis que estamos solos los dos?

— Entonces Ferrari miró hácia atrás, y vió que

de sus ochenta hombres veinte y ocho yacian á su alrededor, muertos ó heridos; los restantes se habian batido en retirada. Ferrari y su teniente hicieron otro tanto.

Manara estaba furioso al ver que en mi presencia el resto de su compañía habia abandonado á sus dos oficiales.

Entonces llamó á la segunda compañía, mandada por el capitan Enrique Dandolo, noble y rico milanés, de estirpe veneciana, como lo prueba su nombre ducal. Reuniendo los restos de la primera compañía gritó: «¡Adelante, Lombardos! es menester dejarse matar ó tomar la *villa*: pensad que Garibaldi os está mirando!»

Entonces Ferrari hizo señas de que queria hablar.

— Vamos, habla, le dijo Manara.

— General, exclamó Ferrari dirigiéndose á mí, lo que voy á deciros no es con intencion de disminuir el peligro, sino al contrario de obtener un éxito satisfactorio. Conozco bien el terreno, porque acabo de abandonarlo, y ya habeis visto que mas me ha costado salir que entrar.

Yo le indiqué que estaba de acuerdo con él.

— Hé aquí lo que voy á proponeros: en vez de ir

directamente por el paseo y de atacar de frente, la compañía de Dandolo se avanzará por la izquierda, y la primera hacia la derecha por detrás del cercado de mirto. Tiraré una piedra á la compañía de Dandolo para avisarle cuando estemos dispuestos al ataque; él me contestará también firándome otra piedra. Entonces nuestras ocho cornetas tocarán á la vez, y nosotros nos lanzaremos al asalto desde el pié mismo del terrado.

— Haced lo que queráis, le contesté, con tal de que os apodereis de esa bicoca.

Ferrari partió á la cabeza de su compañía, y Dandolo al frente de la suya.

Dispuse que los acompañase el capitán Hoffsteller con unos cincuenta estudiantes, que tenían órden de ocupar la casa de la izquierda, de que ya tengo hablado, conocida mas tarde bajo el nombre de *Casa quemada*.

Al cabo de seis minutos tocaron las cornetas, y al momento se rompió el fuego.

Hé aquí lo que sucedía.

Las dos compañías resguardadas por el cercado y las viñas habían llegado en efecto sin ser vistas ni oídas, según había previsto Ferrari, hasta unos cuarenta pasos del terrado.

Entonces hicieron las señas convenidas, y al so-

nido de las cornetas mis valientes bersaglieri se lanzaron al asalto.

Pero desde la azotea, del salón grande del primer piso, de la escalera circular por la que se subía á él, y de todas las ventanas salió un fuego horroso.

Dandolo cayó á tierra atravesado por una bala, el teniente Sylva fué herido al lado del capitán Ferrari, y el subteniente Manchis recibió casi al mismo tiempo dos heridas, una en el muslo y otra en el brazo. Los bersaglieri á pesar de todo, guiados por su capitán Ferrari, pues Dandolo yacía muerto, haciendo un esfuerzo desesperado marchaban adelante: pronto escalaron la azotea y rechazaron á los Franceses hasta la escalera circular de la *villa*.

Allí se agotaron sus fuerzas: tenían de frente y por los lados á los Franceses, que tiraban sobre ellos casi á quema ropa, y cada bala dejaba en tierra á un hombre.

Yo los veía, obcecados por su valor, caer en tierra inútilmente, seguro de que se dejarían matar hasta el último sin resultado alguno.

Mandé tocar á retirada.

Contaba yo con dos mil hombres; los Franceses tenían veinte mil: me apoderé del *casino* Corsini con una compañía, ellos lo recuperaron con un re-

gimiento. Era porque los Franceses comprendian, como yo, cuán importante era aquella posicion.

Los bersaglieri, la mayor parte heridos, se unieron á mí, dejando cuarenta muertos en el jardin de la *villa*.

Me decidí á esperar la llegada de nuevas tropas.

Mandé á Orrigoni y á Ugo Bassi á la ciudad, con orden de enviarme cuantos soldados encontrasen; porque, para tranquilizar mi propia conciencia, queria hacer el último esfuerzo.

Puse á mi gente al abrigo de nuestros adversarios detrás del *Vascello*, y esperamos así cerca de una hora, hasta que llegaron mezclados unos con otros estudiantes, aduaneros, algunas compañías de línea, el resto de los bersaglieri lombardos, y fracciones de todos los cuerpos.

Marina venia á caballo en medio de ellos con unos veinte lanceros. Despues de haberse hecho curar la herida, volvía á la accion.

Entonces salí del *Vascello* con unos cuantos Dragones, y al verme mis soldados lanzaron gritos de « ¡ Viva Italia, viva la República romana ! »

El cañon tronó desde las murallas, y las balas que pasaban sobre nuestras cabezas, anunciaron á los Franceses un nuevo ataque. Todos juntos, en el ma-

yor desórden, Marina á la cabeza de sus lanceros, Manara al frente de sus bersaglieri, y yo al frente de todos, nos lanzamos sobre la *villa*, que no diré que fuese difícil de tomar, pero sí inconservable.

Llegados á la puerta no pudieron entrar todos á la vez; el torrente se extendió á derecha é izquierda, y unos se convirtieron en tiradores colocándose en los costados de la *villa*, otros escalaron las paredes y saltaron al jardin, y por último otros se avanzaron hasta la *villa* Valentini, se apoderaron de ella, é hicieron varios prisioneros.

Entonces pasó una cosa increíble ante mi vista. El intrépido Marina á la cabeza de la columna y seguido de algunos lanceros cruzó á escape el espacio, salvó el terrado, y al llegar al pié de la escalera, clavando las espuelas en el vientre de su caballo, le obligó á subir los escalones á galope, de tal modo que un momento despues apareció en la meseta del gran salon, como una estatua ecuestre.

Esta apoteosis solo duró un instante: una descarga á quema ropa echó por tierra al jinete, y el caballo cayó encima de él atravesado por nueve balas.

Manara llegó entonces, guiando una carga á la bayoneta, á la que nada pudo resistir, y en un momento la *villa* Corsini cayó en nuestro poder.

El combate fué cortó pero sublime.

Los Franceses reuniendo todas sus reservas dieron en masa una carga, antes que yo tuviera tiempo de contener el desorden que sigue siempre á la victoria. La lucha principi6 mas encarnizada y mas sangrienta que antes; y entonces ví retroceder cerca de mí, rechazados por el hierro y el fuego, dos elementos irresistibles de la guerra, á los mismos que un momento antes habian avanzado.

Entre los heridos que retiraban iba el valeroso teniente Rozat.

— Ya he pagado mi deuda, dijo al pasar junto á mí, y enseñándome su pecho ensangrentado.

He presenciado combates horrorosos; he visto el de Río Grande, el de la Bayada, el del Salto de San Antonio, pero ninguno semejante al de la *villa Corsini*.

Me retiré el último, con mi poncho acribillado á balazos, pero sin la mas leve herida.

Diez minutos despues, nos hallábamós otra vez en el *Vascello*, en toda la línea de casas que estaban en nuestro poder, y rompimos el fuego desde todas las ventanas contra la *villa Corsini*.

Pero todo era ya inútil.

Sin embargo por la noche se me presentaron unos cien hombres á las órdenes de Emilio Dandolo, padre del muerto, y de Golfredo Mameli, jóven poeta

genovés de gran porvenir, pidiéndome que se hiciese la última tentativa.

— Haced lo que queráis, amigos míos, les dije: quizás Dios os inspira.

Al punto partieron, y no tardaron en volver habiendo perdido la mitad de los suyos.

Emilio Dandolo traía el muslo atravesado, y Mameli una herida en la pierna.

Este día sufrimos pérdidas enormes.

La legion italiana tenia, entre muertos y heridos, cincuenta hombres fuera de combate.

Los bersaglieri, de los que solo habian tomado parte en la lucha unos seiscientos, tuvieron ciento cincuenta muertos. Las demás pérdidas estuvieron en igual proporción, ascendiendo la pérdida total de mi división de 4,000 hombres á 1,000, entre los que se contaban 100 oficiales.

En el parte que Bertani extendió por la noche aparecian 180 oficiales heridos tanto en la *villa Corsini* como en la puerta del Pueblo, y solo los bersaglieri tuvieron dos oficiales muertos y once heridos.

Los oficiales muertos fueron el coronel Daverio, el coronel Marina, el coronel Pollini, el mayor Ramorino, el ayudante mayor Peralta, el teniente Bon-

net, el teniente Cavalleri, el subteniente Grani, el capitán David, el teniente Larete y el teniente Cazaniga.

Durante la lucha hubo rasgos de valor verdaderamente admirables.

En la última carga Ferrari y Mangiagalli, que no habían podido seguirnos, se lanzaron con unos cuantos hombres sobre la *villa* Valentini. Encontraron una gran resistencia y tuvieron que pelear de escalera en escalera, de cuarto en cuarto, y no con los fusiles, porque los fusiles eran ya inútiles, sino con los sables. A Mangiagalli se le rompió el suyo por la mitad, y con uno de los pedazos se defendió é hirió con tanto acierto, ayudado también por Ferrari, que se apoderaron de la *villa* Valentini.

El sarjento furriel Monfrini, joven de diez y ocho años, fué á curarse la mano que tenía atravesada por un bayonetazo, y al cabo de un momento vino á colocarse en su fila.

— ¿Qué vienes á hacer aquí? le dijo Manara; con esa herida, no vales para nada.

— Dispensad, coronel, contestó Monfrini, *soy uno mas*. — Este valiente joven fué muerto en la lucha.

Sabiendo el teniente Bronzelli que su ordenanza, á quien profesaba verdadero cariño, había sido muerto en la *villa* Corsini, penetró durante la no-

che con cuatro hombres de resolución en ella, retiró el cadáver de su amigo y lo enterró con fraternal cariño.

Un soldado milanés, d'alla Longa, vió caer al cabo Fiogani herido de muerte, en el momento en que el enemigo nos hacía retroceder. No queriendo dejar el cuerpo de Fiogani en poder de los Franceses, se lo cargó en las espaldas, y antes de andar veinte pasos cayó muerto de un balazo junto al cuerpo moribundo de su amigo.

Todo el ejército se conmovió ante el amargo dolor del teniente Emilio Dandolo. Ya tengo dicho que él y Mameli me habían pedido permiso, y yo se lo había otorgado, para cargar por última vez contra el enemigo.

Dandolo entró en la *villa* Corsini, y solo pensó en buscar á su hermano, á quien él hacía herido ó prisionero. En medio del fuego gritó á su compañero: «¿No habeis visto á mi hermano?» y olvidándose enteramente del peligro que le rodeaba, se acercaba á los heridos y á los muertos, preguntaba á aquellos por su hermano, y examinaba á los últimos.

En esto llegó una bala y le atravesó el muslo: Dandolo cayó en tierra, y al punto se lo llevaron sus compañeros.

Cuando le hubieron hecho la primera cura en el hospital de sangre, se levantó y apoyado en un baston y cojeando, se puso á buscar á su hermano. Por fin entró en la casa en que se encontraba Ferrari, y en la que estaba tambien el cadáver de Enrique Dandolo. Ferrari, sin fuerzas para resistir á la impresion de un dolor tan fuerte como el que presentia, cubrió el cadáver con una capa.

Emilio entró en la habitacion, preguntó con insistencia á todos, y todos respondieron que Enrique Dandolo estaba herido, habiendo sido probablemente hecho prisionero. Ninguno se atrevia á decir que yacia allí muerto.

Mas al fin como era preciso que tarde ó temprano supiese la fatal noticia, rógaron todos á Manara que se la anunciase. Al pasar por delante de una de las casitas tomadas por los Franceses, Manara le hizo seña de entrar.

Todos los que estaban en la habitacion se alejaron. -- No busques mas á tu hermano, querido amigo, le dijo apretándole la mano : desde hoy yo lo seré.

Dandolo cayó en el suelo herido mas todavía por la terrible noticia que debilitado por el dolor que le ocasionaba la herida y la pérdida de sangre.

Al poco rato dos hermosas jóvenes se hallaron delante de su padre, á quien conducian muerto.

Una de ellas cayó desvanecida sobre el cadáver para levantarse loca.

Una madre al ver á su hijo moribundo, no pudo derramar ni una sola lágrima : la infeliz murió al cabo de tres dias.

Por el contrario un padre, cuyo nombre quiero ocultar para no denunciarlo al odio de los curas, viendo que su hijo mayor estaba herido de muerte, me trajo el segundo de edad de 13 años, diciéndome : *enseñale á vengar á su hermano*. No hubiera hecho mas su antepasado Horacio.

XV.

EL SITIO.

Temiendo que al día siguiente intentase un asalto el enemigo, dejé encargado á Giacomo Médici de la defensa de toda nuestra línea avanzada, que se componia del *Vascello* y de las tres ó cuatro casitas que habíamos tomado á los Franceses.

Pasé toda la noche en disponer nuestros medios de defensa.

No se trataba ya de salvar á Roma, pues en el momento en que un ejército de cuarenta mil hombres con treinta y seis piezas de artillería de sitio puede acercarse á una ciudad, la toma no es mas que una cuestion de tiempo.

Es preciso que caiga un día ú otro en poder del enemigo, y la última esperanza que la queda es la de sucumbir gloriosamente.

Establecí aquella misma noche mi cuartel general en el casino Savorelli, que levantándose por cima de las murallas domina la puerta de San Pancracio y facilita el medio de ver lo que pasa en el *Vascello*, en las *villas* Corsini y Valentini.

Es verdad que me hallaba á medio tiro de bala de los tiradores franceses, sin apercibirme de ello.

Ordené á un valiente *carettiére* que me fuese á buscar operarios y que atendiese despues á las necesidades de mis soldados durante la lucha, dándoles vino y aguardiente. Era un verdadero patriota, que mas tarde pagó muy caro su patriotismo, conocido bajo el apodo de Cicera Vacchio. Su verdadero nombre era Ángel Brunetti.

Jamás aceptó un ochavo, ni por sus servicios, ni por los víveres que daba á los soldados.

Hay hombres en este mundo á los que Dios ha dotado con un alma privilegiada. En los dias de paz trabajan para consolar é instruir á la humanidad, dedicándose exclusivamente á abrir fácil camino al progreso. Estos hombres se llaman Guttemberg, Vicente de Paul, Galileo, Vico, Rousseau, Volta, Filanglieri y Franklin.

En los tiempos de adversidad aparecen de repente, y conducen á los pueblos, exponiéndose con sin par valor á los golpes redoblados de la fortuna variable. Entonces el mundo agradecido los conoce bajo el nombre de Alnoldo, de Bresica, de Savonarola, de Cola di Rienzo, de Masianello, de José de Lisi y de Cicera Vacchio.

Estos hombres, siempre pobres, salen de las filas

del pueblo, de ese pueblo que en los dias adversos es el elegido para sufrir, pero que en medio de su llanto medita, en medio de sus sueños espera, y en medio de sus continuos padecimientos trabaja sin cesar.

Ya tengo dicho que Ángel Brunetti era uno de esos hombres : nada le ha faltado para la consagracion de su mision en la tierra, ni tan siquiera el martirio.

Mientras duró el sitio de Roma, sirvió de ejemplo al pueblo, siendo aplaudido y admirado de sus compañeros, que le consideraban como á su jefe. Era el verdadero *primus inter pares*, que no dejó de vivir en medio de sus triunfos tan modestamente como habia nacido. Este hombre, franco, leal, honrado, debia su posicion á su constante trabajo, el cariño de sus conciudadanos á su intachable probidad, y hasta el aprecio del Papa, á quien habia hecho grandes favores en los dias de borrasca, á la caridad que profesaba á los poderosos, que es una de las mas raras virtudes en los débiles, sobre todo cuando se ven llamados á ocupar un dia el lugar de los fuertes.

Habia nacido en Roma el año de 1802 en el barrio de Ripetta, y como en su niñez fuera muy gordo y colorado, su madre le habia dado el apodo de

bicher-vechio, palabra que en el dialecto romano significa robusto, de excelente salud.

Con los años el vigor del niño se aumentó al llegar á ser hombre, y de esto solo se vanagloriaba Brunetti. Cuando yo le conocí en 1849, tenia una barba rubia, que blanqueaba ya un tanto, el pelo largo y rizado, el cuello fuerte y corto, el pecho ancho: su estatura era alta, y su porte franco.

Jamás entró en su casa un desgraciado, que saliera con las manos vacías, y nadie llegó á ver su nombre escrito en las listas de suscritores que mas fama dan á los suscritores que alivio á los desgraciados.

Durante las inundaciones del Tíber tan frecuentes en Roma, Brunetti era siempre el primero que se trasformaba en barquero para llevar víveres y dar consuelo á sus compatriotas encarcelados por las aguas del rio. Este valiente me adoraba; así es que cuando me hacian falta tiradores para proteger á los oficiales de ingenieros, con solo hacerle una seña, me traia dos, tres y cuatrocientos hombres. Mil veces le entregué libramientos contra el ministerio, pero nunca cobró ni uno solo.

Cuando salí de Roma, me siguió con sus dos hijos y desembarcó á la par de Ugo Bassi conmigo en

Messola, tomando despues con sus dos hijos una direccion opuesta á la mia.

En su debido lugar contaré el martirio que sufrió Brunetti como padre y como ciudadano.

Tambien he hablado dos ó tres veces de nuestro capellan Ugo Bassi, al que voy á consagrar algunas páginas, justamente merecidas, especialmente en la tarde y la noche de una batalla que habia puesto á prueba su sin par piedad.

Para nuestros heridos, Ugo Bassi, jóven, hermoso y elocuente, era en persona el ángel de la muerte. Reunía á la vez á la ingenuidad del niño, la fe del mártir, la ciencia del sabio y el valor sosegado de un héroe.

Su padre era bolonés, y su madre griega como la de Andrés Chénier; se llamaba José, pero al hacerse barnabita habia tomado el nombre de Ugo, recordando sin duda á nuestro poeta popular Ugo Foscolo.

Era pues de raza latina y griega, las dos razas mas nobles é inteligentes del mundo. Tenia el pelo castaño, rizado naturalmente; los ojos brillantes como el sol, ora apacibles, ora ardientes; la boca siempre con una sonrisa; el cuello blanco y largo; los miembros robustos; el corazon entusiasta por la gloria y el peligro; el carácter suave; el talento

distinguido y vivo; y habia nacido á la vez para vivir en medio de las religiosas contemplaciones del anacoreta y las arrebatadoras sensaciones del apóstol.

Sus estudios no fueron para él un trabajo penoso, fueron una conquista, y se familiarizó fácilmente con la literatura, las ciencias y las artes. Sabia de memoria todo el poema de Dante, fuente de toda ciencia, y en seis meses aprendió el griego. Hablaba latin como su lengua propia y hacia versos en el género de los de Horacio. Escribia correctamente el francés y el inglés, y en medio de la lucha llevaba siempre consigo obras de Shakespeare y de Byron, de modo que el gran trágico y el célebre poeta de Inglaterra muerto en Myssolunghi, podian contar los patrióticos latidos de su ardiente corazon.

Era además pintor y músico.

Lo mismo que yo, Ugo Bassi habia tenido fe en el papa Pio IX.

Al suceder Pio IX á Gregorio XVI habia dado una amnistía y prometido varias reformas, y así es que los Italianos le adoraban, y los extranjeros y hasta los príncipes de Italia le querian y admiraban.

El 25 de marzo de 1848 principió la cruzada en Roma, y todo parecia anunciar que la Italia proyectaba su union general.

El camino que siguió la nueva idea fué de triunfos, y de las mas lejanas comarcas acudieron á Roma los pueblos latinos en busca de la feliz noticia, que llevaban á lo lejos, de que para la Italia habia llegado el dia de la resurreccion, y que el pueblo, á costa de trabajo y de sangre, iba por fin á ser libre.

Ugo Bassi se encontraba á la sazón en Ancona predicando en cuaresma. La primera legion de voluntarios llegó, y Ugo la arengó en medio de la plaza, y hablando del estado desastroso en que se encontraban sus armas y sus avíos, idealizó con su arrebatadora elocuencia la miseria de que nuestros enemigos se burlaban.

Dos dias despues se unió á la cruzada popular y marchó con ella en calidad de segundo sacerdote de los voluntarios romanos.

Bassi y su amigo Gavazzi eran la providencia del ejército. Con su elocuencia inspiraban á los Italianos no solamente el amor de su patria, sino tambien movian á las personas mas opuestas á nuestras ideas á ofrecernos abundantes y ricos auxilios.

Bassi hizo en Bolonia milagros, de tal modo que los ricos daban dinero con profusion, y las mujeres sus joyas, sus pendientes y sus sortijas.

Una jóven, no teniendo nada que darle, se cortó sus hermosos cabellos y se los ofreció despues.

Bassi habia asistido á todas nuestras batallas y nuestras luchas, y estuvo en Courcida, en Trevisa y en Venecia.

Hermana de la caridad, apóstol, intrépido soldado, todo lo era Ugo; y especialmente en la batalla de Trevisa, donde murió su amigo y compatriota el general Guidotti, dió á conocer las altas virtudes de su corazon. Una bala le mutiló la mano y el brazo izquierdo, abriéndole en el pecho una ancha herida. Pálido aun, y sufriendo horribles dolores, tomó parte en la accion de Mestre, durante la cual subió el primero al asalto del palacio Bianchini, llevando en vez de armas una bandera italiana.

Bassi acompañó á la legion italiana en todas sus peregrinaciones, fascinando con su elocuencia á los habitantes todos. Si Dios hubiera puesto fin á los padecimientos de la Italia, la voz de Bassi, como en otro tiempo la de san Bernardo, hubiera arrastrado al campo de batalla á todos los pueblos.

Si un día la Italia llega á unirse, quiera Dios devolverle la elocuencia de un Ugo Bassi!

Cuando Roma fué vencida, cuando no me quedó mas que el destierro, el hambre y la miseria, Ugo se unió á mí sin vacilar, y me acompañó.

Le recibí en mi barca en Cesenatio y disfrutó

conmigo de la última sonrisa del destino, la postrimera sonrisa.

En la barca que guiaba yo mismo iban Anita, Ugo Bassi, Ciecer Vacchio con sus dos hijos. Todos han muerto ya! ¡Cuál ha sido su muerte! ¡O víctimas sagradas, yo contaré vuestro martirio!

El nombre de Ugo Bassi será el dia de la venganza el grito de guerra de los Italianos.

Pero me he separado mucho de mi narracion, y es hora de volver á hablar del sitio de Roma.

XVI.

EL SITIO.

La noche del 4 de junio, mientras nuestros adversarios fingían un ataque por la puerta de San Pancracio, se abrió una trinchera á 300 metros de la plaza y se establecieron dos baterías de á diez y seis, una á cien metros detrás de la paralela para extender el fuego del bastion n.º 6; otra á la derecha de la paralela, para hacer frente á la batería romana de Pestaccio y de San Alexis. La paralela se apoyaba á la derecha en unas alturas inexpugnables, á la izquierda en la *villa* Pamphili.

Al despuntar el día, mandé llamar á Manara, y le rogué que dejase el mando de coronel de los bersaglieri, para tomar el grado de jefe de mi estado mayor. Era esto exigirle un inmenso sacrificio, pero nadie mejor que Manara podía desempeñar aquel cargo. Estaba dotado de un valor ejemplar, de una rara tranquilidad de alma en medio del peligro, de un gran tacto militar, y había conseguido que sus bersaglieri fueran los soldados mejor disciplinados de todo el ejército. Hablaba cuatro idiomas, y su

aspecto tenía además la dignidad necesaria en los altos grados. Aceptó mi proposición.

Mi estado mayor se componía de los mayores Cenni y Bueno, de los capitanes Caroni y David, de dos valientes oficiales franceses llamados Pilhés y Laviron; del capitán Cecoadeli, que en España y en África había merecido la cruz de España y la legión de honor; de Siseo y de Staguetti, que en Palestina mandaba á los emigrados; del teniente de caballería Gili, del correo Giamzuzzi, y por último del capitán Cessi, miembro de la cámara.

Manara organizó en primer lugar el estado mayor en su interior, y todos querían vivir conmigo en la *villa Savorelli*.

Desde allí descubríamos todo cuanto pasaba en los campos vecinos.

Verdad es que el momento no era oportuno para distraerse, pues como el enemigo sabía que mi cuartel general estaba en la *villa Savorelli*, lanzaba balas y granadas, todo contra mí. Especialmente cuando subía á una azotea que dominaba á todas las demás casas, el asunto se ponía algo serio. Era verdaderamente una lluvia de balas, y jamás he presenciado una tempestad con tan grandes silbidos. La casa sobre la que llovían los proyectiles, temblaba como sacudida por un terremoto.

De vez en cuando, para dar trabajo á los artilleros y á los tiradores franceses, mandaba que me trajesen el almuerzo á la azotea, que estaba solo defendida por un parapeto de madera. Entonces, os lo aseguro, principiaba una música agradable, que me ahorraba llamar la del regimiento.

Fué todavía mucho peor cuando algun oficial bromista del estado mayor tuvo la humorada de enarbolar en el pararrayos de la azotea una bandera con estas palabras escritas en gruesos caracteres:

— ¡Buenos días, cardenal Oudinot!

Al cuarto ó quinto día de proporecionar esta distracción á los artilleros y tiradores franceses, me hizo una visita el general Avezzana, y encontrando que las ventanas del salón estaban algo bajas, me preguntó si no había en la casa un lugar mas elevado desde el que pudiera examinar el campo.

Le hice subir á la azotea.

Los Franceses quisieron sin duda hacerle honor, pues apenas llegamos, principió de nuevo la música.

El general examinó con mucho despacio las avanzadas del enemigo, y bajó despues de la azotea sin decir una palabra.

Al día siguiente encontré la azotea defendida por sacos de tierra.

Pregunté entonces quién había dispuesto que se pusieran allí los sacos, y me dijeron que el ministro de la Guerra.

Era imposible oponerse á una órden del ministro de la Guerra.

Este empeño de los artilleros franceses en acribillar á balazos mi pobre cuartel general nos proporcionaba de vez en cuando escenas sumamente divertidas.

Cierta día, el 6 ó el 7 de junio si mal no recuerdo, vino á verme á la hora de comer mi amigo Vecchi, á la vez actor é historiador del drama que estábamos representando. Como tenía convidados, había mandado traer la comida de Roma en un cajon de hoja de lata. Conocí que nuestros manjares excitaban el apetito de Vecchi, por cuya razon le invité á comer con nosotros. El general Avezzana y Constantino Rita formaban parte de los convidados. Nos sentamos sobre el suelo en el jardin, porque las balas y granadas hacían temblar la casa de tal modo, que si hubiéramos querido comer en la mesa habríamos necesitado un aparato semejante á los que se usan en los buques en tiempo borrascoso. Mientras estábamos comiendo, cayó de repente una bomba á un metro de distancia: todo el mundo se levantó, y Vecchi se disponia á imitar á los

demás; pero asiéndole yo por el puño, le hice permanecer en su sitio. Vecchi era miembro de la Asamblea.

— Padre conscripto, le dije riéndome, permaneced en la silla curul.

La bomba veventó, como era de esperar, hácia el lado opuesto á nosotros, y la diversion solo nos costó el vernos cubiertos de polvo, igualmente que nuestra comida.

Vecchi había tenido razon al aprovecharse del convite con que le había yo brindado, porque nosotros no comiamos todos los dias. De vez en cuando el marmiton de la fonda, atemorizado por el estruendo de los morteros franceses, y por las descargas de los cazadores de Vincennes, y especialmente por los cadáveres que encontraba en las calles, se quedaba en el camino. Entonces un cualquiera se apoderaba de nuestra comida, y así es que llegó un dia en que uno de mis soldados llamado Casanova tuyo que guisarme á las tres de la mañana unos macarrones, porque durante 48 horas solo había tomado una taza de café con leche y dos ó tres botellas de cerveza.

Pero especialmente á Vecchi le sucedian á menudo percances como el que acabo de contar.

Hacia ya dos dias que estaba de guardia avanzada

en el viñedo Castabili, uno de los casinos que teníamos en las inmediaciones de la *villa Corsini*, cuando vino una vez y me encontró en la mesa. Los señores artilleros tenían entonces la bondad de darme un momento de descanso. Había ante mí un *risotto* de los mas apetecibles : le mandé sentarse á mi lado y le ofrecí mi comida.

Mas al irse á sentar, Manara le detuvo :

No te sientes, Vecchi, le dijo, que hace ya tres dias seguidos que los oficiales convidados por el general son muertos sin tener tiempo siquiera para hacer la digestion.

Con efecto David, Rosa y Panizzi habian sido muertos, como Manara decia; pero el olor del *risotto* fué mas fuerte que la amenaza de Manara.

— Justamente, dijo Vecchi, esto está conforme con una prediccion que me han hecho.

— ¿Qué prediccion? preguntó Manara.

— En mi infancia, me reveló mi horóscopo una gitana, y me pronosticó que moriria en Roma á la edad de treinta y seis años dejando una gran fortuna.

En 1838, en un viaje que hice á pié desde Nápoles á Salerno, cerca del Arno, corrí á través de un campo de algodón detrás de una gitana de 18 años, empeñado en besar sus lindos ojos. Aunque se

quiso defender con su navaja, opuse á su arma ofensiva otra defensiva, un hermoso escudo de plata. Tomando la moneda, cogió mi mano y murmuró entre dientes que moriria en Roma muy rico á la edad de 36 años. Ya soy demasiado rico para un hombre que va á morir, pero soy tambien fatalista como un mahometano, y lo que está escrito, está escrito. Dadme un poco de *risotto*, mi general.

Nos reimos con la historia de Vecchi, y solo Manara permaneció serio, diciendo al fin :

— Pues mira, Vecchi, no estaré tranquilo hasta que haya pasado el dia.

Y volviéndose hácia mí, me dijo :

— Por Dios, general, no le enviéis hoy á ninguna parte.

Esto le agradó en extremo, porque estaba muy cansado de haber velado dos noches seguidas, y concluida la comida, me pidió permiso para retirarse á descansar.

Si quieres, acuéstate en mi cama, le dijo Manara no sé si con formalidad ó en broma, no quiero que salgas de aquí.

Vecchi se acostó en la cama de Manara.

Al ver yo una hora despues que algunos oficiales franceses ponian sacos de tierra en la trinchera abierta enfrente de nuestro bastion, busqué á un

oficial que dirigiese contra ellos unos cuantos tiradores.

No sé dónde había mandado á toda mi gente, de modo que me encontraba solo.

Entonces me acordé de Vecchi, que estaba durmiendo á mas no poder. Sentia tener que despertarle, pero las granadas hacian en la casa un destrozo horrible. Le tiré de una pierna y abrió los ojos.

— Vamos, le dije, ya hace veinte y cuatro horas que estás durmiendo y ya no hay que pensar en la prediccion de Manara. Escoge una docena de los mas hábiles tiradores, y haz unas cuantas caricias á aquellos picaruelos.

Vecchi, valiente como él solo, no se hizo de rogar, y acompañado de doce bersaglieri decididos, se emboscó detrás de una barricada que estaban levantando los ingenieros bajo la direccion del teniente de ordenanza Porzio.

Rompió un fuego mortífero contra los Franceses, al que contestaron estos con balas de cañon.

Media hora despues, vinieron á decirme : ¿No sabeis lo que pasa, general? el pobre Vecchi ha sido muerto.

Esta noticia me causó un profundo sentimiento, al pensar que yo habia sido causa de su muerte.

Pero al cabo de una hora vi con inexplicable alegría que Vecchi volvía sano y salvo.

— ¿Cómo es eso? le dije; deja que te dé un abrazo. Yo te creía muerto!

— No han hecho mas que enterrarme, me contestó.

— ¿Y cómo ha sido eso?

Entonces me contó que una bala habia destrozado un saco lleno de tierra, que le habia cubierto, y que al vaciarse el saco los que estaban á su lado habian perdido el equilibrio, y cayendo diez ó doce encima de él, le habian enteramente sepultado.

Pero habia sucedido otra cosa mas particular aunque la muerte de Vecchi. La misma bala que le habia enterrado, fué á dar contra la muralla, y de rechazo hirió á un soldado. El pobre jóven, conducido en una camilla, cruzó las manos sobre su pecho, levantó los ojos al cielo y dió el último suspiro.

Cuando se disponian á llevarle al hospital de sangre, acudió un oficial que se precipitó sobre el cadáver y lo cubrió de besos.

El oficial era Porzio, el jóven soldado Colomba era su mujer, que le habia seguido hasta Velletri y combatido á su lado el dia 3 de junio.

Esto me recordó á mi pobre Anita, que tanta

serenidad mostraba en medio del fuego, y que se habia quedado á pesar suyo en Rieti.

Estaba en cinta y solo habia consentido en separarse de mí al hablarle yo del hijo que llevaba en su seno.

El día 7 hubo suspension de ataque en ambos lados, por ser día del Corpus.

El 9 mandé que se hiciera una salida en regla, con el fin de interrumpir las obras avanzadas del enemigo, obras que se prolongaban hácia el segundo bastion de la izquierda, y para llevar á cabo esta operacion fueron llamados los aduaneros y un batallon del quinto regimiento.

Los bersaglieri estaban entonces de servicio en los *casini*, á la izquierda de la via Videllia, y de guardia en los bastiones.

El capitan Rosas, el mismo que al pasar junto á mí en la *villa Corsini* me habia dicho: « Mi general, he pagado mi deuda, » no habia tenido mas que una contusion ocasionada por una bala muerta; y aunque fué bastante fuerte para hacerle al pronto quedar en cama, se levantó al día siguiente y se empeñó en encargarse del mando de la cuarta compañía destinada al segundo baluarte.

Viendo que la guardia de la trinchera causaba bastante daño á los nuestros, Rosas cogió una cara-

bina, y como buen tirador, disparó unos quince tiros, certeros mas de la mitad.

Sus soldados cargaban y él tiraba.

Al ver su acierto algunos cazadores de África, se picaron, y se pusieron á volverle tiro por tiro. Una bala le quitó el sombrero, y entonces él cogiéndole del suelo, lo agitó en el aire gritando: Viva la Italia!

Pero en el mismo instante una bala que le entró por la boca y salió por la nuca, apagó el grito de repente.

Despues de dos dias de continua agonía, espiró.

El día 10 de junio habia yo recibido aviso del general Roselli para que tomase el mando de la mitad del ejército romano, con el fin de hacer una gran salida contra el enemigo.

Se debia verificar por la puerta Cavalleggieri, y era su objeto el de volver á apoderarse de las *villas Pamphili* y *Valentini*.

El general Avezzana, ministro de la Guerra, me relevó en el mando de la línea de San Pancracio, y yo me dirigí con la legion italiana y el regimiento de los bersaglieri hácia la plaza del Vaticano, donde debia completarse el cuerpo destinado á esta importante operacion, con los regimientos *Pari* y *Mari* y con la legion polaca.

Pasé revista á caballo á todos los cuerpos, y llamando á parte á los comandantes, les comunicué el objeto de aquella tentativa y el modo que yo tenia de comprender el ataque.

En seguida dí el santo y seña, y mandé que se distribuyeran las municiones para estar preparados al combate, y mientras tanto los soldados, fijos los ojos en la luna, se burlaban de ella, injuriándola á causa de la lentitud con que continuaba su marcha.

Para evitar los inconvenientes propios de las expediciones nocturnas, en las que confundiéndose amigos y enemigos, se matan unos á otros, mandé que los soldados se pusieran las camisas encima del uniforme. Esta medida excitó la hilaridad de los soldados, al ver en qué estado se hallaba la ropa interior de algunos de ellos.

A las diez de la noche se abrió la puerta, y la legion polaca á las órdenes de Hoffsteller, que ha dejado un excelente diario del sitio de Roma, salió haciendo la vanguardia. Iba detrás la legion italiana mandada por el coronel Manara, y en seguida los regimientos de bersaglieri, Pari y Mari.

Este último mandaba la retaguardia.

Apenas habíamos salido fuera de puertas, cuando conocí que habia tomado una medida inútil haciendo poner las camisas sobre los uniformes, pues se

divisaba á mis soldados como si fuera de dia : con cien pasos que hubieran andado, habrian creido los Franceses que iban á ser atacados por un ejército de fantasmas.

Mandé que se quitaran las camisas, y como era natural, ni un solo soldado se dió el trabajo de ponerse.

Me dirigí hácia el flanco de la legion italiana, cuando varios soldados que llevaban una escala, quisieron, al pasar cerca de una *villa*, cerciorarse de que estaba realmente abandonada, como lo parecia. Colocaron la escala en una de las ventanas del primer piso, y el regimiento se detuvo esperando el resultado del reconocimiento, y mientras tanto la vanguardia continuó su camino.

Cinco ó seis hombres subieron por la escala.

De repente se rompió un escalon bajo los piés del que estaba mas alto, y cayendo este sobre el segundo, y este sobre el tercero, todos con gran estrépito vinieron á tierra. Al caer se dispararon dos fusiles.

La vanguardia, mandada por Hoffsteller y por Sacchi, dos de mis mas valientes oficiales, se creyó sorprendida por los Franceses, á quienes iba á sorprender, y sobrecogida de un terror pánico se dispersó detrás de Hoffsteller y Sacchi, que quedaron aisla-

dos con unos veinte hombres, y corrió desafortadamente hacia nosotros, echando por tierra cuanto encontraba en su camino. Manara intentó pararlos, pero fué todo inútil. Entonces me arrojé en medio de ellos sacudiendo á derecha é izquierda con mi látigo de gaucho. Nada bastó, y estoy seguro de que todos hubieran entrado en Roma al mismo paso si los bersaglieri, á cuya cabeza estaban dos jefes de batallon y el capitan Ferrari, no hubieran presentado las bayonetas á los fugitivos.

Después de tanto ruido y desorden, era de suponer que los Franceses estuviesen alarmados. Fué pues preciso renunciar á la empresa.

En cuanto á mí, estaba ya cansado de sacudir golpes á toda aquella canalla, y me dirigí á Roma, diciendo á Manara: « Amigo, hemos hecho mal en no poner tus valientes bersaglieri en la vanguardia. »

Los bersaglieri eran en efecto hombres extraordinarios, que debían enorgullecer, y así sucedía, al coronel Manara. Cada vez que le pedía un destacamento de sus soldados, tenía él costumbre de decirme:

— « Cuarenta hombres decididos para una expedición, en la que la cuarta parte será muerta, y otra cuarta parte herida. »

El regimiento todo era tan brillante que para no excitar celos era menestar sacar los soldados por suerte.

El 12 al medio día, mientras que un batallon del regimiento de la Union estaba haciendo un trabajo de aproximacion en los viñedos de la izquierda de la via Vileya, los Franceses intentaron impedirles su ejecucion. Los mayores Lauzi y Panizzi hicieron al punto tomar las armas á los operarios y al cuerpo de guardia y con una temeridad increíble se lanzaron sobre el parapeto de la paralela francesa, siendo recibidos con un fuego horroroso. Panizzi cayó herido mortalmente. Pietro Laudi se puso entonces á la cabeza de sus boloneses, pero pronto con igual suerte que su compañero, cayó en tierra herido en el brazo y en el pecho. Los demás soldados, á cuya cabeza estaba el oficial Meloni, no cejaban, y aunque sin fuerzas para sostener el ataque, gritaban desafortadamente: « Viva Italia! » animando de este modo á sus compañeros.

El regimiento de la Union combatió en este día con un valor digno de admiracion. Para no perder tiempo en cargar sus armas, herian ya con la bayoneta, ya con la culata de sus fusiles; y algunos, semejantes á los Ayaces y á los Diomedes de la Iliada, lanzaban piedras contra sus adversarios.

Tal era la exacerbacion, que el capitán polaco Very, que ostentaba varias cruces sobre el pecho y entre ellas la Legion de honor ganada en África, de pié sobre la harricada, señalando en su pecho, gritaba : Aquí, tirad aquí sobre la Legion de honor.

Una bala le hirió en la cabeza.

— Mas abajo ! exclamó, mas abajo, mal tirador.

Otra bala le alcanzó. Le llevaron fuera del combate, al que volvió de nuevo. Mas tarde murió en Grecia.

Presencí este acto de valor desde mi azotea, y aunque no soy pródigo de elogios, de lo que me harán justicia cuantos me conozcan, creí de mi deber dar parte al gobierno de aquel acto.

El 14 de mayo por la mañana, si no me engaño, porque escribo de memoria y puedo equivocarme, almorzamos en la *villa Spada*, en un cuarto del tercer piso, en compañía de Sacchi, Bueno y Cocculi. Estábamos en mangas de camisa, y yo me encontraba algo preocupado por haber condenado á muerte á uno de nuestros oficiales, napolitano de nacion, que poseído por el miedo, habia abandonado de noche su puesto. De pronto oimos pasos en el corredor ; la puerta se abrió, y no pude contener una exclamacion al ver á Anita que venia á reunirse conmigo acompañada de Orrigoni.

Mis amigos, reconociendo á mi mujer, se pusieron sus levitas y nos dejaron solos.

— ¿Sabeis, general, en qué se ha entretenido al venir desde la *Carozze* aquí? me preguntó Orrigoni.

— No.

— En detenerse junto á San Pedro in Montorio á examinar las baterias francesas. Mirad, estamos cubiertos del polvo que las balas de rechazo contra la muralla han levantado. Al decir la yo : « Vámonos, es inútil que nos hagamos matar aquí, » me ha contestado ella : « Amigo mio, ¿no os parece que para ser católicos los Franceses, ponen en buen estado las iglesias? »

¡ Querida Anita ! La estreché contra mi corazón, pareciéndome que todo iba á salir ya segun mis deseos.

Mi ángel custodio estaba á mi lado.

Sentí mucho no poder acceder al primer ruego de Anita, que me pidió el perdon del oficial napolitano : un castigo ejemplar era necesario.

Ya que no podia recompensar el valor admirable de Médici en Vascello, era preciso castigar la cobardía del cobarde.

El oficial fué fusilado.

XVII.

LA SORPRESA.

El 13 de junio habian dado los Franceses principio á un terrible bombardeo, y siete baterías despedían un fuego continuo, batían en brecha el frente derecho del tercer bastion de la izquierda, el lienzo de pared y el frente izquierdo del segundo bastion. Las demás baterías apuntaban hácia las *villas* Spada y Savorelli, que amenazaban ruina de un momento á otro, de tal modo que el dia veinte tuve que trasportar con harto dolor mio mi cuartel general al palacio Corsini.

Pero estaba tan lejos de las murallas que no podia permanecer allí.

Tambien es verdad que esperaba estar mucho mas tranquilo.

Médici, á quien llamábamos el incansable, atacado todos los dias por el enemigo, tenia todos los dias que rechazar los continuos ataques, y solo así conservaba su *Vascello* y sus *casini*.

Nunca podré decir bastante en su elogio, puesto que jamás supe cómo se arreglaba para obtener tal éxito.

El 20 de junio se hallaban ya abiertas tres brechas á pesar de todos los esfuerzos que habíamos hecho Manara y yo para impedir el estrago de los proyectiles.

Por lo demás, yo me regocijaba pensando en el día del asalto : nuestros adversarios eran dignos de nosotros, y ya les habíamos probado, á pesar de cuanto haya dicho el general Lamoricière, que los Italianos sabian batirse en regla. Esperaba yo enseñarles todavía lo que era un golpe de cuchillo y de puñal.

El 21 por la tarde, estaba de guardia el segundo batallon de la Union en el bastion de la izquierda con objeto de defender la brecha abierta por el enemigo, con dos compañías del tercer regimiento que debian ser relevadas, si bien continuaron su servicio hasta la mañana siguiente para defender mejor el tercer bastion de la izquierda.

La primera y la quinta compañía de los bersaglieri estaban de servicio en el *Vascello*, la sexta y la séptima de guardia en las avanzadas de la izquierda, fuera de la puerta de San Pancraccio, desde donde se extendian nuestros centinelas á la derecha

hasta los muros del casino, cerca de la paralela francesa.

Este servicio era de mucho peligro, y solo se hacia durante la noche. Poco rato antes de amanecer, la guardia de noche volvia dentro de los muros.

Coloandro Baroni, lombardo de nacimiento y mayor de los bersaglieri, tenia á su cargo la vigilancia exterior de esta línea, y el coronel Rossi el servicio de ronda mayor en el interior.

Despues de colocar las avanzadas el mayor Baroni se ocupaba en dar sus instrucciones á los capitanes Stambio y Morandoli, cuando á eso de las once de la noche se oyó del lado de los bastiones n^o. 2 y 3, un ruido semejante á una cosa que se rompe.

Algunos tiros de fusil siguieron al ruido, y despues todo volvió al silencio de la noche.

¿Qué habia sucedido?

Los Franceses se habian presentado de repente delante de la brecha, mas no como enemigos que suben al asalto, sino como soldados que relevan á una guardia. ¿De dónde salian? ¿Por dónde habian venido? ¿Qué camino habian seguido? Nunca se ha llegado á saber.

Muchos sospecharon una traicion.

El centinela fué interrogado, y solo contestó que

los Franceses habian salido de debajo de tierra, mandándole que huyera inmediatamente.

En la misma noche, el bastion n.º 7 de la muralla que la reunia con el bastion n.º 6, cayó, á pesar de su enérgica resistencia, en poder de los Franceses.

Justamente el día anterior habia yo trasportado mi cuartel general desde la *villa* Savorelli al palacio Corsini. Poco despues de haber ocurrido este suceso, me dió aviso de lo ocurrido Beloc, ayudante mayor del regimiento de la Union.

Confieso que fué grande mi sorpresa, y que como la mayor parte, creí fácilmente en una traicion.

Acompañado de Manara y del capitan Hoffsteller, llegué al lugar del acontecimiento en el instante en que los bersaglieri, siempre dispuestos y decididos, estaban ya reunidos en la calle que conduce á San Pancracio.

La legion italiana que habia recibido aviso, me seguia á paso de carga, y detrás iban dos compañías del coronel Sacchi.

Sacchi mandó al momento á una de ellas á reconocer el terreno; pero apenas habia llegado al segundo bastion, se vió obligada, á causa del gran número de Franceses, á retirarse á la casa Gabrielli.

La terrible noticia habia ya eundido por la ciu-

dad. El triunvirato, instruido del suceso, hizo tocar á rebato, y entonces de todas las casas salieron los habitantes y en un momento las calles se llenaron de gente.

El general en jefe Roselli, el ministro de la Guerra, todo el estado mayor y tambien Mazzini acudieron al Janiculo.

El pueblo todo armado nos rodeaba, pidiendo que se echase á los Franceses fuera de las murallas.

El general Roselli y el ministro de la Guerra eran de la misma opinion, pero yo me declaré en contra.

Temia que la multitud sembrase la confusion en las filas, que no se hicieran con toda regularidad los movimientos, y que se apoderase de la gente un terror pánico, tan natural durante la noche en las personas que no están acostumbradas al fuego, y hasta en las que lo están, como habia sucedido en la noche del 10.

Pedí pues definitivamente que se esperase hasta la mañana siguiente.

Por la mañana se veria con qué enemigo íbamos á pelear, aunque este enemigo fuera la traicion.

Al despuntar el día, toda mi division estaba pronta, reforzada con los regimientos que el general Roselli habia puesto á mi disposicion.

La compañía de los estudiantes lombardos, que formaba parte de la legion Médici, iba de vanguardia.

La legion Médici tenía tambien órden de reunirse á nosotros.

Los cañones de nuestras baterías, vueltos contra los bastiones ocupados por el enemigo, disparaban á la vez desde San Pedro in Montorio, del bastion nº. 8 y desde San Alejo.

Los estudiantes lombardos marcharon los primeros al asalto, y aunque rechazados por el fuego de los Franceses, se precipitaron á la bayoneta sobre la gran guardia y sobre los operarios, obligándoles á reconcentrarse en el casino Barberini.

Los valientes jóvenes llegaron hasta el terraplen del casino.

Pero yo acababa de saber con qué fuerzas teníamos que habérmolas, y ví que otro 3 de junio iba á llevarse la mitad de aquellos hombres que quería como á mis hijos. No abrigaba la menor esperanza de poder arrojar á los Franceses de sus posiciones: iba pues á mandar una lucha sangrienta é inútil.

Roma estaba perdida, mas estaba perdida despues de una grandiosa y heróica defensa. La derrota de

Roma despues de un sitio semejante, era el triunfo de la democracia en toda la Europa.

Además, vivia aun la idea para la que conservaba cuatro ó cinco mil defensores decididos que me conocian, que yo tambien conocia, dispuestos á acudir á mi primer grito (1).

Mandé tocar á retirada, prometiéndoles que á las cinco de la tarde se daría otro asalto, aunque no era mi intencion hacerlo así.

Los estudiantes estuvieron admirables. Solo voy á citar un ejemplo de valor sin igual. Indusio, pintor milanés, fué herido de veinte y siete bayonetazos.

Bertani le salvó la vida, y hoy goza de la mas perfecta salud.

Por lo demás, todo estaba perdido para mí, al menos momentáneamente, no porque los Franceses fuesen dueños de nuestras brechas, pero sí desde el instante en que el partido que sostenia á la República romana y á la Constituyente francesa habia sido vencido.

Suponed que sacrificando á un millar de valientes hubiera arrojado á los Franceses de sus posiciones, como el 3 de junio de las *villas* Corsini y Va-

(1) La campaña de 1859 y la expedicion de Sicilia demuestran que Garibaldi tenia razon.

lentini : lo mismo que el 3 de junio hubieran vuelto á tomar á fuerza de nuevas tropas las posiciones que yo les obligaba á abandonar.

Y en la ocasion presente no tenia las mismas razones para obstinarme en ello.

Apoderándonos de la villa Corsini, podíamos impedir que se acercasen las baterías.

Pero cuando los trabajos para acercarlas estaban ya hechos y las brechas abiertas, ¿quién podía impedir que Roma cayese en manos del enemigo? De seguro, nadie.

Antes de llegarme la noticia de que Ledru-Rollin y el partido democrático habian huido á Inglaterra, cada día que se prolongaba la existencia de Roma era un día de esperanza.

Despues de aquella noticia, la resistencia no era mas que una desesperacion inútil.

Yo creí entonces que los Romanos habian trabajado bastante á la faz del mundo, para no tener necesidad de echarse en brazos de la desesperacion.

Las potencias coaligadas habian encerrado á la República romana, esto es á toda la democracia de la península, en la antigua muralla de Aureliano.

Tan solo nos faltaba romper el círculo en que nos

encontrábamos, y llevar, como Escipion, la guerra á Cartago.

Para nosotros, Cartago era Nápoles.

Un día, así lo espero, nos encontraremos allí frente á frente el despotismo y yo.

Dios haga que este dia no se halle lejos.

CONCLUSION.

Por lo demás, los Franceses nos habian sorprendido, pero no vencido.

A doscientos pasos detrás de las murallas se encuentra el antiguo recinto Aureliano, que mandé fortificar lo mejor que fué posible. Habia abandonado la idea de un asalto, mas no por eso queria dejar de defender el terreno paso á paso.

Se colocó una batería de siete piezas de artillería sobre el bastion n°. 8, haciendo algunas obras para protegerla contra el fuego del enemigo.

El 23 por la mañana comenzó á hacer fuego, y ayudada por las baterías de San Alejo y de San Pedro in Montorio, cruzaron de tal modo sus fuegos contra la brecha, que los Franceses se vieron obligados á abandonar sus trabajos. ®

Cuando los oficiales de los ingenieros franceses se apoderaron de la brecha, intentaron establecer en la muralla de los baluartes 6 y 7 una batería de ca-

14.
UNIVERSIDAD DEL NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1920. 1625 MONTERREY, MÉXICO

ñones. Nosotros debíamos impedir que lo llevaran á efecto.

De aquí los esfuerzos increíbles de los Franceses y nuestra obstinada oposicion.

La noche del 23 establecieron ellos sus baterías; y el 24 por la mañana, maltratados por nuestros cañones, tuvieron que cerrar las troneras. Entonces pensaron en construir otras dos baterías en los bastiones 6 y 7, desde donde podian destruir la batería de San Pedro in Montorio, defendida por mi legión.

Mientras tanto, el general Oudinot para demostrar, como lo habia dicho en sus boletines, cuán grande era el culto que profesaba á la ciudad monumental, bombardeaba sin cesar desde el 21 todos los barrios de Roma, y especialmente por la noche empleaba este medio de inspirar el terror. Muchas bombas cayeron en el barrio Transtiberiano, muchas tambien en el Capitolio, algunas en el Quirinal, en la plaza de España y en el Corso. Una de ellas cayó sobre el templo que encierra el Hércules de Canova, pero la cúpula resistió; otra reventó en el palacio Spada estropeando el célebre fresco de la aurora de Guido Reni; otra por fin destruyó el capitel del magnífico templo de la Fortuna viril, obra maestra del arte, que los siglos han respetado.

El Triunvirato ofreció á las familias del pueblo, cuyas casas habian sido destruidas, un asilo en el palacio Corsini.

La conducta del pueblo romano en aquellos dias de prueba fué digna de los tiempos antiguos. Mientras que por la noche, perseguidas por la lluvia de proyectiles que destrozaba los tejados de sus casas, huian las madres llevando á sus hijos apretados contra el pecho; mientras que en las calles se prolongaban los gritos y tristes quejidos, ni una sola persona se acordó de rendirse.

En medio del estrépito, cuando una granada destrozaba alguna casa, se oia de vez en cuando un grito burlon que decia: «¡Bendicion del Papa!»

Las repetidas descargas de nuestros cañones durante los dias 25, 26 y 27 de junio, hicieron callar las baterías construidas por los Franceses en la muralla y en los bastiones que ocupaban; pero otras dos baterías francesas, una colocada en el bastion n.º 6 y otra fuera de las murallas, rompieron el fuego contra nuestras baterías de San Alejo y de Santa Sabina. Además otras dos levantadas, una en la muralla y otra en el bastion n.º 7, rompieron á su vez el fuego contra la nuestra de San Pedro in Montorio.

Una quinta batería de brecha, colocada al pié del

bastion nº. 7 y al abrigo de nuestro fuego, dirigió sus descargas hácia el flanco del bastion nº. 8; una sexta batería puesta delante de la iglesia de San Pancracio, descargaba sobre el bastion nº. 8 y mi cuartel general de la *villa* Savorelli; y por último la séptima, colocada delante de la *villa* Corsini, tiraba á la vez contra la puerta de San Pancracio, contra la *villa* Savorelli y contra la muralla Aureliana.

Nunca he visto tan atroz tempestad de llamas, ni semejante lluvia de metralla.

Nuestros pocos cañones estaban, por decirlo así, sofocados.

Y sin embargo, debo decirlo en elogio de Médici, el *Vascello* y los *casini* estaban todavía ocupados por nosotros.

El sitio solo del *Vascello* sería digno de un historiador.

La tarde del 28, las baterías francesas descansaron un momento para tomar aliento, pero el día 29 comenzaron de nuevo con mas ardor.

Roma estaba aterrorizada; el día 27 habia sido horroroso, y nuestras pérdidas casi iguales á las del 3 de junio. Las calles se hallaban cubiertas de hombres mutilados; y así que los operarios cogian las palas ó los azadones, llegaba una bala ó una bomba que los destrozaba.

Todos nuestros artilleros, todos, lo podréis creer, habian sido muertos al pié de sus cañones, y reemplazados en su servicio por soldados de línea. Toda la guardia nacional estaba sobre las armas, y tambien unos cuantos heridos ensangrentados hacian el servicio de reserva.

Durante aquellos dias, ¡contraste admirable! la Asamblea, impasible en el Capitolio, deliberaba bajo las balas y granadas.

Mientras nuestros cañones permanecieron sobre sus cureñas, no dejaron de contestar al enemigo, pero al fin el 29 por la tarde el último cañon fué desmontado.

Nuestro fuego cesó.

La brecha abierta en el bastion nº. 8 era practicable.

La muralla de la puerta de San Pancracio y el bastion nº. 9 amenzaban ruina.

La noche del 29 extendió pues sobre Roma su tenebroso manto, privándonos de claridad para poder reparar nuestras brechas. La artillería francesa continuó sus descargas toda la noche.

Fué una noche horrorosa: la tempestad del cielo unió su furia á la de la tierra; retumbaba el trueno, cruzábase el relámpago con las bombas; y el rayo

cayó en dos ó tres partes como para consagrar la ciudad santa.

A pesar de ser la festividad de San Pedro, ambos ejércitos continuaron la lucha mortal.

Al empezar la noche, como todo el mundo esperaba que el enemigo atacaría en medio de las tinieblas, la ciudad entera fué iluminada, y lo mismo la gran cúpula del Vaticano.

Por lo demás, las noches de San Pedro suele haber iluminacion en Roma.

El que hubiera en aquella noche fijado su vista en la ciudad eterna, habría contemplado un espectáculo que solo se presenta á los ojos del hombre una vez en el trascurso de los siglos.

A sus piés hubiera visto un valle inmenso sembrado de iglesias y de palacios, dividido por la corriente del Tíber que parecia un Flegeton; á la izquierda el monte Capitolio, en cuya torre ondeaba la bandera de la República; á la derecha la silueta sombría del monte Mario, donde se agitaban unidas las banderas de los Franceses y del Papa. En el fondo hubiera contemplado la cúpula de Miguel Ángel, que se erguia en medio de la noche coronada por mil luces, y por último, como marco de este cuadro, el Janículo y toda la línea de San Pancracio

iluminada tambien, pero por los continuos relámpagos de los cañones.

Y al lado de esto habría sorprendido algo mas grande que el choque de la materia, la lucha del bien y del mal, del Señor y de Satanás, de Ariman y de Orman; la lucha de la soberanía del pueblo y del derecho divino, de la libertad contra el despotismo, de la religion de Cristo contra la religion de los Papas.

A media noche, se despejó el cielo, y acallándose los cañones y los truenos, el silencio sucedió al infernal estrépito.

Silencio durante el cual se aproximaron los Franceses cautelosamente á las murallas y se apoderaron de la última brecha abierta en el bastion nº. 8.

A las dos de la madrugada se oyeron tres cañonazos disparados á igual distancia.

Los centinelas gritaron á las armas, resonaron las cornetas, y los bersaglieri, siempre infatigables y prontos, salieron de la *villa* Spada y acudieron á la puerta de San Pancracio, dejando en la *villa* dos compañías de reserva. Nos metiamos hasta la rodilla en los lodazales.

Me puse á la cabeza de los bersaglieri con la

espada desnuda, entonando el himno patriótico de Italia.

Confieso que en aquel momento, completamente desesperanzado, no abrigaba mas que un deseo, el de hacerme matar.

Me lancé con los bersaglieri sobre los Franceses.

Lo que sucedió, yo no lo sé.

— Hé aquí como el historiador Vecchi, uno de los mas valientes defensores de Roma, describe aquel combate :

« Estábamos encerrados en la *villa Spada*, donde sosteníamos un fuego horrible de mosquete y de carabina. Principiaban ya á faltarnos las municiones, cuando llegó el general Garibaldi con una columna de legionarios y con unos cuantos soldados del sexto regimiento de línea, mandados por Pari. Garibaldi venia decidido á dar el último golpe, no para salvar á Roma, sino para defender su honor. Reunidos á nuestros compañeros, nos lanzamos sobre la brecha, hiriendo con las lanzas, las espadas y las bayonetas, porque carecíamos de pólvora y de balas. Aterrados de pronto los Franceses por nuestro enérgico ataque, retrocedieron al principio, volviendo en mayor número despues. Al mismo tiempo la artillería apuntándonos, se nos llevaba filas enteras. El recinto Aureliano fué to-

mado y vuelto á tomar. No se podia andar sino hollando cadáveres ó heridos. En esta noche ví á Garibaldi mas grande que nunca, mas grande que jamás le viera nadie. Su espada era el rayo, y á cuantos heria caian muertos. Con la sangre del uno lavaba la sangre del que le habia precedido, y se hubiera dicho que era Leonidas en las Termópilas, Ferruccio en el castillo de la Gavinova. Temía verle caer de un momento á otro. Mas no fué así, y permaneció en pié como la estatua del destino. »

Durante algunas horas me batí sin descanso, y cuando rompió el dia me encontré cubierto de sangre.

No tenia la mas leve herida, parecia un milagro. En esta accion fué donde el teniente Morosini, jóven que aun no tenia veinte años, se batió como un héroe, y fué muerto, no queriendo rendirse.

En medio de la sangrienta lucha, recibí un mensaje de la Asamblea, invitándome á ir al Capitolio.

A esta órden debo la vida; si no la hubiera recibido, me habria hecho matar.

Al dirigirme con Vecchi, miembro de la Constituyente, hácia la *Longara*, supe que mi pobre negro Aguyar habia sido muerto.

Mientras que me guardaba un caballo de reserva, recibió un balazo que le atravesó la cabeza.

Sentí un inmenso dolor al pensar que mas que á un criado, habia perdido á un amigo.

Mazzini habia ya anunciado á la Asamblea el estado en que nos encontrábamos.

El mismo dijo que solo nos quedaban tres partidos que tomar: — tratar con los Franceses; defender la ciudad de barricada en barricada, ó salir de la ciudad reunidos el triunvirato, la asamblea y el ejército, llevando consigo el palladium de la libertad romana.

Al llegar yo á la puerta del salon, todos los diputados se levantaron y me colmaron de aplausos.

Busqué entonces á mi alrededor y sobre mí mismo qué cosa podia despertar de tal modo su entusiasmo.

Ví que estaba cubierto de sangre, con el traje todo agujereado por las balas y las bayonetas. Mi sable, doblado á causa de los muchos golpes que habia sacudido, entraba solo hasta la mitad en la vaina.

Todos exclamaron: «A la tribuna! á la tribuna!»

Subí sin vacilar.

De todos lados se me hacian mil preguntas, á las que contesté por fin: «Toda defensa es ya imposible, á menos que no queramos hacer de Roma una segunda Zaragoza. El 9 de febrero propuse una dictadura militar, en la creencia de que ella sola podia poner en pié cien mil hombres armados. Los elementos subsistian todavia, pero era preciso buscarlos, y se hubieran encontrado en un hombre valiente, pero en aquellos momentos la audacia fué desoida y los recursos momentáneos fueron atendidos. No quise insistir mas tiempo en mi idea, y únicamente cedí porque la modestia así me lo mandaba; pero estoy seguro de ello, aquel hombre valiente, hubiera sido yo. Falté en esto al principio sagrado que idolatro con todo mi corazon. Si me hubieran escuchado, el águila romana se habria de nuevo colocado sobre las torres de la capital; y ayudado de mis valientes soldados que saben morir, esto lo saben todos, hubiera yo cambiado la faz de la Italia. Pero ya no hay remedio para lo que está hecho. Contemplemos con la frente erguida el incendio que no podemos ya extinguir, y salgamos de Roma con los voluntarios armados que quieran seguirnos. Donde quiera que vayamos, Roma irá con nosotros.»

» No puedo comprometerme á nada, tan solo á hacer cuanto esté al alcance de un hombre. La patria, que habia buscado en nosotros un refugio, os lo aseguro, no morirá. »

Mi proposicion, hecha ya por Mazzini, fué desechada.

Hasta Enrique Cernuschi, el valiente Cernuschi, uno de los héroes de las cinco jornadas milanesas, y presidente de la comision de las barricadas, la desechó.

Me sucedió en la tribuna, y con los ojos anegados en llanto, y la voz apagada, dijo :

— « Todos sabeis que soy ardiente defensor de la patria y del pueblo; pero debo decir que solo un obstáculo podemos oponer á los Franceses, y que Roma y sus excelentes habitantes..... (las lágrimas ahogaban su voz)... se han de resignar á que el enemigo lleve á cabo la ocupacion de la plaza. »

Despues de haber deliberado unos momentos, la Asamblea dió el siguiente decreto.

« República romana.

» En el nombre de Dios y del pueblo, la Asamblea constituyente romana deja de oponer al ene-

migo una defensa que es imposible. Está en su lugar.

» El triunvirato queda encargado de la ejecucion del presente decreto. »

QUIEN ME AME, QUE ME SIGA.

El 2 de julio reuní todas las tropas en la plaza del Vaticano, y les dije en alta voz que abandonaba á Roma para llevar á las provincias la revolucion contra los Austriacos, contra el rey de Nápoles y contra Pio IX.

Luego añadí lo siguiente :

« El que quiera seguirme será bien recibido por mi gente; tan solo les exijo que tenga el corazon poseido por el amor á la patria. No tendrá ningun sueldo, ni tampoco quietud; tendrá pan y agua, y esto cuando se encuentre. El que no acepte esta vida, que permanezca aquí.

» Una vez fuera de las puertas de Roma, el que dé un paso hácia atrás, lo dará hácia la muerte. »

Cuatro mil infantes y 500 jinetes acudieron á mi alrededor, las dos terceras partes de los defensores que tenia Roma.

Anita, vestida de hombre, Ciccervacchio, que no podia sufrir la deshonra de su patria, y Ugo Bassi,

hombre santo que aspiraba al martirio, fueron los primeros que acudieron á mi llamamiento.

A la caída de la tarde salimos de Roma por el camino de Tívoli.

Mi corazón estaba triste como la muerte.

La última noticia que me habían dado, era la de que Manara había sucumbido.

*
* *

Hasta aquí llegan las Memorias de Garibaldi. Algun día conseguiré que me proporcione la segunda parte de su vida, como lo ha hecho con la primera. Aquella se reducirá á dos palabras :

Destierro y triunfo.

A. DUMAS.

Siguen algunos pormenores acerca de los muertos, que el doctor Bertani ha tenido la bondad de reunir para entregármelos.

LOS MUERTOS.

LUCIANO MANARA.

El 30 de junio de 1849, á las dos de la madrugada, comenzó, como ya se ha visto en las Memorias del general, el ataque del recinto Aureliano que era nuestra segunda línea de defensa.

Manara volvió á eso de las tres á la *villa* Spada, después de haber establecido sus guerrillas.

El día anterior una bala de cañón, de rechazo contra la pared, había caído en su cama.

Se apartó para hacerle sitio, y dijo riéndose : — « Ya veréis como no tengo la suerte de salir sano y salvo. »

hombre santo que aspiraba al martirio, fueron los primeros que acudieron á mi llamamiento.

A la caída de la tarde salimos de Roma por el camino de Tívoli.

Mi corazón estaba triste como la muerte.

La última noticia que me habían dado, era la de que Manara había sucumbido.

Hasta aquí llegan las Memorias de Garibaldi. Algun día conseguiré que me proporcione la segunda parte de su vida, como lo ha hecho con la primera. Aquella se reducirá á dos palabras:

Destierro y triunfo.

A. DUMAS.

Siguen algunos pormenores acerca de los muertos, que el doctor Bertani ha tenido la bondad de reunir para entregármelos.

LOS MUERTOS.

LUCIANO MANARA.

El 30 de junio de 1849, á las dos de la madrugada, comenzó, como ya se ha visto en las Memorias del general, el ataque del recinto Aureliano que era nuestra segunda línea de defensa.

Manara volvió á eso de las tres á la *villa* Spada, después de haber establecido sus guerrillas.

El día anterior una bala de cañón, de rechazo contra la pared, había caído en su cama.

Se apartó para hacerle sitio, y dijo riéndose: — « Ya veréis como no tengo la suerte de salir sano y salvo. »

A su vuelta había encontrado á Emilio Dandolo muy inquieto, porque decían que Morosini estaba prisionero.

Los dos ignoraban su paradero.

En el mismo instante una bala hirió á Dandolo en el brazo.

— Amigo mio, dijo Manara, parece que tan solo hay balas para ti.

Quitándose entonces el cinturón y la espada, cogió un anteojo y se acercó á la ventana para examinar algunos soldados franceses, que estaban disponiendo la puntería de un cañón.

De repente se disparó un tiro de carabina, y la bala, atravesando dos sacos de tierra, le dió en el vientre en el sitio mismo que hubiera protegido el cinturón, si no se lo hubiese quitado.

Dandolo le vió vacilar, y á pesar de su herida se acercó á él para sostenerle.

— Estoy muerto, dijo Manara, cayendo en tierra; te recomiendo á mis hijos.

Acudió al momento un médico; pero, al verle palidecer, el herido comprendió que no había esperanza.

Pusieron á Manara en una camilla, y en medio del fuego le llevaron sus compañeros á Santa María della Scala. Entonces me vinieron á buscar á la ambulancia *dei Pellegrini*, donde me encontraba yo á la sazón.

Fuí corriendo á su lado.

Él mismo había pedido que le llevasen donde yo estuviera, porque ambos nos profesábamos el mas tierno cariño.

La plaza estaba llena de proyectiles franceses. Una jóven acababa de ser muerta de un balazo en el pecho, que había recibido al asomarse á la ventana. A Vacenna, oficial lombardo, le destrozó una bala de cañón las dos piernas mientras subía junto á mí la escalera de la iglesia.

Venia como yo á ver á Manara.

Un médico que se dirigia tambien hácia la iglesia fué arrojado por una granada de su caballo, que un momento despues cayó herido por la misma granada, encima de él.

Gracias á Dios, llegué sano y salvo.

En el fondo de la iglesia, hácia la derecha junto

á la balastrada, habia una cama rodeada por los oficiales de la legion Manara.

Así que el herido me vió, me tendió la mano, diciéndome con voz débil : ¿es mortal?

Su juventud alejaba de su espíritu toda idea de muerte : el ruido y los atractivos de la vida militar no habian aun podido lograr que se olvidase de los goces domésticos.

Al ver que yo no contestaba, me repitió : « Te he preguntado si mi herida es mortal, contéstame ; » y sin darme lugar á responderle prorumpió en palabras llenas de sentimiento.

Le animé como puede animar un hombre á quien falta valor ; pero Manara conoció que no abrigaba yo esperanza alguna.

Varios médicos se acercaron á él, mas él haciéndoles señas de retirarse, les dijo : « Dejadme morir en paz. »

Su pulso no latia ya casi, sus extremidades estaban frias, su rostro profundamente alterado, y su sangre salia á borbotones de la herida.

Sufria horriblemente.

Sus compañeros me preguntaron lo que opinaba acerca de su estado.

— Todavía le queda una hora de vida, sobre poco mas ó menos, dije á Dandolo.

Entonces este acercó sus labios al oido de su amigo y le dijo : « Piensa en Dios. »

— Ya pienso en él, y mucho, contestó Manara.

Llamó por señas á un capuchino, que se acercó al lecho y que despues de haber escuchado la confesion del moribundo, le dió la absolucion.

A poco rato pidió el viático.

Dandolo procuraba consolarle lo mejor que podia, hablándole de Dios.

Manara le interrumpió para hablarle de sus hijos.

— Inspírales, le dijo, amor á Dios y á la patria.

Despues añadió : « Conduce á Milan mi cuerpo con el de tu hermano. »

Y viendo que Dandolo se anegaba en lágrimas, le dijo : « Sientes mi muerte, ¡ay! yo tambien la siento, amigo mio ; yo tambien siento abandonar la vida. »

Llamó despues á un soldado, que era su ordenanza y á quien habia hecho rabiarse muy á menudo.

— ¿No es verdad que me perdonas? le dijo con una sonrisa.

Despues preguntó á Dandolo si habia noticias de Morosini, el que, segun rumores, estaba prisionero.

Poco antes de morir, se quitó una sortija y poniéndosela á Dandolo, dijo :

— Saludaré á tu hermano en tu nombre.

Volviéndose entonces hácia mí :

— Bertani, me dijo, hazme morir cuanto antes, que sufro demasiado.

Esta fué la última queja que exhalaban sus labios. Cayó en la agonía, y agarrándose convulsivamente á los que le rodeaban, quedó inmóvil y frío sobre su lecho, despues de lanzar el último suspiro.

Puse la mano sobre su corazon, — aun latia, pero muy lentamente.

Su alma habia ya volado al cielo.

Entonces encargué á los frailes que nos rodea-

ban que me preparasen una solucion arsenical para embalsamar el cadáver, pero no se halló arsénico y tuve que emplear sublimado corrosivo para hacer la inyeccion.

El cadáver fué trasportado á un cuarto, á la derecha del altar mayor, junto á la sacristia, y allí quedó depositado, la cabeza sobre almohadones y vestido con su uniforme.

Su jóven amigo Eleuterio Pagliano, que durante todo el sitio de Roma se habia batido vigorosamente, y que es hoy uno de los pintores mas distinguidos de la Lombardia, hizo su retrato.

Cerca de Manara y acostado sobre una tabla, se hallaba el negro de Garibaldi Agayar. Yo contemplaba aquellos dos cadáveres, tan bellos los dos, aunque de diferente belleza, cuando oí sollozar detrás de mí á un hombre : era Ugo Bassi que lloraba.

Durante el tiempo que permanecimos en aquel cuarto, fuimos el blanco de los proyectiles franceses.

Al dia siguiente hice que condujeran el cadáver á una casa y desde allí á la iglesia de San Lorenzo,

siendo mas tarde trasportado á la iglesia de los Cien Sacerdotes, donde estaba depositado el cuerpo de Enrique Dandolo y donde debian llevar el de Morosini.

El mismo dia de la muerte de Manara, se recibió una carta de su mujer con esta sola frase :

— « No pienses en mí, no pienses en tu hijo, piensa solo en la patria. »

¡Pobre mujer! La muerte se encargó de llevarle la respuesta.

EMILIO MOROSINI.

Nos hallábamos cerca del lecho de muerte de Manara, preguntándonos los unos á los otros qué habia sido de nuestros mas queridos amigos, y entre ellos de Emilio Morosini.

Pero aquel dia nos fué imposible saber nada acerca de él.

En la mañana del 1º. de julio supo Dandolo por un soldado que habia estado sobre la brecha al mismo tiempo que Morosini, que este habia sido gravemente herido por los Franceses.

Aunque Dandolo sufría mucho con su herida, corrió al Triunvívato y despues al Ministerio para obtener un pase de salida.

Despues de tres horas de insistencia lo obtuvo, y se dirigió al campo francés, sin salvoconducto de ninguna especie.

Detenido por las avanzadas, les confió el objeto que le llevaba allí, y un oficial, condolido de su an-

gustia, le permitió penetrar en el campo, y luego en las ambulancias, en donde supo que Morosini había muerto.

Pidió el cadáver para entregarlo á su familia, pero el médico le dijo que hacia mas de dos horas que lo habian enterrado en un lejano cementerio.

Entonces solicitó un permiso de exhumacion. Mientras que aguardaba el resultado de su súplica, entró un capitán ayudante mayor, quien sorprendido al hallar en el campo francés á un oficial italiano sin salvoconducto, arrestó al oficial que le habia dejado pasar, y envió á Dandolo á la línea de las avanzadas sin querer escucharle.

Volvió á traer á sus amigos la triste nueva, y escribió al jefe de estado mayor pidiéndole el permiso de exhumacion, que obtuvo en la mañana del día siguiente.

Terminada la triste ceremonia de la conduccion de Manara, Dandolo se acercó á mí y me dijo :

— « Bertani, de aquí á algunas horas el cadáver de Morosini estará en la iglesia de los Cien Sacerdotes en Ponte Lieto, donde podrás examinarle. »

Fui á la iglesia un poco antes de anoecer, y como la casa, ó mejor dicho el convento que abria paso á la iglesia se hallaba ocupado por las tropas francesas, esta estaba cerrada.

Pedí licencia para entrar en ella á un capitán, que me preguntó afectuosamente al ver la profunda tristeza que se retrataba en mi rostro, si era soldado, cuál era mi patria y si habia perdido algun pariente ó algun amigo.

Le respondí que habia perdido á muchos, y entre ellos á Manara. El capitán, que le conocia de nombre, quiso saber algunos detalles de su muerte, y á su vez me dijo los que sabia.

Un cazador de Vincennes, que se habia hallado junto á él en el ataque de la *villa* Spada y que me señaló entre un grupo de soldados que estaban de pié cerca de la puerta en donde nos encontrábamos, le dijo en el momento en que Manara se asomó á la ventana con el antejo :

— « Mirad bien á aquel oficial, y le veréis morir. »

Al mismo tiempo le apuntó el soldado, le disparó, y habiéndole acertado, vió caer á Manara.

El capitán continuó hablándome, pero yo estaba tan conmovido que solo pude responderle suplicándole que me dejase entrar en la iglesia.

— ¿Qué vais á hacer en ella? me preguntó.

— Voy á buscar el cadáver de otro amigo, desenterrado hoy mismo y devuelto por los vuestros al dolor de su madre.

Entonces mandó á pedir la licencia al coronel, la obtuvo y presentándome al guardian de la iglesia, le dijo que me dejase entrar.

El templo estaba muy oscuro: el guardian abrió una pequeña puerta que conducia desde el convento al coro, me dió una lámpara, y señalándome un rincón sombrío me dijo:

— « Buscad ahí. »

Pero no quiso seguir mas adelante.

Me aproximé triste y piadosamente al sitio que me habia indicado.

Todo mi cuerpo se estremeció.

Aquel silencio, aquella oscuridad, el dudoso resplandor de la lámpara, el precioso objeto que iba á buscar, la angustia que me causaba encontrar de aquel modo al excelente jóven que habia conocido

en vida, todo esto agitaba mi corazón y me desgarraba el pecho.

Como no conocia el terreno sobre que andaba, y como no sabia el lugar donde yacia el cadáver, caminaba despacio, con la lámpara levantada, temeroso de hallarle con mi planta.

Por fin apercibí cerca de las gradas del altar un bulto negro y largo: continué avanzando con la lámpara siempre levantada, y reconocí en él un cuerpo humano.

Casi loco de dolor y presa de un terror que no podia dominar, me incliné hacia él.

— ¡ Oh! triste, triste, triste!

Con la mano que me quedaba libre, desaté la cuerda con que tenia sujeto por el cuello, por el vientre y los piés el sudario, levanté su cabeza, y á pesar de estar desfigurada me convencí de que era la de aquel pobre hijo que buscaba.

Volví á dejarla caer.

Al caer retumbó sobre las losas, produciendo un sonido que jamás olvidaré.

Un sudor frio inundaba mi cuerpo.

Me detuve temblando.

¡ Dios vio, cuán grande sois, y cuán terrible es la muerte !

Hice un esfuerzo supremo : médico acostumbrado á la muerte, no quise ser vencido,

Coloqué la lámpara sobre una de las gradas del altar y fijé mis ojos en el rostro del cadáver. Estaba mas blanco que la sábana que le cubria.

Busqué y toqué sus heridas.

Hubiera querido reanimar las últimas gotas de sangre de su corazón para llevárselas á su madre y para haber trazado con ellas una cruz sobre la frente de todos los jóvenes italianos que un día deben levantarse para libertar á su patria.

Después corté un mechón de sus cabellos : quizás tenia una amada, y de seguro tenia una madre.

Por último estreché su mano, incliné mi cabeza por vez postrera ante él y murmuré :

— « ¡ Hasta la vista ! »

Sali agitado de la iglesia llevando este espectáculo de muerte tan vivo en mí, que hoy, once años después, veo al escribir estas líneas el cadáver, el rostro pálido, el sudario, todo cubierto de polvo y sangre.

Al salir volví á encontrar al guardian, y después al oficial, cuya mano estreché sin poder pronunciar una palabra.

Al día siguiente el cadáver de Morosini fué depositado en un ataúd de plomo, esperando el momento de ser conducido á su país natal con los de sus amigos.

Todos deseábamos con igual ardor saber detalles de la muerte de Morosini, pero viéndose los demás obligados á partir, quedaron solo en Roma los muertos y los que ayudaban á morir á los heridos.

Yo me encontraba entre estos últimos.

Hé aquí lo que supé acerca de la muerte de Morosini.

Estos datos me los ha proporcionado Mr. de Santi, corso de nación, y empleado en el servicio sanitario francés, que en la noche del 29 al 30 de junio estuvo operando como cirujano en la ambulancia de la trinchera.

Este honrado y excelente colega, de quien recibí algunos favores, me refirió que el 30 de junio al amanecer fué llevado á su ambulancia uno de nues-

tros oficiales, tan jóven y tan bello que le tomó al principio por una mujer.

Estaba ligeramente herido en la cabeza, en la mano izquierda y en el pecho, pero mortalmente en el vientre. De Santi le cuidó con interés.

Morosini, que hablaba todavía, le preguntó:

— « ¿Qué pensais de mis heridas? »

Santi le contestó:

— « Tened confianza en Dios y en vuestra juventud. »

— « Bien está, dijo Morosini, ya lo comprendo, soy perdido. »

Despues añadió suspirando:

— « ¡Pobre madre! »

Entregó su cartera al doctor, volvió la cabeza y no quiso pronunciar desde entonces ni una sola palabra.

Algunos minutos despues de haber sufrido la primera cura, entró en la ambulancia un viejo sarjento del 32, y así que hubo buscado ansiosamente el rostro del jóven oficial, dijo al médico:

— Es él.

— ¿Qué quereis decir, preguntó de Santi?

— Que hubiera querido salvar á toda costa la vida de ese jóven. He hecho todo lo que he podido, pero veo que no ha bastado mi deseo.

Entonces refirió que Morosini, acompañado solamente de cuatro hombres, habia sido rodeado por los Franceses. Le intimaron á que se rindieran, y él contestó:

— « ¡Jamás! »

Y continuó blandiendo su espada y gritando á los suyos:

— « En nombre de la Italia os prohibo que os rindaís. »

Entonces el viejo sarjento le puso al pecho la bayoneta esperando intimidarle; pero Morosini la cogió con la mano izquierda y dirigió un sablazo al rostro del sarjento.

Este sin embargo prohibió á sus soldados hacer fuego, con la esperanza de coger vivo al jóven oficial, salvando de este modo su existencia; pero entonces un soldado que se encontraba detrás de él, viendo que Morosini no cesaba de defenderse, le disparó un tiro á boca de jarro.

La bala le atravesó las entrañas, causándole la herida mortal.

Morosini cayó, pero sobre una rodilla, y apoyado con la mano izquierda trató todavía de herir á sus adversarios, gritando siempre á sus compañeros:

— « Dejaos matar, pero no os rindais. »

El sarjento, furioso, se volvió hácia el soldado diciéndole:

— « ¡ Desgraciado! ¿ qué has hecho, no has visto que era un niño? »

Morosini murió algunas horas despues de haber sido conducido á la ambulancia, y fué envuelto en la sábana en que le encontré yo al buscarlo en la iglesia de los Cien Sacerdotes.

Llevaba en la cintura dos pistolas en cuya culata estaba grabado el nombre de *Kosedusko*, amigo de su familia, quien las habia regalado á su abuelo. Empleé todos los medios imaginables para recuperar su espada y sus pistolas, pero todos fueron inútiles.

Segun me dijeron, el viejo sarjento se habia apoderado de ellas, y declaró que no las cederia á ningun precio.

El 4 de setiembre de 1849 desembarcaron en el Molo Novo en Génova tres ataúdes que encerraban los tres cadáveres, de Enrique Dandolo, de Luciano Manara y de Emilio Morosini.

GOLFREDO MAMELI.

Garibaldi refiere en sus Memorias y en la corta biografía que ha escrito de Mameli, que el joven poeta fué á pedirle en la tarde del 3 de junio permiso para hacer una última tentativa contra el casino Corsini y que se lo concedió.

Mameli fué herido en la pierna izquierda.

Su herida en sí misma no fué nada, pero á causa de la mala disposicion de su sangre se le gangrenó y el 18 de junio fué indispensable la amputacion.

La ventana del cuarto donde se hallaba en la ambulancia de la *Trinità dei Pellegrini* era blanco de toda clase de proyectiles. Pero Golfredo se manifestó siempre poco inquieto ante este peligro póstumo, si así puede decirse.

Solamente en los momentos en que se hallaba mas debilitado por la supuracion, estuvo dos ó tres dias impaciente á causa de las balas y de las gra-

nadas, como un niño lo hubiera estado por las moscas.

— Ser muerto en campo raso y combatiendo, decía, en buen hora, pero morir en mi lecho como un paralítico, eso no.

El 8 de junio se apoderó de él el delirio, delirio encantador durante el cual tarareaba en voz baja y se acordaba casi día por día de su vida intelectual, tan breve por desgracia.

En los intervalos de sus cantos, profetizaba ó hacía versos á su patria.

Cuando murió tenía 21 años.

Yo embalsamé su cadáver, que fué enterrado en Roma.

Habia compuesto un himno de guerra que Garibaldi cantaba frecuentemente ó tarareaba sin cesar:

Fratelli d'Italia.

Este himno es popular en Italia.

MELLARA.

El coronel Mellara, herido en el combate del 3 de junio, murió el 4 de julio cuando ya los Franceses habian entrado en la ciudad.

Como no se permitió en adelante á los Romanos protestar con las armas, se reunieron en la iglesia al rededor del catafalco del guerrero muerto; pero mientras que el pueblo reunido lloraba con religioso silencio sobre este cadáver, símbolo de la Italia derrotada, un general francés, á quien no queremos nombrar, entró en la iglesia á la cabeza de unos cuantos soldados y arrancó del sombrero del muerto, que se hallaba segun costumbre en el ataúd, la cucarda italiana. Interrumpiendo despues la ceremonia, mandó apagar los cirios y despejar la iglesia.

Sus órdenes fueron cumplidas.

El pobre Mellara no tuvo ni siquiera el último

consuelo de los muertos, las lágrimas que vierte la amistad.

Las pasiones políticas se manifestaban del mismo modo en los reaccionarios romanos que en los reaccionarios franceses.

Los sacerdotes y los frailes sobre todo se portaron infamemente con los pobres heridos confiados á su cuidado.

A un tal Giovannini de Cremona, herido en un muslo, no le quisieron dar un vaso de agua hasta que se hubo confesado: para comprender el dolor de esta tortura, es necesario ser médico y conocer la ardiente sed que acosa á los heridos por armas de fuego.

Todos los médicos de Roma que curaron á los patriotas heridos, perdieron sus diplomas.

Permitaseme aquí hacer una observacion filosófica ó mas bien moral.

Hay una gran diferencia entre la muerte del soldado, obligado al servicio por la contribucion de sangre, y la del que sirve voluntariamente á su país.

El voluntario, lleno de entusiasmo, orgulloso de

sus heridas, glorioso con su muerte, consuela sus mas crueles dolores con su expansion y su amor á la patria, con los votos que hace en las plegarias que dirige á Dios por el triunfo de su causa.

El otro es mudo y no pronuncia mas que palabras de venganza contra los que le hieren.

Un niño de Bolonia, de 10 años de edad, que formaba parte de la legion de Garibaldi, y que fué herido en la mano izquierda, se la dejó cortar sin exhalar un solo gemido, y á pesar de estar enfermo y débil quiso asistir á la última batalla.

Para improvisar hospitales, se recorrian las calles de Roma gritando:

— Para los patriotas heridos.

Y entonces todas las ventanas se abrian, y los vecinos arrojaban por ellas sábanas, vendas, almohadas y colchones.

Los hospitales fueron creados por la caridad especial del municipio.

BERTANI.



ÍNDICE.

	Pág.
I. — Mandé quemar las naves.	5
II. — Formacion de las legiones.	11
III. — El coronel Neyra.	19
IV. — Paso de la Bayada.	23
V. — La legión italiana rehusa las tierras que le ofrecen.	27
VI. — Desgracia de Riveyra.	31
VII. — Insurreccion anglo-francesa.	37
VIII. — Accion del Salto de San Antonio.	47
IX. — Escribí al Papa.	59
X. — Mi vuelta á Europa. Muerte de Auzani.	65
XI. — Garibaldi trata de retirarse á Suiza.	105
XII. — Intervencion francesa : el general Oudinot llega á Civita Vecchia.	117
XIII. — Combate de Velletri.	169
XIV. — 3 de junio.	183
XV. — El sitio.	207
XVI. — El sitio (continuacion).	217
XVII. — La sorpresa.	235
Conclusion.	245
Quien me ame que me siga.	259
Los muertos. — Luciano Manara.	261
Emilio Morosini.	269
Golfredo Mameli.	281
Mellara.	283

FIN DEL ÍNDICE.

Besanzon, Imprenta de Roblot.



UNIVERSITY OF TORONTO

DAD AUTGNOMA
CION GENERAL DE

EC